FRAY MOCHO



Número 597
2 de octubre de 1923

"Ultimo tributo"
Negativo de la Sociedad Fotográfica Argentina

DEL ALTO PARANÁ



El paso de una jangada.

Fot. Bejarano.

FRAY MOCHO

Año XII | Buenos Aires, 2 de octubre de 1923 | Núm. 597

EL AMULETO, por Alejandro VARALDO

Lanfranco Montosino, de la campaña genovesa, recuperó la libertad durante la batalla de Lepanto, porque la galera morisca, en la que se hallaba condenado al remo, tomada en abordaje por el duque Orsini di Bracciano, había sido capturada, y no hundida, como era costumbre en aquellos tiempos.

Llevado a Roma, aceptó el comando de uno de los galeones de los Orsini, y después de haber prestado algunos señalados y astutos servicios, fué ennoblecido por el pontífice y encargado de una misión confidencial en Venecia.

Y es por eso que se hallaba, en un magnífico anochecer de septiembre, sentado, con la espada entre las piernas, en la Plaza San Marcos, escuchando a Antonioto Zerega, mercader genovés, y a Filipo Caló, mercader palermitano, que discutían acaloradamente acerca de un cargamento de melones que habían llegado averiados.

Descendía la noche, un tanto fría, y Lanfranco interrumpió la disputa de los dos mercaderes pidiéndoles permiso para regresar a su alojamiento.

—Es la herida de Lepanto que quiere que no la olvide,—dijo con blanda sonrisa.

Por herida Lanfranco Montosino entendía la huella lívida en los tobillos dejada por el roce de la cadena que, durante cinco años y algunos meses, había sido su fiel e inseparable compañera, a bordo de la galera morisca.

—¿Una herida, señor? ¿Quiere curarla?

El interpelado dióse vuelta y vió un pintoresco envoltorio de harapos del cual salía uno de aquellos rostros fuertes y demasiado moneros que en Venecia llamaban "schiavoni".

—¿Eres, tú, médico o eres mago? —preguntó Lanfranco, mientras los dos mercaderes, suspendida la discusión, miraban interesados.

—Soy un vendedor de joyas y armas y tengo negocio en el barrio de Frari,—repuso pronto el otro, sonriendo para mostrar los dientes más bellos de la República Serenísima.

—Cuidado, Lanfranco, amigo mío, que no le proponga alguna cosa embrujada,—aconsejó Filipo Caló, santiguándose.

Antonioto Zerega meneó la cabeza, pero agregó:

—Es sospechoso un vendedor de joyas que quiere curar las heridas.

—Me llamo Alvisio Bastianello,—dijo el sospechado, sonriendo siempre,—y mi padre lleva las denuncias de la Boca del León al Consejo de los Tres.

—¿Entonces me conoces?—preguntó Lanfranco.

—Sí; sé que es usted el caballero Montosino, enviado de Su Santidad y sé que el señor Caló, aquí presente, no puede volver a Sicilia porque...

—¡Silencio!—murmuró el palermitano, abriendo tamaños ojos.

—Y sé que el señor Zerega tiene pendientes ciertas cuentas con un patricio de Val di Magra, que podría ser...

—¡Silencio!—murmuró a su vez el genovés.—Ya ven, pues, señores, que los conozco, lo bastante, por lo menos, para no temer una clemencia de ustedes a la Santa Inquisición.

El diálogo había sido hecho en voz baja, pero en la Plaza llena de gente, había demasiados oídos al servicio de la Serenísima para que Lanfranco, hombre que conocía el mundo, creyera prudente levantarse y dirigirse con los compañeros hacia la plazuela donde, en una góndola que los esperaba, se embarcaron silenciosamente.

Alvisio Bastianello, con su eterna sonrisa, los siguió y entró tras ellos bajo el entoldado de la embarcación.

—¿Dices que tienes un ungüento para mis heridas?—preguntó de pronto Montosino.

—Sí, señor.

—Está bien: compraré tu ungüento. Una palabra de Alvisio y el gondolero desvióse, y ya nadie habló.

Llegaron al cabo de un rato al pie de una callejuela y se detuvieron. Descendieron. Alvisio, con una señal, despidió la góndola.

—¿Por qué?—inquirió Lanfranco.

—Es mejor que se le crea en el Canal Grande—dijo el "schiavone".—Regresará por un camino más largo, pero más seguro.

Cuando la góndola desapareció, los cuatro echaron a caminar. El guía condujo a los tres señores hasta una casa tranquila, abrió la puerta y se hizo a un lado para que entraran. Se hallaron en una vasta habitación repleta de armas de toda clase; la iluminaba una lámpara religiosa. Sin hablar, Alvisio Bastianello abrió un armario esculpido, y extrajo una cajita, que tendió a Lanfranco.

La cajita parecía de oro y en su tapa aparecía un breve mosaico de signos hebreos, que eran sólo consonantes, pues, como se sabe, las lenguas semíticas rara vez escriben las vocales.

—Eso significa Bismillah,—explicó Alvisio,—lo que quiere decir "En el nombre de Dios".

La cajita pasó por seis manos; los dos mercaderes, curiosos como todos los mercaderes, intentaron abrirla. El vendedor, al advertirlo, lo impidió precipitadamente.

—No abran jamás la cajita sin haber pronunciado primero la palabra del mosaico; de lo contrario sufrirán daño mortal.

Lanfranco Montosino, supersticioso como todos los que han sufrido mucho, obedeció:

—¡Bismillah!

Y alzó la tapa. Apareció una pasta verdosa, que despidió un perfume exquisito.

—¿La cajita es de oro?—preguntó.

—No, señor.

—¿Cuesta?

—Doscientos sequines.

—Demuéstrame la eficacia del remedio.

Alvisio, silenciosamente, se inclinó; quitó a Lanfranco el zapato del pie derecho, le bajó la calza y puso en descubierto la huella lívida y profunda, que parecía casi roer el hueso. Extendió sobre ella un poquito de ungüento e inmediatamente Montosino experimentó una sensación de frescura y de alivio.

—Compro la caja,—dijo, tendiendo una bolsita de monedas.

—Es usted un verdadero caballero, —repuso el "schiavone", guardándola después de haberla sopesado en la mano,—y quiero hacerle un obsequio.

Eligió una fina cota de malla y la ofreció al comprador, diciéndole:

—Es una cota de España, una cota de cortesano afortunado con las grandes damas y acechado por los estiletes reales que no fallan. Quítese el justillo, señor.

—Acepto la cota,—repuso Montosino examinándola con atención de entendido,—pero enviaré mañana a mi criado para que la lleve.

Quítese el justillo, señor. En Venecia, de noche, una cota de malla es una amiga preciosa.

Fué dicho esto con tan intensa fe, que Lanfranco obedeció otra vez y el "schiavone" le ayudó a revestirse de la fina cota. Los dos mercaderes que habían presenciado silenciosos el contrato, parecieron consultarse con la mirada.

—¿Tienes otra cota igual?—preguntó al fin el palermitano.

—Sí, señor; por doscientos sequines.

—¿Doscientos sequines por una cota que, nueva, valdrá a lo sumo veinte?

—Esta noche cuesta doscientos sequines.

—Entonces, no haremos negocio,—decidió el genovés.

Alvisio Bastianello se encogió de hombros, acompañó a los tres hasta la puerta y la cerró tras ellos.

En Venecia, con un poco de paciencia todas las calles conducen a la Plaza de San Marcos. Pero ¡cuántas vueltas sinuosas, puentes desiertos y callejuelas lóbregas! ¡Qué largo y fatigoso camino!

Es también fácil ser agredido, sobre todo bajo el gobierno del Consejo de los Tres y después de la victoria de Lepanto que dió atrevimiento a la cristiandad.

Ni Lanfranco ni los dos mercaderes se sorprendieron ante una figura torva que salió de pronto de un portón,

Otro esfuerzo periodístico

A los lectores de "FRAY MOCHO"

No se habrá echado en olvido, sin duda, que FRAY MOCHO fué la primera revista argentina que adoptó para su presentación gráfica el procedimiento de roto-gravure, cuya superioridad sobre los viejos y conocidos sistemas de grabados es ya indiscutible. Pues bien, perseverando en nuestro propósito de perfeccionar esa misma presentación, nos complace llevar hoy a conocimiento de los lectores, que a partir del próximo número, FRAY MOCHO no sólo continuará ofreciendo en esas páginas un inmejorable conjunto artístico, sino que la actualidad política, literaria, social, deportiva, teatral, femenina, etc., tendrá en ellas un espacio prominente y destacado.

Todo cuanto de interés público ocurra hasta la víspera de la aparición de cada número, será así reflejado por FRAY MOCHO con la variedad y extensión que las exigencias periodísticas modernas reclaman imperiosamente. Pero no hemos de limitar a esto nuestras mejoras, pues en el deseo de contribuir a la difusión de los valores artísticos, nos proponemos presentar en nuestras carátulas una verdadera galería de cuadros de pintores nacionales, de tal modo que su conjunto, al cabo de poco tiempo, equivalga a un álbum de lo más interesante y digno de conservarse como expresión de la cultura estética nacional.

Renovado y mejorado así nuestro FRAY MOCHO, desde la tapa en tricromía hasta las últimas secciones impresas en rotativa, demás está decir que sólo nos mueve a anunciar este hecho, la satisfacción, legítima por cierto, de intentar con ello retribuir en alguna forma la simpatía creciente de nuestros favorecedores; siendo justo agregar, que en nuestra obra nos vemos valiosamente ayudados por la dedicación y el esfuerzo de los talleres gráficos de la Compañía General de Fósforos, ya tan acreditados por su vieja pericia.



cerrándoles el camino; el primero desenvainó la espada que su reciente condición de noble le permitía llevar, y los otros los puñales, que en aquel tiempo eran los amigos más fieles, y se pusieron en guardia sin proferir palabra.

Pero la obscuridad pareció engendrar otras torvas figuras, que surgían rápidamente del portón, lo que preocupó a Lanfranco y llenó de temor a los honorables mercaderes, los cuales, sin embargo, por el honor de la firma, después de haber mirado en torno suyo y al verse solos, se decidieron a cargar, persuadidos del dicho popular de que ''quien da el primer golpe, da uno más''.

Los bandidos acogieron tranquilamente, como una invitación a cenar, el ímpetu que sobre ellos se descargaba; y el palermitano y el genovés, atravesados por los aceros, aprendieron demasiado tarde, y a sus expensas a regatear las cotas de malla por doscientos míseros sequines. En cambio, en el pecho de Lanfranco, más de una hoja se quebró, pero su cabeza, no protegida como el cuerpo, recibió el golpe de la empuñadura de un estoque. Vió nuestro héroe una infinidad de chispas y se desplomó sin un grito.

Cuando despertó, aturdido pero sin herida, una vislumbre de amanecer aparecía en el breve trozo de cielo sobre la callejuela; a su lado, dos cadáveres desconocidos y dos conocidos, eran testimonio de la lucha nocturna.

Y como no eran tiempos sentimentales, el redivivo, sacudiéndose el rocío, murmuró un requiem por el alma de los dos mercaderes, recogió la espada, la envainó, y, sin preocuparse de otra cosa, continuó su camino. Sin embargo, buscó el bolsín del dinero, y no hallándolo, pues se lo había dejado a Bastianelló, buscó la cajita dorada. Advirtió, entonces, que se la habían robado. El bolsín poco le importaba: como enviado de la Santa Sede tenía crédito abierto con el gobierno de la Serenísima: lo que lamentaba era el hurto de la cajita que contenía el precioso ungüento, que tan súbito alivio habíale dado en el tobillo. Resolvió, pues, contra la costumbre, quejarse del hurto ante el magistrado competente.

Así meditando llegó a una plazuela que, no obstante la hora matutina, estaba llena de gente. Algunos esbirros de la República apartaban la multitud para que pasara un hombre encadenado, en quien creyó reconocer Lanfranco al asaltante de la noche. Más lejos, un ujier, vestido de negro, se dedicaba a un negocio: vendía a un pomposo caballero un objeto de oro. Era la abusiva costumbre: los funcionarios del Estado, cualquiera que fuese su condición, registraban al delincuente, y se apoderaban de cuanto llevaba, dejándole no más que el poco de ropa que exigía el decoro.

Lanfranco Montosino sabía cómo se administraba justicia y no se asombró al reconocer en el objeto vendido el amuleto suyo.

No se preocupó del ujier pero siguió al comprador, a quien detuvo al doblar una calle.

—Buen día, caballero,—le auguró.

—Buen día, caballero,—repuso el otro, que reconoció en quien le hablaba a una persona de condición.

—¿Quiere tener la bondad de enseñarme el objeto que acaba de comprar?

—¿Por qué, señor?

—Porque se parece como una gota de agua a otra, a uno que me fué robado anoche.

Altivamente, el pomposo caballero se dió a conocer:

—Me llamo Jorge Cantarini, señor; y soy senador de la República.

—Me llamo Lanfranco Montosino, señor, y soy Embajador de Su Santidad.

En realidad debió decir que era simplemente encargado de una misión, pero en las presentaciones es costumbre excederse un poco.

—¡Mucho placer, caballero!

—¡Senador, mucho placer!

Contarini sacó la cajita del bolsillo.

—¿Le interesa? Debe saber que soy aficionado a reunir cosas raras; y esta me agrada sobremanera.

—No es la caja, noble señor, lo que me interesa, sino el ungüento verde que contiene.

—¿El ungüento verde?

Curioso, abrió la caja.

—¡Un momento!—exclamó Lanfranco.—Es preciso pronunciar antes...

Pero no intervino a tiempo y...

Deben saber que en una ventana situada a poca altura sobre el sitio mismo del coloquio, una rubia veneciana regaba su breve jardín. Atraída por el grito del enviado de Su Santidad, se asomó para conocer la causa, y su movimiento precipitado hizo caer a la calle una de las macetas, la que pegó precisamente en la cabeza de Contarini, dejándolo un tanto maltrecho.

—¡Ha sido por no haber pronunciado la palabra,—exclamó Montosino.

—¿Qué palabra?—preguntó el otro, pasándose la mano por la cabeza dolorida.

—¡Bismillath!

Así diciendo abrió el amuleto, extrajo la pasta verde y tendió al otro la cajita vacía.

—Jamás,—declaró Contarini,—jamás llevaré a casa un objeto mágico. ¡Tírela, caballero, arrójela lejos!

Y Lanfranco, como ya poseía el precioso ungüento, satisfizo al senador de la República, arrojando la cajita en el canal.

Aunque permaneció en Venecia pocos días más, el tiempo de experimentar en las cicatrices el efecto milagrosamente curativo del bálsamo, Lanfranco volvió a verse tres veces en presencia del terrible amuleto.

La primera fué delante del cadáver de una niña, extraído del canal, que oprimía en la diestra la cajita dorada. La segunda en un garito, y el que poseía la caja,—un capitán español de familia noble,—fué asesinado esa misma noche.

La tercera, en fin, entre los bienes de un suicida por amor, puestos en remate por la familia.

Ante esa tercera advertencia Lanfranco experimentó un escalofrío y le pareció ser, en cierto modo, el culpable de las tres desgracias. Y debiendo embarcarse al día siguiente para regresar a Roma, fué a confesarse a un viejo fraile penitente en olor de santidad.

El confesor hizo una mueca al oír la palabra exótica, a la que se atribuía tan extraño y tremendo poder, y no halló entre sus recursos religiosos más que un medio de salvación: el exorcismo. Con ese propósito revistió los paramentos sagrados y provisto del hisopo y de una reliquia auténtica de Santa Elena, la inventora de la cruz, acompañó a Lanfranco a la subasta de los bienes del suicida.

Pero la contrariedad seguía imperando: el amuleto había sido vendido pocos minutos antes a un viejo hebreo llamado Isaac de Ascoli, por un sequín. ¡Buscar un hebreo en Venecia!

—Hijo mío,—predicó el fraile a Lanfranco,—Dios no acepta su arrepentimiento; lo que debe usted hacer ahora es volver a Roma y hacerse absorber por nuestro Santo Padre; y, entre tanto, a fin de que ruegue por su viaje, déjeme unas veinte libras de cera para mi iglesia.

Y Lanfranco dejó las veinte libras antes de embarcarse en la ''Moruna'', la gran nave de Ancona, que zarpó al día siguiente.

Al desaparecer Venecia tras la laguna experimentó Lanfranco por vez primera, una sensación de alivio; traía de allí demasiados recuerdos siniestros.

Traía también una cota de malla finísima, recuerdo de una noche poco afortunada, e hizo voto de no quitársela de encima sino el día en que, después del beso del pie, el pontífice lo absolviera de su pecaminoso comercio con una cajita musulmana.

En el puente de la ''Moruna'', sentado en un rollo de cuerdas, imposibilitado para acostarse, aceptaba en santa paz la noche insomne que le preparaba el crepúsculo de oro, cuando una ráfaga impetuosa sacudió violentamente las velas rojas de la nave.

El oro del cielo se había trocado súbitamente en un lívido bermellón; el mar, color herrumbre, parecía un felino que se preparaba para el salto, y los marineros corrían por la cubierta a las órdenes del capitán que parecía muy inquieto.

En pocos momentos el cielo se puso negro como la pez y el viento desencadenado aullaba siniestramente. El puente fué desocupado de los pasajeros que se agolpaban en él.

—Quédese, si quiere, caballero,—dijo el capitán a Lanfranco,—pero aférrese de las jarcias: hay peligro.

—¿Peligro para el barco?

—Pudiera ser: nunca he visto un temporal tan violento.

Y dirigiéndose a los marineros, gritó:

—Encierren bajo cubierta a todos los pasajeros.

En un instante fué obedecido. Erguido en la proa, aferrado sólidamente a la cuerda del bouprés, permanecía un viejo flaco, de barba rala, y ojos que evitaban las miradas de los demás.

—¿Quién es ése?—preguntó el capitán—¿y por qué no obedece?

La nave brincó sobre las olas.

—Es un viejo hebreo,—repuso un marinero.

—Hay que hacerlo bajar como a los otros.

—No lo quieren abajo.

—Enciérrenlo en la estiba, entonces.

El marinero interpeló al hebreo:

—¡Eh, Isaac! ¡a la bodega!

Una idea rápida como un relámpago cruzó por la mente de Lanfranco.

—¡Isaac! ¿Isaac de Ascoli?

De entre los robustos brazos de dos marineros que lo llevaban a la fuerza, alzó el viejo la cabeza, creyendo que en el que profería su nombre tendría un defensor.

—¡Soy yo! ¡Soy Isaac de Ascoli!

—¡Un momento, capitán, un momento!

El patrón de la nave, a pesar de la urgencia del peligro, se detuvo desconcertado.

—¿Por qué, señor?

—Isaac,—gritó Lanfranco,—¿tiene usted una cajita dorada en cuya tapa lleva incrustada de mosaico la palabra ''Bismillath''?

—¡No, no!—gritó el hebreo forcejeando por desasirse,—¡no tengo nada!

—Capitán: por la salvación del barco, hágalo registrar.

La escena fué tan rápida que los marineros, sorprendidos, se habían detenido, esperando. A la injunción de Lanfranco, el capitán obedeció, y después de haberse santiguado, registró con sus propias manos al hebreo, y le sustrajo la cajita de un bolsillo de la sucia chaqueta.

—¿Es ésta, caballero?

—¡Esa es! ¡Démela!

La tomó, la abrió pronunciando la palabra mágica, y la arrojó al mar.

Casi instantáneamente el viento cesó, y entre nubes que se apartaban apareció, como una sonrisa, el lucero vespertino.

Cuando desembarcó en Ancona, Lanfranco vió a su lado al hebreo, a quien, durante la travesía, el capitán había retenido encerrado.

—¡Ah! ¿es usted, maestro Isaac?

—Ilustre caballero Lanfranco Montosino,—lloriqueó el hebreo,—no deje en la miseria a un pobre hombre que ha sido despojado de su único bien.

—¿Esa cajita?

—Justamente, ilustre y nobilísimo señor: era de oro virgen y su mosaico de piedras de luna rarísimas. Para adquirirla empeñé cuanto poseía. ¿No me dará una compensación adecuada, usted, tan rico y poderoso.

Lanfranco recordó el sequín que el hebreo había pagado por la cajita y recordó también que ese sequín casi carecía de valor, por haber sido limado y excesivamente rebajado.

—¡Ah! ¿sí? ¿Qué le parece veinte sequines?

—¿Veinte sequines? Es demasiado poco, pero, por ser usted, los aceptaré.

—Se equivoca, viejo Isaac: yo soy quien los aceptará. Usted me los debe.

—¡A usted! ¡Asístame el Dios de Abraham! Le aseguro que no comprendo.

—Por la barba de Moisés, amigo Isaac, que si no me los paga inmediatamente, le denunciaré como roedor de moneda, sin olvidar dos palabritas a la Santa Inquisición acerca de cierto amuleto pagano. ¡Vengan los veinte sequines!

Y así las veinte libras de cera dadas al santo fraile de Venecia fueron pagadas por un hebreo, con gran júbilo del bolsillo del enviado de Su Santidad, y con gran probabilidad de la salvación de su alma.

EL BALCÓN DE LA VEJEZ

III

Yo quisiera tener tantas caras
como amigos tengo,
para verlos contentos a todos
y para que todos me tengan contento!

IV

Mi amor fué un salteador sin entrañas; tú fuiste
su víctima mejor...
Te despojó del único tesoro que tenías
¡y ese tesoro fué tu corazón!

Hoy lo lloras perdido; pero no está perdido
porque lo tengo yo...
¿Y sabes de qué modo podrías rescatarlo?
¡Echándome el anzuelo de tu amor!

V

Las cartas que ciegos se escriben los novios
son cartas ridículas; ñoñas, sin sentido,
¡y tanto que un día las hacen pedazos
llenos de vergüenza de haberlas escrito!

VI

Las esperanzas son
mariposas que vuelan
de una en otra ilusión.

José M. BRAÑA.

Capricho de déspota

(Apólogo del dolor)

Brillaba al sol de enero, mostrando toda la fresca opulencia de sus largas hojas lustrosas y el oro tierno de las nacientes espigas el alegre maizal.

Desde el alero del rancho a pocas cuadras el patrón *lo miraba con áridos ojos mientras reposaba en la hamaca, mateando. Y hacía cálculos sobre* su *maíz porque abundante y valiosa se presentaba la cosecha...*

También descansando a la vera de un poste del alambrado, tendido como una barrera sobre el camino —amparo del derecho de propiedad— el labrador que había sembrado el maíz lo miraba, con cariño. Y ¡qué lindo se va poniendo nuestro *maíz! murmuraba, casi en voz alta, al tiempo que volvía los ojos hostiles del lado del rancho donde estaba el patrón que le había dado la semilla y prestado el campo y a quien le tocaría por lo mismo la parte del león.*

A todo esto el Padre Sol *seguía en un cielo sin nubes caldeando el ambiente de la mañana y prometiendo una tarde bochornosa, mientras la* Madre Tierra, *en cuya entraña fecunda había germinado la semilla, parecía pasiva y sin voluntad como todas las madres que a nada tienen derecho...* ni siquiera a los hijos...

El Sol seguía echando llamaradas sobre el maíz y el cielo negaba obstinado todo refrigerio. "¡Maldita seca!", protestaba el patrón, y el labrador mirando las mustias espigas se quejaba de su mala suerte.—Si hubiese trabajado por día, *en lugar de tener el tanto por ciento ¡cómo se reiría ahora! Y volviendo los ojos al patrón, comentaba compungido:—"Si no llueve"... Entonces el* patrón *alzando los ojos y el puño iracundo al cielo inexorable, prorrumpió: "¡Aunque nos parta un rayo!"...*

—Pero no llovió. El Sol, verdadero y único dueño, *mató el maíz a fuego lento. Y después tuvo un capricho de déspota: Permitió que un verdadero diluvio inundara la chacra...*

Y fué bajo la tormenta en el pobre rancho donde se habían refugiado el patrón y el operario que estos se sintieron por primera vez hemanos: hermanos en el perjuicio y... en el dolor.

Domingo Sasso

La exposición del escultor José Fioravanti

Feliz resultado de un laborioso que, año tras año, venía acrecentando su acción de artista, es el conjunto de obras que se hallan actualmente expuestas en el Salón Müller y que bien pudo el escultor realzar más aun, agregando otras obras anteriores como "Mi hermana María", ya que de fecha pasada exhibe el sentido y hermoso retrato del siempre recordado Walter de Navazio.

El progreso gradual, propio de un período de razonamiento más intenso, prueban su fe ferviente y la pujanza de su vocación. Fácil es advertir, entonces, la lucha continua en que vive y se halla empeñado, tratando siempre de representar con la mayor fidelidad, en el mármol o en el bronce, sus ideas y sus sentimientos.

Así es cómo recordamos sus primeros trabajos, donde su inquietud de adolescente se afanaba en transcendentalismos efímeros. Instantes, nada más, viajes de nubes, sombras de árboles...

La reacción, por lógica, aparece, y acuciado por el "soy", su afán de manifestarse le ocupa todas sus horas, y esta facultad innata, que es la que caracteriza su voluntad, unida a la inteligencia—como dice Taine—es la que inducirá al artista a la acción beneficiosa. De esta suerte es como va integrando benéficamente sus nuevas obras, y en 1918 nos da una prueba de ello con "Mi madre", una cabeza llena de sentimiento; y en 1919 se supera en espiritualismo con "Mi hermana María", en la actualidad en el Museo Nacional. Obra austera en la simplicidad de su composición y en la riqueza de su modelado. Tiene esta delicada figura femenina todo el encanto de una evocación mística. En 1920 realiza "El tributo", adquirido por la Facultad de Medicina del Litoral, donde sus prolijas condiciones técnicas de modelador se valorizan, en el estudio de un desnudo de hombre; al igual que en "Ariel caído", ejecutado para el mausoleo al doctor Raúl Colombres. Como monumento interesa vivamente, además de la concepción y del sentido literario que idealiza a las figuras; la composición de una línea tan simple es de un positivo valor escultórico. El abandono, la laxitud de ese cuerpo humano, "que ya no es", está estudiado con perfecta detención y muestra la justeza con que está modelado, en el hundimiento del vientre, en la piel, en el enarcado del pecho y en el juego de los tendones en el cuello. Esta obra, junto con "Resurrexit", llena de esperanzas la labor futura de Fioravanti.

Las demás obras que completan esta exposición son varias cabezas y retratos para los cuales posee la virtud de la expresión y del parecido; lo confirman el "Retrato del Dr. David Speroni" y "Walter de Navazio". De una intensión clásica es el "Retrato de la señora Elena Hurtado de Pataky". Dos cabezas sugestivas son "Vieja vasca" y "La bruja de los gigantes".

Fioravanti, de acuerdo con su comprensión y su concepto escultórico, ha sabido encaminar y educar su personalidad dentro de una noble discreción que le ha permitido, en esta época de falsas audacias y de tentadoras superficialidades, mantenerse en un razonado equilibrio de honestidad artística.

Es así cómo vemos entre sus obras detalles aislados que prueban su capacidad interpretativa, ya sea en un recurso técnico de estilización, o en la síntesis de un gesto como resultado psicológico de un estado emotivo.

Toda su obra llena de un hondo sentido de la vida, es fiel reflejo de su temperamento, sano en materialidad y pujante en espiritualismo.

Pedro V. BLAKE

La evaporación del aceite que contiene el maíz es la que produce la explosión de los granos que, como es sabido, se abren al tostarlos.

El trigo y otras gramíneas no estallan tan pronto como el maíz, porque la cubierta exterior de sus granos es más porosa y deja escapar el aceite que se evapora.

Al contacto con el calor se desarrolla una presión extraordinaria dentro del maíz por efecto del aceite en él encerrado, y por eso salta y se abre a los pocos momentos.

* * *

En la provincia de Bergen, al sudoeste de Noruega, llueve, por término medio, durante trescientos días en el año. Es, sin duda, la localidad más incómoda para residir. Lo aseguran, sobre todo, las mujeres, que dado el grado de humedad del aire, jamás pueden tener el cabello rizado.

EL SOMBRERO DE NAPOLEÓN,

por Juan RAMEAU

Con todas las garantías necesarias don Ernesto Petitaine, jefe de negociado de la Casa de la Villa, adquirió el sombrero negro, bicornio, de Napoleón. Hasta la marca era "Poupard", y ya es sabido que el proveedor de Napoleón era el sombrerero Poupard.

Desde que hubo hecho la adquisición, el señor Petitaine se creyó un verdadero personaje, como si el sombrero del emperador le hubiera transferido el prestigio de éste y su autoridad y su genio.

En cuanto llegó a casa con su compra tuvo la tentación—¿quién no la hubiera tenido en su caso?—de ponerse el sombrero. Y entonces... ¡Oh, entonces!... Adoptó la actitud habitual de Napoleón y se consideró un hombre nuevo, sin el cual no podía escribirse la Historia.

En efecto; no tardaron cuantos lo rodeaban en advertir que el señor Petitaine era un hombre nuevo. Tanto como había sido dulce y humilde, se había trocado en seco y altanero. Su mujer no lo reconocía. Hasta entonces había hecho ella su voluntad desde que se casaron; pero ahora era él quien tomaba la dirección de la casa, ordenaba, gruñía y no admitía ninguna discusión. Cada mañana se calaba el sombrero imperial durante un minuto, y en su cerebro bullían inmediatamente ideas grandiosas y proyectos ambiciosos y despóticos.

Mientras se paseaba a lo largo del salón, decía a su mujer:

—Tienes que hacerme el favor de reemplazar el mobiliario Luis XV por uno Imperio.

—Pero, Ernesto...

—Ya lo he dicho.

Le daba un tirón de oreja y agregaba:

—¿Qué vestidos son esos? En adelante, llevarás trajes Imperio. Dirás a tu modista que vaya a copiar los modelos al Louvre, en los cuadros de Gos, David, Girodet... ¡Imperio, nada más que Imperio!

—¡Pero, Ernesto!...

—Yo no me llamo sólo Ernesto. Me llamo también Víctor. Mira el acta de matrimonio... Conque ya sabes: trajes Imperio, servicio de mesa Imperio... Para que te informes, te daré las obras de Vandal, de Houssaye, de Masson, de Marbot.

—¡Pero... Víctor!

—Ya lo he dicho.

Y así fué. Todo se convirtió en Imperio. La señora Petitaine se llama Antonieta, y él le llamaba María Luisa cuando estaba de buen humor; pero cuando fruncía el entrecejo le llamaba Josefina. ¿Llegaría hasta repudiarla, como el "otro"?

—Se está idiotizando—se decía la señora Petitaine—a causa del sombrero de Napoleón. ¿Cómo evitarlo?

Un día, secretamente, puso un puñado de pimienta en el sombrero de Napoleón.

A la mañana siguiente, el señor Petitaine sintió fuerte picor en la cabeza.

—¿Qué es lo que tengo?—se preguntaba.

—La sarna—respondió su mujer.

—¿Cómo?

—Naturalmente. ¿Napoleón no la tuvo? Lee su historia. Y te has contagiado con su sombrero.

—¡Oh!

Tres días después, gracias a un poco de ruibarbo que la mujer puso en la sopa, se retorció el señor Petitaine a consecuencia de inesperados cólicos.

—¡Oh! ¿Qué es lo que tengo?

—¡El cáncer!

—¿Cómo?

—Napoleón no murió de un cáncer en el estómago? Lee la historia. Él te ha transmitido el cáncer con su sombrero.

El señor Petitaine adelgazaba, tomaba un color amarillento; se creyó perdido. Napoleón había muerto a los cincuenta y dos años, y él tenía cincuenta y uno.

Hizo testamento. En algunas semanas llegó a parecer un esqueleto. Ya no se ponía el sombrero de Napoleón...

Entonces, la señora Petitaine se arrepintió:

"Soy yo—se decía,—soy yo quien lo mata. ¿Voy a dejarlo morir?... ¡Pobre Ernesto!... Curará si yo le digo lo que he hecho... Sí; pero si se lo digo volverá a ponerse el sombrero, y volverá a ponerse insoportable, despótico, loco... ¿Qué hacer?"

—¡Ah!—exclamó una tarde, con el sombrero en la mano.—¿Qué es lo que veo, Ernesto?

—¿Qué?

—¡Mira!... El nombre del sombrerero... "Poupard".

—Sí, sí; Poupard, el sombrerero de Napoleón...

—¡No, Ernesto; no! El sombrerero de Napoleón no era "Poupard", con "d", sino "Poupart", con "t". Lee "El Aguila", Ernesto, y verás que Poupart es con "t". Tu sombrero es falso, y el falsificador se ha equivocado; nunca se piensa en todo y él ha colocado una "d" en lugar de una "t"... ¡Ah, Dios sea loado! Tú no tienes cáncer, querido Ernesto; tú no tienes nada. ¡Tú vas a curar!...

Y el señor Petitaine, en efecto, curó.

ORQUESTA TÍPICA

Música primitiva, alma del arrabal,
con algo de habanera y de milonga mucho,
no sé por qué hondamente me conmueves
cada vez que te escucho...

Te suspira la flauta, te solloza el violín,
te martillea el piano, te afiebra el bandoneón
y en su brusco rasgueo la guitarra traduce
tu queja, que en la noche es como la canción
del viento de los bosques.
¡Oh, música: yo te amo,
porque embriagas y crispas los nervios a la vez
y porque en ti los hombres gustan de un refinado
desmayo de mujer.
Enervas los sentidos, haces crujir los dientes,
produces sensaciones de ansiedad y dolor
y tienes una extraña cadencia subyugante
que a los cuerpos imprime un lascivo temblor.

Tango: bailable cuyo ritmo
florece en la existencia del mísero arrabal,
para mí no eres sólo "corridas", "media lunas",
"pasos", "sentadas" y al final
un juego caprichoso de piernas, no; yo siento
y vivo las angustias que oculta tu vaivén,
y en un retorcimiento del busto te acompaño,
o bien
tarareo tu letra popular y emotiva
en voz baja, y después
me entrego a la nostalgia de un ensueño lejano
que ya no es
sino el perfume íntimo de tu música tierna
y fatigada...
Juventud, esperanza, idealidad, candor:
Todo lo que se ha ido
con el primer amor...

¡Oh, tango: alma bohemia del suburbio
que como hoy nunca más te he de escuchar,
no sé por qué hondamente me conmueves,
Hasta hacerme llorar!...

Santos Aguilera

Buenos Aires, 1923.

"El comprador de la ciudad de Cactus"

Un sencillo sentimentalismo animado de ingenuo buen humor es la característica de las graciosas novelitas de O. Henry, el escritor que con más amorosa fidelidad ha interpretado las virtudes domésticas y los pueriles defectos de las grandes ciudades norteamericanas. En "El comprador de la ciudad de Cactus", que publicará "Fray Mocho" en el próximo número, se concentran aquellas cualidades del arte de Henry.

Jamás hagas mal a los periodistas

Los periodistas son los soldados que por necesidad y por deber están diariamente con el arma al brazo.

Si los ofendéis y hacéis mal, poned cuidado: que el rato que menos lo penséis os indisponen con el público, y os ponen al ridículo ante la sociedad entera.

El periodista es león y zorro; sabe y se mantiene con la majestad del rey de las selvas, husmea tranquilamente para mirar el terreno que pisa cuando lo cree conveniente. La prensa es un Tribunal ante el cual tiembla la era moderna.

El periódico vale más hoy que los ejércitos de Napoleón el Grande; la pluma ayudada de la circulación que le dá el periodismo, es el arma más terrible de nuestro siglo.

Reid de los cañones y de los ejércitos, andad con precaución con los hombres que manejan la pluma en la prensa. Ellos son corteses hasta no más, pero no olvidan nunca una ofensa recibida.

Observan por donde quiera que pasan, y el día que resbaléis en algo, os hieren mortalmente.

¡Oh mundo, guardáos de los periodistas!

El cerebro de los periodistas es un crisol en perpetua ebullición, en donde se reunen ideas y doctrinas, y brotan pensamientos segundo por segundo, olvidándose el atleta del siglo XIX de sí mismo, por pensar en el bien de la humanidad.

Emilio CASTELAR.

EL INTRUSO

por Carlos Aureliano MIRANDA

Sobre la línea de horizonte, un plenilunio asomaba como un ojo delincuente. Parecía escrutar en la obscuridad densa que en esos instantes entorpecía la visión del predio. Casi a ras de tierra, explotó como una fosforescencia la luz de las luciérnagas.

———

—Lo que sucede en tí es un fenómeno,—le respondió Edio.

—Nada de fenómeno; tengo la seguridad de que es exacto todo cuanto te acabo de referir...—replicó Amarante, echando a andar por la pequeña habitación.

—Yo te podría, a mi vez, asegurar que es una alucinación... No hay "aparecido"...

—¿Sería quizá la plasticidad de ese estado de telepatía?

—Pero si no existe tal cosa; lo que hay es que es una coincidencia en el "estado" de dos sujetos.

—No embromes. No te puedo aceptar ese punto de vista.

—Me explico: con ellos, tu doctrina es vendría barranca abajo.

—No es precisamente eso, no; sino que estaría en contra de una teoría universalmente aceptada.

—De manera que, según tu concepto, ¿la transmisión del pensamiento es idéntico al principio básico de la "transmigración" orientalista?

—No puedo deducir otra cosa... La experiencia...

—¡Bah! De nuevo con el método de la vejez...

—Como quiera; pero ella ha ratificado esta manera de apreciar los hechos.

—Lo que ella ha hecho no ha sido sino erigir en cánon "una" suma de hechos que han constituído una especie de ley para algunos. De ello yo no infiero ninguna verdad. Ese es otro fetichismo!

—Estás hecho un "iconoclasta"...

—Ojalá lo fuese; así no habríase cristalizado la voluntad real en esa tolerancia delincuente que nos hace abjurar de nuestra propia personalidad.

—¿Qué hubieses hecho?

—Destruir tanto ídolo falso. Daría al trasto con esos prejuicios que a ti tanto te obseden...

—Serías un vulgar dictador. Abusarías de tu poder y con ello elevarías a la rebelión en ley de necesidad...

—Hombre, tienes razón. Ya ves para lo que sirve la discusión...

—Así es... Bueno, volviendo a lo anterior. No creas, no se trata de una alucinación, de una coincidencia o de un prejuicio, como ahora se llama a todo: Es un hecho real. Yo soy la víctima. Hay tanta simultaneidad en las acciones, que he debido convenir que ello es exacto.

—Estás enfermo, estás enfermo...

———

El plenilunio había perdido su carácter de tal y ahora era una hermosa luna con su séquito de estrellas. Un aerolito errante cruzó el espacio y un buho aleteó como sobre la cabeza de nuestros personajes. Graznó lejos y sus caras perdieron su hosquedad. Ahora eran expresión abúlica...

—¿Has visto?—articuló Edio que seguía con la vista suspensa como en un punto indefinido del espacio.

—He oído... ¿Y qué hay?—repúsole Amarante.

—Quería decirte que, para algunos, esos accidentes significa la inminencia de una desgracia... y su leyenda ha creado como una especie de conciencia.

—Es evidente; pues es una coincidencia de muchos hechos lo que ha apoyado esta convicción... Ese graznido es, desde luego, un símbolo...

—De la ignorancia, entendámonos.

—Acepto; pero ya ves que es una serie de hechos lo que da pie a esa creencia. Ese no es mi caso.

—Sí, ese es también tu caso. Tú piensas en que te persiguen, en que están prontos para echarse sobre ti y estrangularte. Ya te ves con los dedos apretándote las carótidas y convertido en un montón de miseria humana. ¿No te das cuenta de que en esa unidad de pensamiento lo único que hay de verdad es que corres el riesgo...

—...de ingresar a un manicomio?

—Eso mismo.

—Te empecinas en contrariar mis pensamientos... Eres un sistemático.

—No es exacto; trato de llevarte a la convicción de que tu espíritu padece una obsesión. Nada más. Se te ha puesto esto o aquello y estás hecho un atribulado George Dandin...

—Moliére, no juega ningún rol...

—Sí, comprendo. Es tu pobre cabeza y la paciencia de escucharte...

———

Guardaron un profundo silencio. Parecían distanciados espiritualmente y como automáticamente penetraron en una pieza contigua. Esta oficiaba a manera de "sala experimental". Cerróse la puerta tras ellos. El "plafonnier" diluyó una luz bermeja sobre los estantes y los libros parecieron animarse al conjuro de sus manos... Un sátiro, sobre un capitel, parecía sonreir piadosamente a la vera de tanta suficiencia...

—Bueno, sentémonos y dime: ¿qué es lo que tú ves y sientes? Estoy revestido de seriedad para escucharte.

Y como movidos por un automatismo atrozmente exacerbado adoptaron actitudes de hombres hechos a hundirse en un mar de honda emoción espiritual.

—Es al caer la tarde... cuando busco el silencio, para proyectar mi espíritu... Entonces se crea un ambiente nebuloso en torno mío y lentamente me siento enagenar... cierro los ojos y la visión del hombre invisible avanza hacia mí; luego, un escalofrío inunda mi cuerpo y tengo la impresión de que una mano me toma las mías. Me las aprieta hasta hacérmelas crujir. Quiero correr, recuperar mi yo y la ataxia muscular me inhabilita y caigo anonadado. Es algo violento.

—Exceso de estudio. Es el dichoso "surmenage"... No estudies tanto.

—No creas. Puedo asegurarte que no es nada de eso. A veces temo...

—Es una alucinación. Así que te revistas de carácter, desaparecerá esa idea que te obsede y verás que el fantasma huye. Yo he estado en un trance análogo...

—Lo que tú quieres es transmitirme energía moral.

—Precisamente: tu caso no es más que ausencia de esa energía. Un fenómeno que no tiene más relación que un pequeño desplazamiento de nuestra voluntad... ¡Sí, hombre, qué más va a ser!

—Pero es que yo trato de sobreponerme a ese "accidente" y él, se dijera que termina por desplazarme.

—Sí, es una inversión de lo consciente. El tal fantasma no existe; y lo único que proyecta esas imágenes es que la asociación,—que es la ley de nuestra personalidad en su modo específico,—ha sufrido una interrupción. Eso es todo. Fenómeno puramente subconsciente.

—Pero ahora con tu teoría del encadenamiento progresivo, quieres demostrarme que lo que yo veo no es exacto.

—Lo que deseo es demostrarte, por un proceso de auto-crítica, que la "corporización" no existe. Sólo se explica lo que tú observas como expresión de un estado ciertamente anormal. Exceso de trabajo; por eso necesitas descanso.

—Pero no, hombre. Si estoy completamente convencido de esa situación. Es un hecho real, lo aprecio en todas sus formas. Nada de incoherencias. Es exacto, exactísimo.

—No; sólo es un fenómeno subordinado a la exclusión de la personalidad. En el instante que el sujeto deja de responder a la solicitud de lo que lo rodea, convive en un ambiente insensorial. Aquí se inicia el principio de ese eclipse funcional en sus órganos superiores y entonces, la imagen adquiere formas ajenas a lo real. En ese instante no eres voluntad, eres automatismo.

—¿De lo que se deduce que estaría afectado de una neurosis?



TELEGRAFO FEMENINO

—¿Cuál de las dos es la que te es tan antipática?
—¡Cállate, que pueden oirnos! Cuando se acerquen la besaré dos veces.

—Casi, casi...

—¿Un fronterizo?...

—¡Eh! No tánto... Serías un enfermo superior... ¡lo cual no es poca cosa!

Volvieron a quedar como sumergidos en un hosco silencio. La asociación de ideas había puesto en sus físicos el sello del hondo fuego interior.

—Mira,—interrumpió Edio,—por un proceso de subconciencia se es susceptible de dar la impresión de estar enfermo y poseer un estado relativamente innocuo... Conozco un caso así.

—¿Como el mío?

—Es decir, esa es una situación que se complica: yo no soy alienista y de ahí que no quisiera establecer el símil...

—Cuenta...

—Un cigarrillo y luego vamos...: Bueno: en el Internado existía un muchacho boliviano. Una revolución política en su país lo había echado a este lado de la frontera con su patria. Era un excelente amigo... Andariego frustrado.

—¿Intimaste con él?

—Imaginate que nos prestábamos hasta el "smoking", amén de otras prendas... El pobre se murió de angustia.

—¿Era un "predispuesto"?

—No; una mujercita le trastornó el seso. Es decir, un amigo y una mujercita...

Amarante palideció y echó a andar. Prendió un cigarrillo. Absorbía en gran cantidad el humo, como si temiera que se le consumiese sin aprovecharlo lo suficiente. Había en él cierta nerviosidad.

—Espero que no suceda nada,—manifestóle Edio, al observarlo en aquella situación.

—Puedes continuar. Te escucho.

—Para que puedas adquirir un conocimiento exacto, necesito que me escuches bien. Siéntate y observa la unidad de la trama de esto que parece un cuento y que es o tiene algo de macabro...

—Sí, hombre; te escucho,—repúsole Amarante y echó la cabeza contra el respaldo de la silla, haciéndose el que dormía.

—El caso es bien elocuente. Tiene algo de lo que a tí te pasa. Vivía con la idea "enclavada" de que lo perseguían. Era una mujer. A la inversa de lo tuyo... ¿Porque quién a tí te persigue es un hombre?... ¿Te has dormido?

—No... Sí. Es hombre...

—Estaba en contacto con la realidad de que aquella había sido una vulgar perjura y no obstante creía que ella le continuaba siendo fiel. De tarde se internaba en el parque y allí, recorriendo sus canteros, deteníase junto a los árboles; se le veía accionar como si estuviese hablando con alguien. Era fácil adivinarle una sonrisa; a veces, su físico adquiría la expresión de disgusto: se hubiera dicho que "ella" lo contrariaba o no accedía al ruego... Luego se exteriorizaba el rasgo de alegría, la voluptuosidad inefable del enamorado que toma posesión del espíritu del ser predilecto. Ella, posiblemente, era así: sensual; y agazapándose en sus modos múltiples, debía saltar al espíritu imprevisto de él, flor del aire, alma abroquelada de nostalgia. ¿Te duermes?

—No; voy penetrando el misterio de esa vida...

—Pobre muchacho... Una vez fué conmigo confidente. Me reveló el secreto de aquel drama. Lo hizo con el alma hecha jirones.

—¿Y qué supiste?—preguntó abriendo desmesuradamente los ojos que parecían como afiebrados.

—Nada. Respeté su silencio. Sólo sé que el autor era un gran amigo suyo en la "docta"... Perfilaba a aquel suceso cierta dramaticidad. Su espíritu había ido cediendo cada vez más hasta que la voluntad no le significó nada. Era un cuerpo muerto, un individuo sin dominio. Llegó a ser un alucinado y la sugestión era de tal poder, que parecía ensimismarse. Así oíamos, bien perceptible, frases de amor... Algunas veces, brotaba el elogio hacia alguna prenda del tocado de ella... Otras veces...

—¿El qué?—preguntó sobresaltado.

—...surgía de aquellos labios el dicterio para el amigo...

—¿Y qué?... ¿Oíste algo?

—Fustigaba el proceder de aquel. Parece que el amigo había sido como él un expatriado. ¿Tu caso no puede tener más semejanza? Y como tú tuvo que mascar el polvo del exilio...

El físico de Amarante adquirió una expresión extraña. Sus dedos jugaban atropelladamente sobre el brazo del sofá. A través de sus ojos, se hubiera dicho que pugnaba su existencia por precipitarse hacia afuera. Volvió a prender un cigarrillo y más que fumar parecía querer devorarlo. Tal era la crisis que lo dominaba. Edio no parecía ser indiferente al estado de Amarante.

—¿Te pasa algo?

—No; parece que el cigarrillo no me sienta—y diciendo esto lo tiró. Fué una excusa inteligente.

—Hombre, a mí me pasa lo contrario: cada vez que me pongo en contacto con los muertos quisiera fumar siempre.

—Es extraño.

—Así me doy la impresión de que las espirales del humo son como columnas de incienso. La atmósfera en estas condiciones me predispone y el recuerdo se torna más nítido, más real. Es decir que la visión se vuelve más exacta y no sé por qué extraña asociación, siento que un hálito de muerte me circunda... ¿Quieres darme un cigarrillo?

Prendió el cigarrillo y continuó:

—Como te decía: aquel pobre muchacho tuvo un amigo cruel... un amigo que vivía a sus expensas y luego le destruyó el encanto de lo que él creía constituir el de su vida. El amigo explotó el ánimo de aquella mujer. No podía suceder nada más arbitrario, bien que muy humano. El pobre muchacho se afectó con exceso. Así, una noche, cuando el silencio reinaba en la casa en que vivían de años atrás, él presa de una crisis nerviosa, se precipitó sobre ella que yacía profundamente dormida y la sofocó con los garfios de los dedos de sus manos. El murió loco...

Se levantó Amarante con el rostro visiblemente alterado. Los ojos parecían querérsele salir de las órbitas y acercándose a él le dijo, como presa de espanto, con la vista fija en el vacío:

—¡Sí! ¡Basta! ¡Yo fuí el asesino y no él!

—¿Qué?—articuló Edio incorporándose súbitamente.—¡Tú fuiste el mal compañero!

—Sí; y esa es la sombra que me persigue. ¡Ahí está!... ¡Avanza... Ya está sobre mí!

—¡Pero hombre!¡ Sueñas! Cálmate!

—¡Sí, sí! ¡Ahí está!—Y abrió la puerta y se perdió en la obscuridad de la noche mientras un buho lanzaba su graznido. Edio no salía de su espanto. Con los ojos desmesuradamente abiertos escrutaba el patio...

TACTICA PROFESIONAL



—¿Por qué deja caer el baúl de esa manera? ¿Quiere hacerlo pedazos?
—No, señor; pero pensé que por el golpe, ustedes se darían cuenta de lo pesado que es y me darían una propina mejor.

Por qué nos restregamos los ojos al despertar

Aunque, durante la vida del hombre, el maravilloso mecanismo que constituye su anatomía no deja de funcionar ni un sólo instante, es evidente que los distintos órganos que lo componen descansan, hasta cierto punto, durante el sueño, disminuyendo entonces considerablemente su actividad.

El corazón, por ejemplo, late mucho más despacio en el hombre dormido que en el despierto, porque no tiene que mantener la actividad del organismo todo, sino sólo sostener la circulación necesaria para vivir; el cerebro se arruga y palidece, por recibir mucha menos cantidad de sangre que en la persona despierta. Pero, donde más sensible es esta disminución de actividad, es en las glándulas lagrimales, que dejan de producir su secreción. Por eso, cuando se llora durante una pesadilla, se lanzan gemidos y se contraen los párpados, pero rara vez se vierten lágrimas en abundancia, y por la misma razón nos vemos obligados a frotarnos los ojos al despertar. Ello es necesario para estimular a dichas glándulas para que produzcan la humedad necesaria a los ojos, los cuales están entonces secos a consecuencia del reposo de los lagrimales.

EL DÍA DE LOS NIÑOS POBRES



¡Lo que va de ayer a hoy!...

Dib. de Rojas.

LAS NECESIDADES FICTICIAS

por Alberto VUILLERMET

Terminada la cena, compartida como era de práctica hacía algunos años, en medio de un silencio opresivo, doña Venera, sin decir palabra, abandonó la mesa y dirigióse a la habitación vecina, su dormitorio y el de su hija Gloria. Esta, con movimientos bruscos, amontonó ruidosamente platos y cubiertos y los llevó a la cocina, colocándolos en una mesa sucia, sobre la que se hallaba con fusa variedad de tarros, trapos, especies y otras cosas. Una cocina de salvajes; bastaba verla para conocer la dispendiosa y malsana dirección predominante en la casa.

Y en efecto: si se quiere con casi segura exactitud juzgar sobre el orden e higiene de una casa, basta mirar la cocina: su aspecto es un revelador sugerente...; es, puede afirmarse, el espejo que refleja casi con soltura el porvenir que aguarda a su hogar. No ha de ser poca sin duda la gente que cultiva, por sobre todo, los esmeros para la calle, para las visitas. ¡Y cuántas rabias de hambre y también de sonrojos suelen costar un sombrero caro, unas pinturas sociales! (Inocente recuento).

Pero siempre, dominando humanamente, se descubren almas juiciosas y claras que oponen relevante naturalidad al dominio desnaturalizador de las locuras pintorescas.

Rogelio, hermano de la viuda madre, quedó solo en el comedor. Se puso sin resuelto interés a hojear un libro que tomó al azar. Pero bien pronto animóse su semblante, y se contrajo a leer atentamente. Era un libro patriota; uno de esos libros generosos verdadero maestro de cultura vital, escrito para ser comprendido por la mayoría de sus lectores; un libro todo esencia de corazón, sencillo y hondo en sus más mínimas nociones: "El temple argentino", de Marcos Sastre,—aquel argentino puro amor, pura juventud.

—¡Cómo es posible — se preguntó admirado—que este libro tan cordial y expresivo no haya tenido la virtud de insinuar en esta criatura un poco de belleza íntima?

Es que Rogelio, varón sensible a lo bello y sinceramente útil, abrigaba muy amorosa confianza en la eficiencia de los libros prácticos de moral y al par dóciles de penetración; era de los que se resisten a creer en la existencia notable de indiferentes asaz airados contra el cultivo de lo generoso; no advertía que las bondades del libro y del maestro resultan limitadas y no pocas veces nulas si en el hogar del educando no impera una madre buena que las haga florecer íntimamente.

Gloria, luego de hacer su habitual y laboriosa parada en la puerta de calle, volvió al comedor y con su despectiva brusquedad tomó varios libros y cuadernos y arrojándolos sobre la mesa junto a la cual leía Rogelio, entregóse a su labor estudiantil.

—¡Precioso libro!—exclamó Rogelio instantes después.—Este capítulo sobre el rancho de las islas es edificante, nobilísimo. ¡Qué cariñosa enseñanza!

Y empezó a leer en voz alta:

"¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces y de un sinnúmero de costosas bagatelas!"

—¡Qué buena verdad! — celebró y repitió emocionado: — "¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo!"

Tras breve ánimo espectante interrogó:

—¿Lo leíste, Gloria?

La locuela le contestó provocativamente:

—Me sé de memoria todo eso. Pero sería cosa de perder la razón si una tomase en serio tanta moral que se escribe. Ese es uno de los infinitos libros inútiles en lo que atañe a su prédica de moral.

—¿Cómo? — protestó Rogelio. — ¿Inútil tan elevada concepción? No te lastimes, Gloria. Es triste eso...

—¡Oh!—lo interrumpió vivamente la joven.—Ya sabemos que usted es un complemento de dignidades. Es lástima que haya errado la vocación: ¡hubiera podido ser un fraile divino!

Y echóse a reír forzadamente.

—¡Pobre loquita!—sonrió con pena Rogelio.—No tienes tú toda la culpa...

—¡Bueno, bueno, bueno!—gritó la consentida, el rostro demudado por un visaje feo.—¡Déjeme de pamplinas y de ridiculeces! Bastante desgracia tengo con esta vida humillante que me veo obligada a soportar y que usted con su presuntuosa cátedra de colores morales, no es capaz de mejorar. ¿Qué se piensa? ¿Le parece cosa fácil estudiar virtudes cuando hay que estudiar el modo de alimentarse, vestirse, conquistar una profesión y responder a la vanidad que la sociedad nos impone? Para llenarse de moral, aunque ella sea de puro corte sabio, es preciso tener dinero; por más que los señores moralistas y farragüistas se rían mintiendo lo contrario.

Rogelio estaba acostumbrado a estos arrebatos desagradables de su sobrina y suavemente dijo:

—No te sulfures. Es simple charla. Estamos siempre tan silenciosos...

—¡Es claro! Usted no sabe discurrir de otra cosa que de moral. Y eso fastidia, señor Jesucristo! Lo que yo necesito con urgencia es buena comodidad para tenderme, comidas ricas, trajes caros, fámulas, prendas, paseos, novios!

Y lanzando una ruidosa carcajada se fué dando brincos.

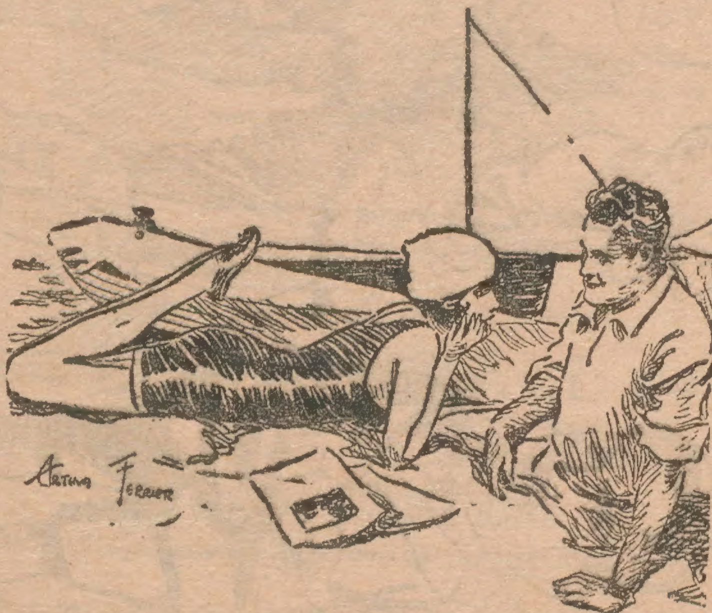
La madre, que había escuchado el diálogo desde su dormitorio, echóse a reír con la triste nerviosidad de los dementes alegres.

Y a través de los años las fatales fueron dejándose hundir en las tentaciones cínicas.

Ganaron la figuración que tanto ansiaban...

Entre otros datos—nombres, vida y milagros—los diarios informaron de ellas:

"Madre e hija han venido robando con suerte desde hace años. Hay motivos fundados para creer que forman parte de una gavilla de ladronas urbanas que operan en todo género de comercios. Al ser detenidas vestían prendas cuyo valor sumaba varios miles de pesos."



ESPECULACION

—Me parece que te gusta más jugar a la baraja con papá que charlar conmigo.

—No, m'hija; pero de alguna parte tengo que sacar el dinero que necesitamos para la boda.

El ratón más valiente

Entre los animales de esta especie, puede considerarse como los más valientes a los de la familia del "leming", de Noruega, del cual piensan todavía los montañeses del país que cae del cielo, porque no pueden explicarse de otro modo el número extraordinario de individuos que se ven a veces ni su desaparición, que en cierto modo es consecuencia de su voracidad, porque ésta les produce trastornos en las vías digestivas que ocasionan la muerte.

El valor de estos animales es extraordinario. Cuando se llega cerca de su madriguera, precipítanse fuera al instante, chillan, gruñen, se ponen derechos, levantan la cabeza y lanzan a su adversario miradas amenazadoras. Cuando se adelanta rápidamente hacia ellos retroceden gruñendo, con la cabeza levantada siempre, y si encuentran algún obstáculo se detienen y se dejan coger antes que dar la vuelta, lanzándose a veces sobre su enemigo. Parece que no temen a ningún animal, y hay pocos con los que no se atrevan. Gran número de lemings mueren aplastados en las calles, donde se detienen a los pies de los transeuntes sin tratar de huir.

PLENILUNIO

Vaguemos amado, vaguemos por estas calles solas en donde el misterio está diluído entre las sombras y la poesía, en el efluvio sutil de las glicinas. Comienza la primavera, la amante seductora de los poetas, la amiga de las flores, la diosa de las almas que a solas, tejen la dorada quimera de sus esperanzas. La Rochefoucauld le ha cantado su gloria y su belleza y los artistas más geniales, la han trasladado a sus cuadros y la han esculpido en sus mármoles.

Nuestras almas que tienen algo de poetas y de artistas, se hundirán en el silencio de estas callejas largas, en donde la luna alumbra el camino y las glicinas se asoman como tímidas avecitas, por el enrejado de las casitas blancas.

Apoyada en tu brazo, mis miradas vagarán de la tierra al cielo impregnadas de grandeza como si desearan que todos los mundos que ruedan, se unieran en un solo abrazo para brindar su liturgia a la florida diosa que se presenta vestida con rayos de luna y con su eterna sonrisa llena de promesas...

Seremos Abelardo y Eloísa confundidos en un solo corazón; Dante y Beatriz dentro de un mismo paraíso; Romeo y Julieta entrelazados por las románticas ilusiones que unieron a los amantes de Shakespeare. Lejos de nuestros espíritus la inquietud de los que se aman materialmente; lejos de nuestros corazones el anhelo hecho fiebre; lejos de nuestros cerebros los pensamientos de fuego que enturbian la diafanidad de la mirada.

Seremos dos alondras que en un murmullo de amor, bajaron del cielo, surcaron el espacio, descendieron en un suspiro a la tierra y en blancas avecitas, se unieron para entonar juntos el canto de los enamorados, de los devotos del Ideal, de los que ven dormir las estrellas y oyen versos dentro del silencio de las sombras.

Vaguemos... vaguemos a lo largo de estas callejas solitarias, bajo el cielo de septiembre lleno de constelaciones luminosas... Vaguemos... vaguemos juntos "como dos ruedas, como dos alas; como el cuerpo y la sombra de sus líneas, como los ojos y la mirada".

Vaguemos, yo junto a ti, y el amor entre nosotros tejiendo en su rueca de oro, la túnica bajo la cual se cobijarán nuestras ilusiones. Los dos, necesitamos de la tibieza y del amor; los dos pobres avecitas zarandeadas por los huracanes. Porque tú sabes de cuanta decepción estaba impregnada mi alma cuando llegaste hasta mi ventana en esa noche lluviosa de invierno. Tú sabes que mi corazón era una llaga. Mis ideas, absurdas procreaciones de mi excepticismo, me torturaban sin piedad. Para mí la vida, era un sufrimiento que sólo hallaba término, al borde de la tumba y con Montesquieu pensaba que "Debemos llorar a los hombres cuando nacen, no cuando mueren".

Pero llegaste tú, el "verdadero presentido" y mis ojos se llenaron de reflejos. En el jardín de la vida, hay fragantes flores que se levantan altivas sobre sus tallos. Yo tomé una de ellas seducida por la irisación de sus colores y la suavidad de su perfume sin sospechar que en su interior, el veneno estaba diluído, pronto para llegar al corazón.

Cuando me convencí de ello, miré hacia atrás, con aquella muda desesperación con que Hernán Cortés debió mirar la inmensidad líquida, después de quemar sus naves. Y hallé una luz que se abría camino entre las sombras como una milagrosa estrella...

Pero no hablemos de eso amado. Ahora, bajo la luna inmensa, vaguemos juntos a lo largo de estas calles solitarias, entre las sombras llenas de misterios y bajo las glicinas de las casitas blancas.

Olvidemos los fantasmas del ayer y las desilusiones del mañana. En nuestros espíritus, la fuente del optimismo canta sus más dulces canciones. Quiero soñar, quiero mirar la vida bajo la luz dorada de mis quimeras. Quiero pensar que los hombres son buenos, quiero ser feliz amado mío. El nido deshecho se forma de nuevo si el alma se siente de amor arrullada. No quiero decir con Schopenhauer. "Si un Dios ha hecho el mundo, yo no quisiera ser ese Dios. La miseria del mundo me desgarraría el corazón"...

Ven, vaguemos en esta noche romántica de luna. Te diré porqué brillan las estrellas en el azul de los cielos; te explicaré lo que dice el murmullo de la brisa al rozar las flores, te contaré las quimeras de las sombras al unirse con el silencio de la noche.

Vaguemos... Bajo la luna inmensa, quiero expresarte mi amor en madrigales; quiero decirte que así, tal cual eres, te ama mi corazón. Pero... ¿por qué no haberte encontrado antes en mi camino? ¡Cuántas tristezas, cuántas desilusiones me hubieras evitado...

Vaguemos amado. Olvidemos nuestros dolores y digamos con Lamartine "Dejemos al viento gemir y a las brisas murmurar"...

Sofía Espíndola

Buenos Aires, setiembre de 1923.

Sección vermouth

APROVECHANDO LA OCASION

Había comprado un automóvil de segunda mano. Seiscientos pesos. Pero, al parecer, el largo uso no había domado a la caprichosa máquina. Bufaba, chillaba, tronaba y no se movía. O adoptaba un alarmante silencio, bruscamente interrumpido por un salto, sin preocuparse de la dirección. A lo mejor se lanzaba en tren de campeonato. El hombre llevó su auto a las afueras de la ciudad. Allí por lo menos la máquina podría desahogarse. A poco de entrar en un pueblito suburbano, y en una parada involuntaria, se le acercó un empleado municipal con una boleta. Venía a cobrarle un peso por derecho de tránsito.

—Un peso,—le dijo.

—¿Un peso, qué?

—Por el auto,—dijo el municipalero y el dueño del auto, muy contento:

—¡Ya está! ¡Vendido!

COMPENSACION

La cocinera nueva, una moza muy agraciada. Muy agraciada, pero en cuanto a cocinar, un fracaso hecho y derecho. La joven esposa se dió cuenta en seguida, pero trató de disimular hasta ver qué impresión le causaba el almuerzo a su marido. Le causó la impresión que debía: apenas probó un bocado de la amarga tortilla quemada, hizo una mueca inequívoca.

Entonces, la joven esposa, con cariñosa amabilidad, le dijo:

—¡Pobre Roberto! Me parece que hoy, en vez de almuerzo, tendrás que conformarte con un beso...

El marido se sorprendió un poco, pero repuso:

—Bueno... dile que venga...

LAS PREGUNTAS TERRIBLES

—Mamá ¿sabes lo que nos dijo hoy la maestra?

—¿Qué les dijo?

—Que la Tierra gira alrededor del sol. ¡Qué cosa rara! ¿no?

—Sin embargo es así, hija mía: la Tierra gira alrededor del sol.

—Pero no siempre.

—¡Siempre, hija mía, siempre!

—¿Y cuando no hay sol?

DISCULPA

La suegra, blandiendo en la mirada los rayos de Zeus, le dijo:

—Caballerete: he sabido que usted no ha hablado a su esposa durante seis meses. ¿Por qué? ¿Quiere decirme por qué?

Y el yerno, humildemente:

—No quería interrumpirla...

PIBERÍA

El nene, sentado a la mesa, se empinaba en su sillita, y extendiendo el brazo sobre los platos, trataba de alcanzar algo. En vano.

El papá le miró severamente y como la mirada no bastara a hacer volver al niño a una posición correcta, le dijo:

—Dígame, nene, ¿no tiene lengua?

—Sí, papá, tengo; pero mi lengua no alcanza hasta la manteca.

SEAMOS EXACTOS

El maestro.—Si digo "el caballo ha muerto", ¿dónde está el sustantivo?

El alumno.—No existe, señor.

—¡Cómo que no! ¡Es el caballo!

—Pero, señor... si ha muerto... ya no existe.

EL MENDIGO AL DÍA



—¡Pobre hombre! ¿Decía usted que todos los días viene desde cuatro leguas para pedir limosna?

—Sí, señora; ¡pero vengo en auto!

NO DEL TODO...

—¿Cómo te fué en la entrevista con papá?—preguntó ansiosamente la joven.—¿Fué satisfactoria?

Y el novio repuso con resignada gravedad:

—No mucho. Me dijo que todo lo que nos daría era su consentimiento.

¿PARA ENSANCHAR LA EXPERIENCIA?

—¡Mozo!: ¿se ha dado cuenta de lo que me ha traído? Este pollo es una verdadera suela. Estoy seguro de que en mi vida volveré a probar una cosa tan dura.

El mozo, atentamente:

—¿Quiere probar el señor unas costillas que tenemos?

SEMI-DUELO

—¡Hola! ¡Cuántos meses que no te veo! Pero ¿qué? ¿Estás de medio luto? ¿Qué te ha pasado?

—Mi mujer se cayó al agua.

—¡Oh! ¡Y se ahogó la pobre!

—No: casi se ahogó.

EN SU LEY

Fulano de Tal, músico distinguido, autor de vigorosas partituras, se pasea nerviosamente en la sala. Fulano de Tal espera un heredero. En la misma habitación un pariente, aguarda también que se abra una puerta y alguien diga si es varón o mujer. De pronto se oye un vagido. Y el pariente se pone de pie vivamente y pregunta:

—¿Qué es?

Fulano de Tal contesta:

—Un "sol sostenido".

EL ALFILER DE CORBATA,

por J. H. ROSNY

—¡Este alfiler—exclamó Máximo Marzan—no lo daré por diez mil rublos! Sin él...; pero esta es una historia no muy palpitante para los demás, aunque sí para mí. En fin, hela aquí:

Hace ya veinte años. Iba para un mes que había perdido el empleo que me permitía vivir, y no encontraba otro. Todo cuanto poseía había pasado, prenda tras prenda, a otras manos, y sólo me quedaba un terno, una camisa, un cuello suelto y un par le botas apenas presentables. A menos de desnudarme, lo cual me privaba de toda relación con el mundo exterior, no podía sacar ningún partido de lo que me quedaba... Y, sin embargo, tenía hambre, hambre de hombre joven, que no comía más que un poco de pan desde hacía varias semanas, y no bebía más que agua desde hacía setenta y dos horas.

No era la primera vez que yo pasaba por semejante situación. La suerte, pues, no me había favorecido, y, poco a poco, me hice terriblemente pesimista.

Aquel mediodía me dije:

—Hay que terminar, y la sociedad no perderá gran cosa. Un cuarto de hora de valor, ¡pobre viejo!, y no tendrás que inquietarte por la comida...

La muerte estaba allí, a mi disposición. Una vuelta a la llave del gas, un cuarto de hora de espera y todo estaba hecho: Máximo Marzan no dejaría detrás ningún recuerdo apreciable.

—¡Vamos!—me dije.

Me puse a tapar los intersticios de la puerta y de la ventana con periódicos viejos, y cuando todo estaba dispuesto esperé el acontecimiento..., si a aquello se le podía llamar acontecimiento.

Había resuelto echarme en la cama en cuanto sintiera síntomas de vértigo, y, entre tanto, me paseaba. Me pareció que aquello duraba demasiado tiempo, y temí haber olvidado alguna rendija, por lo cual examiné nuevamente la puerta y la ventana. Cuando esto hacía, algo me pinchó fuertemente en la falange del índice, y saltaron algunas gotas de sangre... Examiné el periódico que tenía en la mano y advertí un destello verdoso.

—¡Calle, pero...!—exclamé desdoblando el papel.

Reconocí mi alfiler de corbata.

Le había perdido hacía algunas semanas, y supuse que se me había caído en la calle.

Era un recuerdo de familia, sin valor; pero de oro y con un rubí. El oro no excedería del valor de dos pesos oro; pero el rubí podía valer ocho.

Quizá se había deslizado a algún rincón, de dondo volví a recogerlo con los periódicos viejos; pero esto no tenía ninguna importancia. No pensé más en ello en aquel momento. Lo que hice fué cerrar la llave del gas; ya era tiempo, porque el vértigo comenzaba a apoderarse de mí, pues con la ventana abierta fué necesario un cuarto de hora para reanimarme completamente.

En cuanto me encontré en condiciones, tomé mi sombrero, fuí a casa de un prestamista que me había tomado varios objetos y le ofrecí el alfiler. Después de una discusión bastante larga consintió en darme treinta y cinco pesos, y me encontré poco después junto a una mesa de un restaurante, donde me sirvieron (era en 1906) dos huevos, pan y una taza de chocolate. Lo cual constituyó para mí una comida suculentísima, y desplazó el pesimismo de mi espíritu.

Por la tarde, por igual precio, cené, y luego me fuí a la cama, donde me dormí con gran confianza en lo porvenir.

A la mañana siguiente, cuando yo volvía de almorzar, mi portera me dijo:

—¿Está usted todavía sin empleo, señor Marzan?

—Más que nunca, señora Casanovas.

—Bien. Pues vaya a ver a mi panadero, que busca a alguien para que le lleve los libros.

Así lo hice, y aquél me dijo:

—En efecto; tenemos necesidad de alguien que nos lleve las cuentas. El señor viejo que teníamos se murió. Si usted quiere ocupar su puesto... Nosotros damos ochenta pesos al mes, por dos horas a dos y media, por la tarde... Hasta habrá algún aumento si esto sigue como marcha ahora.

Acepté y me encontré muy bien. Dos meses viví con este empleo modesto. Después tuve cargos más brillantes, y fuí subiendo dulcemente la escala.

Es seguro que comprenderéis ahora por qué no daría yo el alfiler de corbata por diez mil... rublos.

Sobre que diez mil rublos no sirven ahora para comprar el más modesto sujetador.

CARICATURAS DE GUASTAVINO



Pintor Jorge Bermúdez, que acaba de anotarse otro tanto artístico con la reciente exhibición de sus obras.

La manía de las persecuciones

La crónica policial de los diarios trae con harta frecuencia noticias de delitos cometidos bajo la influencia de la manía de las persecuciones. Cada día aumenta el número de los cerebros débiles, que, incapaces de resistir a las exigencias de una época febril y a la acción desorganizadora de los venenos de la inteligencia, acaban en la locura y especialmente en esa forma de la locura que es la manía de las persecuciones. Hay en esto un verdadero peligro social tanto más grave cuanto que la multitud de locos y de semilocos de este género no está toda internada en los asilos de alienados.

En general, la manía de las persecuciones, se anuncia mucho tiempo antes con modificaciones del carácter: los que conocen al infortunado afectado por ella, probablemente lo han calificado ya con los epítetos de "fantástico", desequilibrado, insociable, defectos que, traducidos en términos psicológicos, corresponden a un vicio de ideación o a un vicio de afectividad.

El vicio de ideación reside en una especie de refracción psíquica que hace ver la realidad a través de una lente deformadora; el vicio de afectividad reside en una hiperestesia morbosa que hace tomar todo en mala parte. Un crítico literario, escribiendo a propósito de J. J. Rousseau, decía sobre estos infelices: "Son como desollados vivos, expuestos a toda intemperie". Todo es para ellos una causa de descontento, como son ellos causa de descontento para todos. Si son hijos, se manifiestan disgustados con los padres; los padres se molestan por todo lo que hacen los hijos; los criados cambian de amo; los amos cambian de criados; los soldados son mal vistos por los oficiales; los oficiales son odiados por los soldados. ¿De dónde les viene esa desviación designada por los psiquiatras con el nombre de paranoia? Sin duda es debida a perturbaciones cinestésicas; los nervios pneumogástricos y simpático envían a los centros nerviosos superiores, sensaciones desagradables, que determinan un malestar indefinible.

Nuestras vísceras funcionan bien sólo cuando no advertimos su funcionamiento. Ahora bien; en el "paranoiso" las funciones fisiológicas van acompañadas a menudo por un dolor sordo, cuya causa busca el enfermo y cree hallarla fuera de sí mismo. Como el viejo que encuentra los escalones de hoy más altos que los del tiempo de su juventud, así a los ojos del enfermo de persecuciones los pequeños incidentes de la vida se convierten en desgracias: atribuye su malestar a tentativas de asfixia, sus dolores de estómago a envenenamiento; si tose, es porque sus enemigos han preparado una corriente de aire para librarse de él; si alguien escupe o silba junto a él, cree que lo insultan o se bejan.

No bastándole el presente, alimenta sus ideas fijas en el pasado, y encuentra en hechos y palabras lejanas las señales premonitorias de su infortunio actual. Si lee los diarios, cree que se trata de él.

He aquí algunos ejemplos característicos:

Un perseguido imaginario a quien, en la mesa habían servido un plato de arroz, creía que querían reirse de él. ¿Por qué? Era italiano y en su idioma la palabra arroz ("riso") se escribe lo mismo que risa. Otro, un francés, veía en la inocente frase "Tu penses, toi meme" (Tú mismo piensas) una incitación al suicidio, leyendo dos palabras de esa frase: "tue toi" (mátate).

Esas son alucinaciones parecidas a las que Bard llamaba "persecuciones sin objeto". En muchos perseguidos se encuentra el dato alucinatorio, el cual varía con las épocas: en la Edad Media, los perseguidos se veían presas del demonio; hoy que el nuevo ídolo es la ciencia, uno se preocupa de la química y pide análisis a todos los laboratorios; otro sueña con el espiritismo y se siente rodeado de espíritus maléficos; un tercero piensa en la electricidad y cree que enemigos ocultos lo manejan por medio de corrientes eléctricas; por fin, otro, que se ha ocupado de óptica se cree amenazado por una serie de espejos y de lentes cóncavos y convexos, convergentes y divergentes, más formidables y más terribles que aquellos con que Arquímedes intentó incendiar la flota de Marcelo en la bahía de Siracusa.

Vemos, pues, que las ideas de los locos no son un mundo individual impenetrable, sino un reflejo reformado de las preocupaciones de su tiempo, y si queremos saber qué piensan los locos, debemos preguntarnos qué piensa la gente sensata.

Pero el loco no asiste pasivamente al ataque imaginario; busca medios de defensa; y si cree que lo envenenan, cocina por sí mismo, o come solamente huevos pasados por agua y nueces; si se cree electrizado y tiene un poco de instrucción, coloca aisladores de vidrio en los pies de su cama; si teme agresiones, asegura y atranca cuidadosamente la puerta y la ventana de su habitación. Otros, huyen y van a establecerse muy lejos del lugar donde se creían perseguidos, para encontrarse también perseguidos en el lugar de su nueva residencia.

Sin embargo, ni la soledad ni la fuga satisfacen a todos los caracteres, y algunos de ellos recurren, para defenderse, a la ofensiva y al ataque. ¿Contra quienes? A veces contra una banda que, seguramente por vestigios de lecturas de folletín, califican de banda negra o banda roja; a veces contra cuerpos constituídos: masones, israelitas, jesuitas. Pero esta forma de persecución es breve; el espíritu humano es monista y busca al jefe de la banda.

En general, asigna el papel de jefe de los perseguidores a su enemigo natural: al dueño de casa, a su patrón, a la suegra.

Un enfermo de Magnan, indeciso en la elección de su víctima ha inventado un sistema original. Pesando las responsabilidades de sus enemigos ha fijado a cada uno de ellos un número proporcionado a su grado de iniquidad; reunió así 122 números, con los cuales hizo una lotería para extraer al azar el nombre del enemigo digno de la pena capital y el de los condenados menores. Magistrados, abogados, diputados, ministros comparecen ante su tribunal: todos le han hecho algo, a él, que es el único hombre honrado. "¿No les parece, escribe, que esta lotería es más acertada que la justicia, tan a menudo claudicante e injusta?"

El 17 de noviembre del año pasado, escribía: "Hoy extraje la lotería; salió X, lo que me alegra mucho. Salió la mosca venenosa. Después de tantas desventuras inmerecidas, ha sido una suerte la de que me toque la noble misión de suprimir a X y librar de él a Francia." Y, en efecto, se traslada a Versalles para dar muerte a X.

Otros, menos fáciles de satisfacer, van a buscar a los culpables en las posiciones más elevadas del Estado: los ministros, el primer magistrado, etc. Una vez hallado el enemigo, es preciso abatirlo. El perseguido empieza con una carta injuriosa, después con una carta de queja a la policía, después al procurador de la República y por último al gobierno. Todo jefe de Estado necesita varios secretarios para que se ocupen solamente en revisar esa correspondencia.

En cierto momento, al ver que no se hace justicia, los locos se deciden a realizarla por sus propias manos. Y es el momento de los llamamientos al pueblo en carteles fijados en las calles y el momento también de los disparos de revólver contra los cortejos oficiales. Es superfluo demostrar la importancia de encerrar a esos alienados antes de que lleguen a esta última face. Y no se crea que una vez recluído ha terminado todo peligro, pues visitarlos en el asilo o en la prisión es como penetrar en la jaula de un tigre. Los médicos que los atienden a veces son víctimas de ataques, y casi a diario de injurias. Todas las mañanas cuando el doctor Fabret entraba en una sala de asilo donde se recogía a varios de esos alienados, era acogido por una enferma, con este grito: "Fabret, rey de los reblandecidos".

Buchner describe un asilo de Alemania en el que los alienados habían constituído una "Sociedad de los Oprimidos" y escrito durante años un periódico secreto titulado "El antialienista". En un número de ese periódico se leía la siguiente noticia: "Estadística mensual del asilo-presidio archiarbitrario Necrópolis de Bicêtre. Salidos curados, ninguno; salidos por defunción, 55." La noticia terminaba con este comentario: "En Bicêtre, los efermos, para salir, deben pasar por la sala de autopsias."



JUSTIFICADAMENTE

—¡Pero amigo! Nunca lo he visto tan alegre.
—Sí. Vengo de casa del dentista.
—¿Y eso le pone contento?
—Sí. ¡No estaba en casa!

Vagares sentimentales

La sombra de los pinares
que bordean el camino,
presagia como un destino
las horas crepusculares!
Y si triste en mis vagares
siento el alma dolorida,
con recordarte en seguida,
—la abnegada compañera,—
florece la primavera
en el jardín de mi vida.

Con el amargo despecho
de las flores siempre mustias,
me desvelan las angustias
y suspiros de tu pecho,
cual si al trocarse deshecho
el nido de nuestro amor,
buscara sólo el fulgor
de los ocasos sombríos,
y amparo en los albedríos
de los muertos del dolor.

...Y si elijo los senderos
de suaves ondulaciones,
es por oir las canciones
de los viejos carreteros;
sus cantares plañideros
alejan todas mis penas,
igual que las azucenas
en el rincón de una estancia,
perfuman con su fragancia,
y son humildes y buenas.

Cuando sigo la agonía
de la tarde neurasténica,
que filtra su luz escénica
a través de la alquería,
y cierra por fin el día
con sus rumores extraños,
¡pienso por fuerza en mis años
confortados en la lucha,
de una gloria que no es mucha
para tantos desengaños!

Ricardo H. Aramburu

Southampton (Inglaterra).

UN TRAMPOSO

por Max y Alex FISCHER

Salí de Pitiviers la semana pasada, y resolví venir a París a probar fortuna. Los negocios me atraían, y decidí dedicarme a las comisiones. Soy yo, pues, desde hace cinco días, el mensajero de la calle Helder: limpio las botas y hago los encargos.

Se me había dicho que el oficio era duro. Yo comprendí que en esa ocupación, como en todas, lo importante es tener método. Y, principalmente en nuestro oficio, es lo esencial permanecer todo el día sentado en la taberna.

Algunas veces hay que llevar cartas. Esto es muy delicado. Llega un señor que da un peso—que uno desliza en el bolsillo—y también una carta. Siempre la carta es muy urgente, hasta el punto de que se llega a ser escéptico respecto a la urgencia. Pero el mejor medio de hacerse una clientela es, indudablemente, llevar las cartas a su destino tan rápidamente como sea posible. Y lo que es conmigo jamás se espera más de tres días, y aun a veces tan solamente dos: colecciono unas treinta cartas, todas muy urgentes; las clasifico por distritos y comienzo el recorrido. En esto soy muy concienzudo; cuando empiezo a fatigarme, echo las cartas al correo.

Ayer mañana, domingo, vinieron a buscarme. Se trataba de ayudar a dos criados a transportar el contenido de dos bibliotecas. Pronto propuse una inteligente división del trabajo: el ayuda de cámara llevaría los libros, la doncella los agruparía en pilas paralelas. Yo me reservé el trabajo más delicado: me quedé en el salón para cuidar de que no se olvidase ningún libro. La tarea era dura.

A mediodía habíamos terminado; el señor me dió tres francos con veinticinco céntimos y me dijo con una sonrisa amable:

—Tenga, amigo mío; ¿quiere emplear la tarde de una manera más agradable?

Yo no rehuyo jamás el trabajo, y le respondí:

—Con mucho gusto, señor.

—Tengo dos localidades para la función del Odeón, y me es imposible ir... Si usted no tiene otra cosa que hacer... ¡En fin, hasta otra vista!... Esté usted a las dos de la tarde... "si no tiene nada que hacer"...

¡Qué tipo más divertido! Yo llegué al Odeón y miré mi reloj; eran las dos. La obra que representaban era muy divertida, y os aseguro que me reí mucho. No abandoné mi sitio hasta el fin, y cuando salí eran las cinco y media. Había estado allí tres horas y media. Cincuenta minutos después llamaba yo en la puerta de mi señor.

—¡Ah, es usted!—exclamó él, haciéndose el sorprendido.

—Sí..., soy yo.

—¿Se ha divertido usted?

—Sí..., sí... eso ha durado tres horas y media...

—Cierto. El tercer acto es corto... Para otra vez ya procuraré...

Y mi señor quiso despedirme. Yo repetí:

—Eso; ha durado tres horas y media... Y todavía no cuento el tiempo de ir y el de volver, y el Odeón no está ahí a la vuelta...

—¿Dice usted?

Comencé a perder mi sangre fría:

—Digo que usted conoce la tarifa... Tres horas y media, a un franco la hora, hacen tres francos con cincuenta... Me debe usted tres francos con cincuenta...

Insistí. El se incomodó. Le amenacé con el comisario de Policía, con el juez municipal. ¡Pues bien; no quiso pagarme!

El muy tramposo llegó hasta insultarme.

Verdaderamente, hay gentes que tienen muy poca vergüenza.

NOVEDADES ENTRE LAS ESTRELLAS



Paulina Starke, elegida últimamente como una de las seis actrices de cine más bellas, figura en la nueva película ''En el palacio del rey''.



Corina Griffith, acaba de terminar la impresión de la cinta ''Seis días''. Se asegura que nos reserva para pronto una sorpresa.



En "Almas en venta" hizo su debut como artista de cine Jean Haskell, que hasta entonces no había tenido ninguna actuación artística pública, pero de quien se dice que está destinada a la carrera más brillante.





Durante años, Alicia Joyce permaneció alejada del arte cinematográfico y retirada en su hogar. Ha reaparecido en "La diosa verde", aunque no se sabe si proseguirá su eminente actuación artística.



En los papeles dramáticos, María Prevost ha sido una revelación. Acaba de firmar un contrato por largo período con la First National.

RÍO DE JANEIRO PINTORESCO



Una vista parcial del jardín de la antigua morada del emperador Don Pedro I.

Fots. Francisco Javier Silva.

COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL DEL HOSPITAL DE QUILMES



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, y la señora Josefina Achával de Cantilo, que actuaron de padrinos en la ceremonia, acompañados del gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo, de monseñor Copello, obispo auxiliar de La Plata, y de varios caracterizados vecinos de Quilmes, en el palco oficial durante el acto de la colocación de la piedra fundamental del Hospital de Quilmes.



Señor Manuel C. Rocca, haciendo uso de la palabra en nombre de la comisión de vecinos patrocinadora de la iniciativa.



El doctor Alvear, arroja la primer palada de mezcla de la obra.



Doctor Edmundo Gutiérrez pronunciando su discurso, en representación de los centros culturales de Quilmes.

EL FOOTBALL EN EL INTERIOR

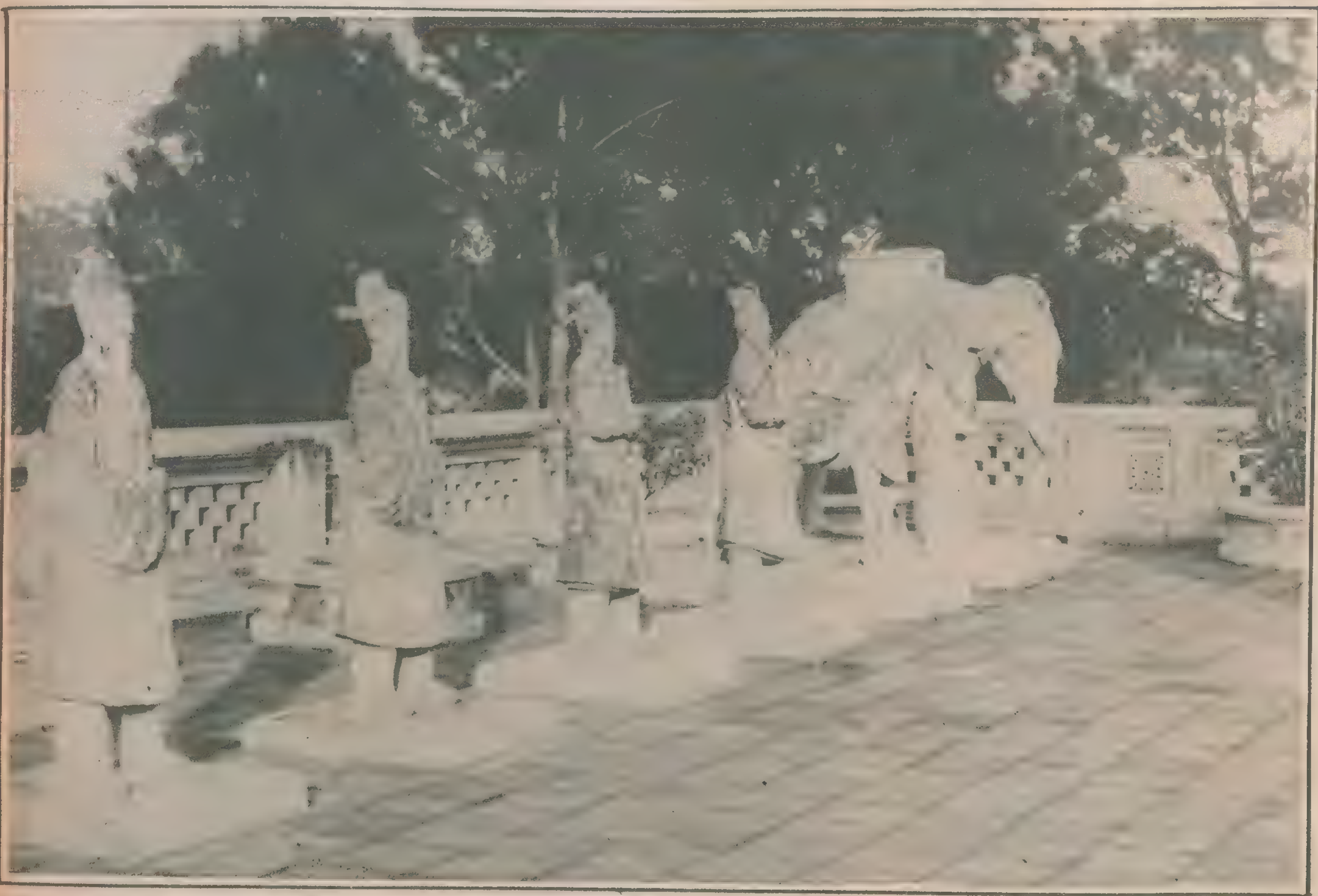




Rufino. — Partido por la copa campeonato ''XX de Septiembre''. Los teams ''Matienzo'' y ''Newbery'' que sostuvieron el encuentro, donde resultó triunfante el primero de los equipos nombrados por cuatro a cero goals.

Fots. Della Mattia.

ALREDEDOR DEL MUNDO



El Reino de Anam, que desde 1884 está bajo el protectorado francés, conserva fielmente sus costumbres y sus tradiciones. Nuestra fotografía muestra las tumbas de los antiguos emperadores anamitas, en la terraza del Palacio Real.

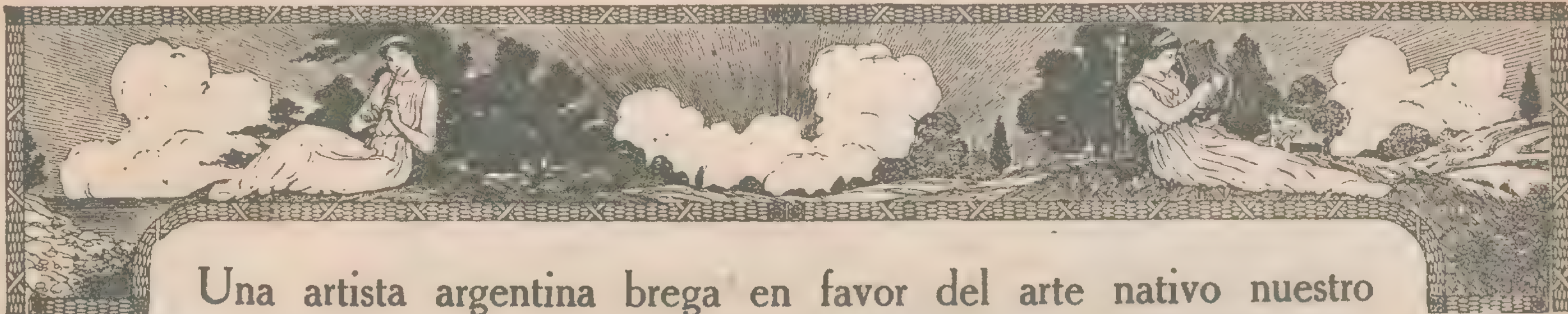


Primera fotografía de la partida del explorador Admunsen para el polo norte, desde el poblado de Nugget Roadhouse, a 40 millas de Nonce, al norte de Alaska.



En honor del caricaturista de revistas parisienses, Poulbot, se realizó en los jardines de las Tullerías un desfile de niños y cochecitos adornados de flores. La Reina de la belleza del Primer Distrito encabezó el cortejo.

Fots. Henri Leon



Una artista argentina brega en favor del arte nativo nuestro

La señora Ana Scheneider L. de Cabrera y su búsqueda artística por tierras norteñas.— Sus confidencias

¿Verdad que hay sentimiento, sentimiento nativo, nuestro, autóctono, en la sutil cadencia de una vidala? ¡Es tan grato oir, tierra adentro, en noche silenciosa y plácida, los cálidos arrullos del trinar poético de una vihuela!... Hay en nuestro arte nativo múltiples motivos de interés, de glosa delicada y de emoción. Sobre todo de emoción... Lo artístico emociona siempre los espíritus nada embotados. El arte nativo argentino conmueve las fibras más íntimas del alma nacional. Nuestros cantos de tierra adentro, nuestros bailes, todo el riquísimo "folklore" provinciano, encierran tanta poesía, tanto sentimiento, tanto arte... De ahí que cada artista que nos muestra una faceta extraordinaria del arte nativo merezca estímulo especial. El triunfo, triunfo pleno, decisivo, obtenido ha poco en la autorizada tribuna del Instituto Popular de Conferencias, por la señora Ana Scheneider L. de Cabrera es ratificación fehaciente de cómo atrae, de cómo conquista la atención general el vasto asunto del arte nativo argentino. Queremos hacer hincapié en tal significativo hecho de la vida artística metropolitana.

La señora Ana Scheneider L. de Cabrera bajó hace tres años de su provincia, la pintoresca Catamarca. Vino a Buenos Aires y mostró en los coliseos porteños su arte de eximia concertista de guitarra. Ella rimó sus cuitas en la vihuela del gaucho legendario. El doctor Estanislao S. Zeballos, vigoroso y vehemente "leader" de nuestro nacionalismo, llevó a la joven y linda provincianita al estrado del Instituto Popular de Conferencias. Y allí la señora Scheneider L. de Cabrera matizó su feliz audición con oportunas consideraciones acerca del "folklore" argentino. Hizo profesión de fe artística. Mucho y bueno dijo del arte nativo argentino. Los aplausos que oyó la disertante y concertista la alentaron no poco en su cruzada en favor del arte nacionalista. Ella, a nuestro requirimiento, nos lo ha confesado:

—El brillante éxito de mi primera disertación en el Instituto Popular de Conferencias, decidió al presidente del mismo, doctor Zeballos, a pedirme otra para el ciclo de 1923, la que acabo de pronunciar. Y creí entonces necesario refrescar impresiones, ver si podía encontrar algún material disperso en nuestras bellas tierras del Norte, para enriquecer mis conocimientos del "folklore" argentino. Y así decidí viajar nuevamente por esas tradicionales regiones, en cuyas selvas y montañas indagaría de sus viejos moradores, ya poetas, ya músicos agrestes, alguna dulce leyenda, una sentida canción o una típica danza, trasmitidas desde lontanas épocas a nuestros días.

(Ana Scheneider L. de Cabrera dice esto risueña. Recuerda los comienzos de su pintoresca excursión a tierras del Norte argentino. Matiza ella su charla, que es amena, que es espiritual, con giros de exacto sabor lugareño. Tienen tales giros el encanto de lo poético y de lo emocional. Hacen sonreir muchos de ellos; en su etimología provinciana, existen graciosas analogías, no exentas de esa picardía y de ese sarcasmo peculiares de tierra adentro. Ella, la artista, da a estos vicios de dicción una tonada armoniosa, de cadencia sutil y agradable. Más que catamarqueña, a Ana Scheneider L. de Cabrera creeríasela una blonda germanita, aclimatada en la Argentina; aquí cambió su afición a la rubia cerveza por un amor pujante, por la guitarra criolla...)

Inicié mi viaje, dice, poseída del sentimiento del terruño distante. Iba a volver a él después de dos años de ausencia. Llegué a Tucumán en un día de invierno, en junio, un día que parecía de primavera. Los duraznero, todos ya florecidos, terminaron de preparar mi alma para la fiesta del regreso a la tierra que fué mi cuna. Mi primer saludo fué para mis viejos amigos: los cerros, que recordaron mis correrías infantiles. Ellos fueron testigos de mis andanzas para satisfacer mi insaciable sed de conocer las cosas del terruño, las manifestaciones artísticas de lo nativo, cristalina fontana de emociones estéticas, en el marco de lo sublime y exuberante naturaleza. Los cerros habrán mirado con enojo mis andanzas nuevas, pues existe, según afirman los de tierra adentro, la creencia que ellos montan en cólera cuando un forastero escala sus cumbres.

—¡Oh, no!, hemos protestado. Hasta los cerros son indulgentes con las bellas... Las imaginan hadas... ¿Pero, cuando recibió usted la verdadera sensación de encontrarse en el añorado terruño?

—Cuando oí nuestra característica y musical tonada:

Velay, el changuito tan churito,
donosa, hay así hay ser pó.



Señora Ana Scheneider L. de Cabrera.

Entonces tuve la certeza de hallarme de nuevo por mis pagos... Y lloré, sí, lo confieso. Lloré, emocionada íntimamente. ¿No me emociono ahora al recordarlo? Pero ¡fuera penas! Mi excursión la hice por toda la región catamarqueña. Visité después Tucumán, Salta, Jujuy y Santiago del Estero. En suma: un viaje de perdurables recuerdos y emociones estéticas. Mi esposo, y el operador cinematográfico, que me acompañaban en mi búsqueda artística, no olvidarán tampoco las pintorescas zonas recorridas.

Y no olvidarán las peripecias del viaje, ha proseguido diciéndonos la *señora Scheneider L. de Cabrera. Donde el camino lo permitía era el automóvil nuestro medio de locomoción, sin desperdiciar por eso el coche, la mula y una modesta "aipa". Otras veces, marchábamos a pie... Cierta vez, la audacia de nuestro "chauffeur", que parecía dispuesto a convertir el automóvil en nave, lo quiso hacer atravesar uno de los tantos ríos de Tucumán. Como era de preverse, el agua cubrió el motor. ¡Eran de ver nuestros apuros, al quedar prisioneros en medio del río!... Tras larga espera, un paisano con su zaino, salvaron a los náufragos.*

Hace ella una corta pausa. Recuerda y dice: Ya casi terminada mi jornada, cuando había recogido no pocos elementos de estudio del "folklore", no quise regresar sin volver a visitar diversos lugares de la apartada región donde florecieron las maravillosas artes de los "calchaquíes", la vieja raza autóctona que nos legó en valiosa herencia su sangre y su vasto patrimonio artístico. Piedras de cantos rodados que delinearon un corral o sirvieron de paredes para habitaciones; piedras cubiertas de petroglifos; menires esculpidos que se yerguen como guardianes celosos de los últimos secretos de la raza extinguida. A ellos interrogan en vano los hombres de ciencia, deseosos de arrancarles el significado de su misteriosa y secular existencia... Todo allí nos habla al alma con mudo y sugestivo lenguaje. La contemplación de esas ruinas y sitios, otrora en actividad, embarga el alma y sobrecoge el espíritu. Tanto en Tafí, en la región considerada como dominio de los antiguos Quilmes, como en Fuerte Quemada, Cerro Pintado de las Mojayas y en general toda la región del Noroeste argentino, con sus legendarios pobladores, impresionan hondamente la imaginación. Da pena ver, dice la buena provincianita, como toda esa civilización de los "calchaquíes", que se ha mostrado a través de la majestuosidad de sus ruinas, leyendas e innumerables objetos, se interrumpió totalmente con la llegada de los conquistadores, hace nada menos que cuatrocientos años.

¿Qué hice después? Fuí a Santiago del Estero. Deseaba presentar en mis conferencias una visión gráfica de las danzas del Norte. Como la música y la palabra no bastaban, recurrí al cinematógrafo, y busqué los bailes más genuinamente nuestros en los sitios donde se conserva más latente el recuerdo y la afición por ellos. Los intérpretes de las danzas fueron señoritas y caballeros de la sociedad, que con gracia e inteligencia hicieron de criollas y paisanitos... Jamás podré olvidar el eficaz concurso de las señoritas Carlota Cárdenas, Rosa Sufloni, Emilia Rojas, Lola Contrera Achával, María Esther Marcos, Selva Alcorta, Yolanda Olga Martilotti y Nélida Salvatierra. En mi obra de propaganda en favor del arte nativo argentino, tendrán siempre mi agradecimiento como diligentes y simpáticas cooperadoras.

Y calló nuestra confidente. Ella prepara ahora la serie de disertaciones que ofrecerá en los primeros días de octubre próximo, en el teatro Odeón, con el patrocinio de un núcleo de notables escritores y periodistas argentinos y en beneficio de diversas instituciones nacionales de caridad. Exhibirá en este ciclo de arte nativo nuestro, las nuevas danzas norteñas, trasplantadas con toda fidelidad por el cinematógrafo desde el lejano rincón agreste. Es de desear que la cruzada de la señora Ana Scheneider L. de Cabrera sea coronada por el auspicio popular. No siempre han de triunfar en Buenos Aires las iniciativas más o menos prosaicas y comerciales. Hora es ya que lo nuestro, el amor a lo nativo, gane adeptos. Hora es ya que una "chacarera" bailada con picardía y destreza, nos deleite. ¡Ojalá triunfe esta nueva iniciativa, fruto de un agudo sentimiento artístico y nacionalista! ¡Ojalá no caiga en el vacío, como tantas otras cayeron! ¡Ojalá!...

L. M. A.

DEPORTES



Rosario — Inauguración del Oratorio Festivo "Domingo Savio". Grupo de autoridades eclesiásticas y de otras personalidades que asistieron al acto inaugural.



Las competidoras que se clasificaron primera y segunda en la prueba de salto en largo, salvando una distancia de 4,36 metros.



El director del Colegio San José, reverendo padre Serafín Santolin, pronunciando su discurso en la inauguración del Oratorio Festivo.



Torneo del Club A. Provincial.—Los ganadores de postas: L. Spreutels, H. Sivori, R. Duarte y E. J. Zanni, del Club Gimnasia y Esgrima; y los vencidos: C. H. Fracchia, Víctor Poggi, L. A. Bruneto y C. B. Retamar, del Club A. Provincial.

Fots. Cornet y Aranda



Quemú-Quemú.—Primera división del Club Argenino de Football, de Miguel Cané, que resultó vencido en su encuentro con los representantes del Club Sportivo Villa Mirasol



Team del Club Sportivo Villa Mirasol que obtuvo el triunfo en el match jugado con Club Argentino de Football, de Miguel Cané.

Fot: Diógenes A. Quiroga.



Capital Federal.—Equipo de tiradores de la policía del Departamento, que ganó el campeonato especial. De izquierda a derecha, sentados: sargento P. Pineda; capitán José Romariz, instructor del equipo; cabo R. Vaca. De pie: T. Espinola, C. Ferreyra, S. Paz y S. Gatti.

Un escultor argentino: Luis Perlotti

Apenas egresado de la Academia Nacional, después de proseguir sus estudios bajo la dirección de don Lucio Correa Morales, Luis Perlotti, se halló frente a la vida, en un medio hasta cierto punto hostil para el desarrollo completo de su arte.

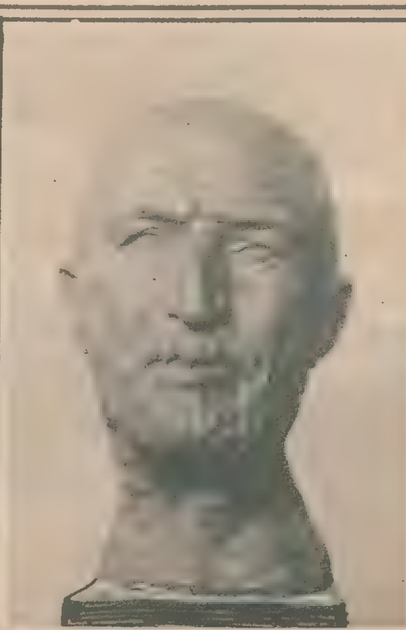
Tallista de excelencia, fué un simple obrero, bajo el apremio de la hora y la mínima compensación del jornal. Sólo a ratos, en el rincón del ensueño, continuó devoto y humilde en el culto de sus ideales; erguido ante la indiferencia y bebiendo el agua clara del consejo de Eduardito Holmberg, que fué amigo, padre espiritual y artista admirable, en la múltiple y rica expresión de su alma inquieta.

Bajo tal advocación, las manos heridas por la gubia, formaron el recuerdo de "El tambor de Tacuarí"; y bajo un acicate de nobleza, surgió "Sarmiento", el viejo vencedor de la ignorancia. Y más tarde, el maestro Ambrosetti, sabio americanista, que halló el misterio de antiguas razas, sobre las que brillaba—en un núcleo heroico—la figura potente de don Juan, el indómito guerrero de los valles calchaquíes.

Sensible a esas sugestiones, que despertaron en su corazón el conocimiento de la verdad, Perlotti encaminóse por nuevas rutas, apartando, la exótica semilla, que en nuestra educación estética, crece, por ausencia de todo raciocinio. Así comprendió que dentro de muchos años, sólo triunfarán en los museos de América, aquellos que por su origen y su arte fueron ante todo americanos. Puesto que, en las obras extrañas, sólo puede presentirse una modalidad relativa, sujeta, en absoluto, a una interpretación puramente personal.



Cabeza de niño. Salón Nacional de Bellas Artes.



Cabeza de viejo. Primer premio en el Salón de Otoño de La Plata.



"Pureza". Salón Nacional de Bellas Artes.



Fragmento de un grupo monumental.

Por otra parte, los valores étnicos trasmitidos casi intactos a través de los siglos, le sedujeron, a tal punto, que en la visión que lo embarga, aparecen subrayando el nuevo aspecto de su obra, con el propósito de "Las brujas de américa",—prometidas en una bacanal de Chiquí—y la monumental creación que titulará "Los Andes". Esta última, define tres razas que surgen como tres cumbres; la del Rauco, ruda y varonil, añorando a Leuinchengorma y a la reina Gaboinilla, en la tierra donde—según Agustín de Zárate; 1555—"diz que se cría gran cantidad de oro"; el ona, hosco y andariego, en ancestral herencia nómade; y por fin, "los hombres de la montaña", resistiendo en el valle a los invasores, mientras cruzaba de tribu en tribu, la flecha rebelde, de don Juan y de Chumbicha.

Y en breve—porque así su finalidad lo determina—Perlotti vibrará, de lleno, bajo la sugestión irresistible de la selva, penetrando en la entraña aborigen, que aún palpita en el Chaco fabuloso.

Ricardo GUTIÉRREZ.

EN BUENOS AIRES, SE PRACTICA FOOTBALL FEMENINO

El "Río de la Plata", primer club de ese carácter, fundado en esta capital. — Dos teams, formados por señoritas, se entrenan diariamente a fin de poder presentarse en público.



Señorita Ema Megertwenderlich, capitana del team "Argentinas".



Equipo "Argentinas" (camisetas celestes, con cuellos blancos), uno de los conjuntos del club "Río de la Plata". (Aparece también, en la fotografía, una suplente.)



Team "Cosmopolita", constituído por señoritas británicas y alemanas. (Camisetas blancas, con cuellos celestes.) La piba del centro es la mascota del cuadro.



Señorita Elizabeth van der Beck, capitana del team "Cosmopolita".



Señor Carlos Kitzel, entrenador y referée en los partidos.



Un avance hacia el arco de las "Argentinas".

Tentativa malograda en el centro del field por "un" back de "Argentinas".



Señora Ema M. de Wolners, presidenta del Club.



Conjurando el peligro.



Señor Carlos Kitzel, organizador del club.



"La" guardavalla argentina, en acción.

Nota compuesta por L. Thorne.

Fotografías de A. Márquez.

111° ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE TUCUMÁN



Conmemorando el 111.° aniversario de la batalla de Tucumán, el "Centro 24 de Septiembre" organizó un programa de festejos del cual formó parte una función de teatro infantil, efectuada en la plaza 24 de Septiembre. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.

Fot. Giraz.

Una visita al instituto "General Belgrano", para hijos de militares



Una vista interior de la capilla del establecimiento



Laboratorio de química y física.



Un dormitorio para varones.—Este instituto, fundado en 1892, se halla presidido por la señora Mercedes Montero de Canavery, con quien colaboran las siguientes personas: general Arturo M. Lugones, director general; señora María Eugenia G. de Pidal, secretaria; señor Antonio Asti Ferrari, director del departamento de varones, y la señorita Lola Pita Martínez, directora del departamento de niñas. Está incorporado al Colegio Nacional Mariano Moreno y a la Escuela Normal núm. 1, y en él reciben enseñanza graduada y secundaria 130 varones y 70 niñas, con carácter de alumnos internos, además de otros muchos educandos medio pupilos y externos.

VIDA TEATRAL



Pura Blaya, tiple cantante que actuó en la compañía Vittone-Pomar y que ha dejado de pertenecer a dicho elenco por no convenirle realizar la jira artística que la citada compañía se propone llevar a cabo por Estados Unidos.



Eloisa Iturrat, tiple cómica, caracterizando a la Parisis en la revista ''Remate del Bataclán'', obra que se representa en el teatro Avenida.

GENTE MENUDA



Luz Alcázar.



Fanny Cervellera Grande Novoa.



Guillermo Cervellera Grande Novoa.



María C. Tenuta.



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA TEMPORADA EN EL IGUAZÚ



La considerada como "Reina de las gitanas", señorita María Esther Sotelo, cuyo compromiso matrimonial con el señor Marcelino Solanova, acaba de formalizarse.



Nuestro activo corresponsal, señor Eliseo Bejarano, en medio de uno de los bellos paisajes de la región, al dar por terminada su gestión informativa en aquellos lugares subtropicales.



Señora María M. de Dol Pozzolo.



Señor Emilio de Alvear, al pie de las cataratas.



Señores Arnold P. Watson, Emilio de Alvear, Carlos Corredoira y Carlos Santamarina.

Fots. Bejarano.

DE LOS TERRITORIOS NACIONALES



Parte de la delegación de propietarios del territorio del Río Negro, que se entrevistó recientemente con el presidente de la República, doctor Alvear y con el ministro del interior, doctor Matienzo, a objeto de patrocinar la candidatura del señor Daniel Vélez para la gobernación de dicho territorio.



Tres interesantes notas gráficas extranjeras



Miss Georgia Graham, durante una fiesta celebrada en los magníficos jardines orientales de una residencia particular de California, interpretó el papel de la amada del poema de Omar Kayam.



En la Exposición de Escultores Norteamericanos realizada en Nueva York, fué expuesto este exquisito bronce, ''La burbuja'', obra de Harriet W. Frishmuth



El escoutismo femenino: ''girl scouts'' norteamericanas, de campamento a orillas del lago Summit, presencian pruebas de natación ejecutadas por sus compañeras.



ENLACES



Capital federal. — Señorita Herminia C. Priore, que recientemente contrajo enlace con el señor Mateo Lorenzo.



Se[illegible] Ino Schain [illegible]desposada [illegible]on el senor Domeniano [illegible]



Carlos Casares. — Señorita Silvia Benderesky, cuyo matrimonio con el señor Lázaro Rimsky se efectuó hace poco.



Lanús. — Enlace Fasce-Goday. Los novios después de la ceremonia religiosa.



Rosario. — La señorita C. Ordóñez y el doctor Julio A. Rey, después de contraer matrimonio.



Lanús. — Enlace Tomaino-Cacharo. — Los desposados y algunas de las familias invitadas al acto.



ACTUALIDAD CINEMATOGRÁFICA





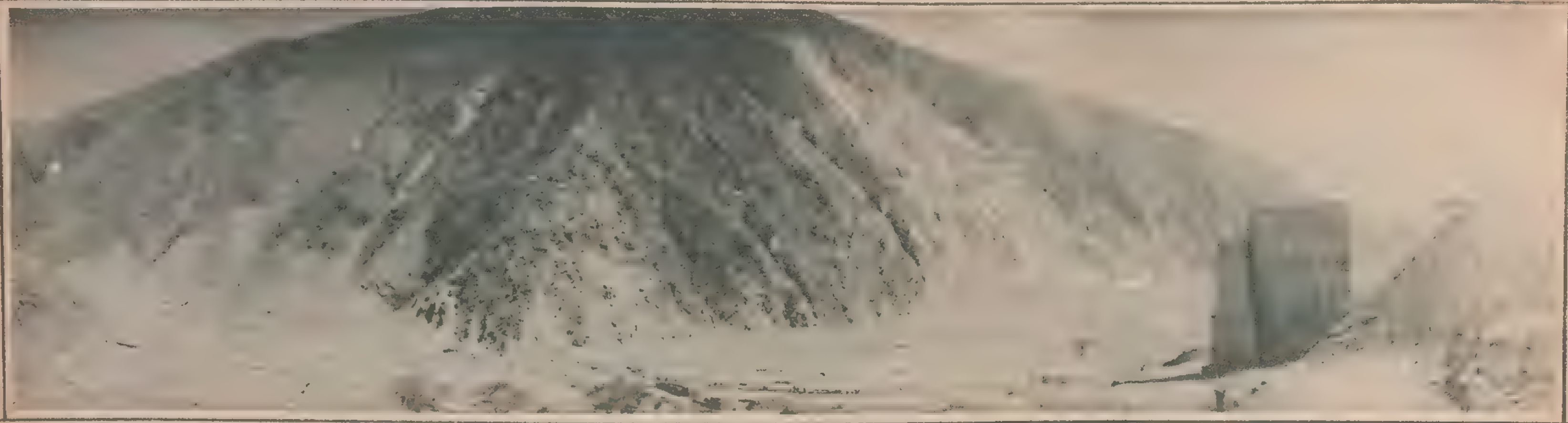
Ilustran esta página cuatro escenas de la emocionante película ''Frágil y blanca flor de Oriente'', que, bajo el programa Strand, de la Corporación Argentino Americana de Films, acaba de estrenarse en nuestros cines centrales. Bessie Love, la notable y expresiva artista de la escena muda, encarna admirablemente la protagonista de esta obra intensamente dramática, alcanzando con su acertada labor un nuevo y señalado triunfo artístico







HACIA CHILE, POR EL NORTE ARGENTINO



Viaducto en construcción para el ferrocarril a Huaytiquina, situado en la sección el Candado.

VIDA PUNTANA



San Luis.—Los miembros del Consejo de Educación, señores doctor Pedro I. Garro, presidente, Aguilera, Vital y Jurado, vocales, y Durán, secretario.



Un grupo de niños pertenecientes a distinguidas familias de la capital puntana, congregados en casa de la señora Quintana Acevedo de Mendoza, durante la fiesta infantil ofrecida por esta dama.



Parte de la concurrencia que asistió a la "matinée" infantil realizada en el teatro Sportsman, a beneficio del Asilo de Huérfanos.

Fots. La Via.

PUCHITOS

Grande honor y precioso tesoro parece una medalla ganada en la gran guerra por actos de valor en el combate. Y sin embargo, en una multitud de tenduchos de Londres se puede comprar hasta las más altas condecoraciones distribuídas en la guerra europea. Todas son auténticas y algunas son vendidas por pocos centavos. Más aun, hasta existe una tarifa. Por ejemplo, la medalla aliada de la victoria, cuesta 2 chelines; la misma, británica, 2 chelines; la misma, con rama de roble por mención especial, 2 chelines y 9 peniques; la misma, con cinta, que es una de las más altas recompensas británicas, 6 chelines, es decir, menos de tres pesos. La medalla francesa de la gran guerra se vende a 7 chelines y medio; la medalla italiana al valor militar, 15 chelines, y la de la gratitud belga, 15 chelines.

* * *

El sueldo del presidente de la república francesa es uno de los más elevados del mundo. Antes de la guerra, era de 600.000 francos por año y recibía otros 600.000 francos para gastos de representación. Actualmente es también de 600.000 francos, pero, debido a la depreciación de esta moneda, se le ha aumentado a 1.400.000 francos la suma destinada a gastos de representación. En relación con el presidente, los ministros franceses ganan muy poco—menos que los ministros argentinos,—es decir, 80.000 francos de sueldo por año y 20.000 francos también por año que se les da para costearse un automóvil, lo que, por cierto, no basta.

* * *

Cuando se dice que el café es la principal riqueza del Brasil no se da idea de lo asombrosamente grande de esa riqueza. Una revista francesa que con mucha competencia trata los asuntos de la América latina, dice que la próxima cosecha de café del Brasil será muy buena, pues se calcula en 18 millones de bolsas, las que, al precio actual, representan 2.160.000 contos de reis, o sea, 3.500 millones de francos. Más de la mitad de esa cosecha será consumida por los Estados Unidos.

* * *

Todavía en muchas regiones del mundo no se conoce el dinero y los pagos son hechos en objetos, como en tiempos prehistóricos. Se cuenta el caso de una cantante parisiense que por un concierto dado en una isla de Polinesia recibió en pago 3 cerdos, 44 pollos, 500 cocos, 1.200 ananás, 120 calabazas y 1.500 naranjas.

* * *

No obstante no haber alcanzado la aviación sino un grado de desarrollo que está muy lejos de la perfección, los resultados que ya se han obtenido en cuanto a velocidad, parecen prodigiosos. En Francia, Sadi Lecointe voló con una velocidad media de 342 kilómetros por hora; y pocos días después, el norteamericano Maughan superó ese record volando a razón de 355 kilómetros por hora. Ahora bien, 360 kilómetros por hora representan exactamente ¡100 metros por segundo! Esta es ya una velocidad de proyectil, pues es la que lleva una bala de revólver a los 60 metros de la boca del arma que la ha disparado. Si un aeroplano pudiera conservar esa velocidad por muchas horas, el trayecto de París a Nueva York sería cubierto en 16 horas.

* * *

Después del asesinato de los reyes de Serbia, Inglaterra rompió las relaciones con aquel estado. Los embajadores de Italia y Rusia se entrevistaron con el rey Eduardo VII para procurar que no se insistiera en esa medida. El rey Eduardo les contestó en estos curiosos términos, que sólo últimamente han sido publicados: "Lamento muchísimo no poder acceder al pedido de ustedes. Además de la opinión pública de mi país tengo una razón personal para no acceder. Mi oficio es ser rey. Era el mismo oficio de la víctima del Konak. Ya lo ven: el rey Alejandro y yo pertenecemos a la misma corporación de trabajadores, o, si prefieren, al mismo sindicato profesional. No puedo permanecer indiferente ante el asesinato de un colega. Nos veríamos obligados a cerrar el negocio nosotros los soberanos, si consideráramos el regicidio como un suceso policial cualquiera. Por estas razones no puedo satisfacer los deseos de ustedes."

* * *

En el decenio que precedió a la guerra, Italia ocupaba el primer puesto como país de emigración. Le seguía, pero muy distanciada, Gran Bretaña, aunque la mayor parte de los emigrantes ingleses se trasladan a colonias británicas. En los tres años de 1919, 1920 y 1921, es aun superior a los años precedentes la emigración italiana, al punto de ser el triple de la de otro país de gran emigración: España. En efecto, en ese trienio salieron de Italia 893.681 emigrantes. Los países que le siguen, en igual período de tiempo, son: Gran Bretaña, con 634.514 emigrantes; España, 279.917; Portugal, 104.670; Alemania, 35.053; Suecia, 26.551; Suiza, 18.180; Dinamarca, 14.965, y Bélgica, con 13.551 emigrantes.

Un señor llamado Vesian fué detenido recientemente por la policía de Limoges. ¿Su delito? Ninguno. Se le arrestó simplemente por haber muerto hace veinte años. El hombre protestó; declaró con la mayor firmeza que no estaba muerto. Pero la policía francesa es severa: "Usted ha muerto en 1903, según todos los documentos, y fué debidamente enterrado". Sólo después de infinitos trámites el señor Vesian pudo recuperar la libertad, y continuar cometiendo el delito de vivir.

* * *

En Milán hay tranvías especialmente adaptados para servicios fúnebres, es decir, para transportar al cementerio el cadáver y el cortejo.

Muchos diccionarios etimológicos dicen que "cable" procede del bajo latín "capulum", cuerda. El célebre diccionario de Larousse trae la misma etimología, pero a continuación dice: "Esta palabra se encuentra en la mayor parte de las lenguas con el mismo sentido y ligeras modificaciones en la ortografía; pero su verdadero origen es poco menos que desconocido.

En efecto, no parece haber mucha seguridad de que "cable" venga del latín, y en un artículo no hace mucho publicado por la Revista "Scientific American" se decía que en un principio eran sinónimas las dos palabras inglesas "cable" y "capable" de las cuales la última significa literalmente capaz o idóneo, lo cual hace pensar que después de todo la palabra será de origen inglés, simple contracción de "capable", y querrá decir en realidad una cuerda más capaz o idónea, por su grueso y fortaleza, para cumplir su cometido.

* * *

En la costa occidental de Africa se utilizan las cáscaras de plátano para hacer jabón.



Las dos especulaciones más famosas

Durante ciertos períodos del siglo XVIII, en Francia y en Inglaterra, todo el mundo consideraba el trabajo como cosa casi despreciable; se vivía especulando, en tal forma, que nadie sabía si al día siguiente había perdido su capital y estaría al servicio de sus mismos criados. Hasta solía suceder que cuando menos se pensaba se encontraba a un señor antes rico guiando el coche de su ayuda de cámara, enriquecido de improviso.

Hechos tan extraordinarios ocurrieron a centenares en Francia cuando el sunto del Misisipí y en Inglaterra con el del Mar del Sur.

El asunto del Misisipí, que constituye una de las más grandes, por no decir la mayor aventura especulativa, fué un proyecto para proporcionar dinero al gobierno francés, permitiendo a una compañía particular la explotación del valle de dicho nombre, monopolizada por el comercio francés y dirigida por el Banco del gobierno.

Quien era Law.

El autor del proyecto y el que lo puso en práctica fué un escocés, nacido en Edimburgo en 1671, apellidado Law, que era un verdadero genio. A Londres fué cuando tenía veinte años, y se conquistó rápidamente una reputación como economista político, como gran jugador y como gran petimetre de su época. Era, además, gran bebedor y un tenorio entre el bello sexo. Cuando tenía veintitrés años se enamoraron a un tiempo de la misma mujer, él y un noble, joven también, conocido por el "bello Wilson". La rivalidad acarreó un duelo en el que murió el noble, y Law fué acusado de asesinato y sentenciado a muerte, pena que se conmutó por la de cadena perpetua. Pero el atrevido economista salió de la cárcel con más facilidad que había entrado, y se fué unos cuantos años a Holanda, donde estudió el sistema bancario del país, y comenzó a madurar los planes que en 1708, presentó en París a Luis XIV. Este ensayo le salió mal, porque el monarca ordenó al jefe de policía que le arrojase de la nación.

Al cabo de siete años, Law supo con gran alegría que el rey había fallecido y volvió a escape a París, donde se encontró a su amigo el duque de Orleans convertido en regente. Allí averiguó, con no menos satisfacción, que el difunto rey no sólo no había dejado un céntimo, sino que la nación estaba empeñada en varios millones de libras francesas.

Law tiende sus redes.

Como es de suponer, Law no tuvo más que abrir la boca proponiendo sacar el dinero necesario para enjugar el débito, para que en el acto se le concediera la autorización necesaria. Law entonces se dispuso a organizar la compañía o corporación denominada de las Indias Occidentales, la cual, además de explotar el territorio del Misisipí, monopolizaría el tabaco, el comercio francés con China y otras fuentes de ingreso de grandes esperanzas. El capital del Banco que con este propósito se fundó fué de seis millones de libras, dividido en acciones de a quinientas, y en previsión de que escasease el dinero mientras estaban las acciones en el mercado, Law instaló una prensa para imprimir billetes.

Una nación loca por la avaricia

Acabados los preparativos, Law puso anuncios en los periódicos invitando a los que tenían dinero a comprar acciones para hacerse ricos. Su excelente estilo literario y la noticia de que todos los años se embarcarían seis mil europeos y tres mil negros con rumbo el valle del Misisipí, cuya región sería seguramente una fuente de riqueza inagotable, surtió efecto, y empezó la loca ambición a hacer de las suyas. Law no daba abasto a coger dinero.

Duques, condes, criadas, cocheros y aun humildes fregatrices luchaban por alcanzar la ventanilla y pagar por las acciones seis, ocho y hasta diez veces más de su valor nominal.

Hubo un jorobado que ganó más de diez mil pesos oro dejando que los supersticiosos empleasen su joroba como pupitre para escribir. Otro individuo hizo un bonito negocio alquilando sillas a los que formaban cola en la calle.

No había quien no quisiera figurar en las listas de suscripción; las mujeres, sobre todo, abrumaban a Law. Una de ellas, cansada de esperarle días y días en su casa sin conseguir verle, lo divisó desde su coche, y ordenó al cochero que hiciera chocar el carruaje contra el poste más cercano, y cuando fué complacida y cayó al suelo, Law se precipitó en su socorro. Llevada a un hotel, la dama declaró su treta y logró que el banquero la apuntase en las listas de suscriptores, que era lo que deseaba.

Cuando las acciones llegaron a cotizarse a treinta veces más de su valor primitivo, se pensó que era oportuno emitir 50.000 más, y en el acto se suscribieron 300.000. La competencia entre los compradores hizo subir a 3.600 pesos oro el precio de cada acción.

Cómo acabó lo del Misisipí

Pero el fin estaba previsto. No faltaron personas que averiguaron que los que mangoneaban en el negocio cambiaban las acciones y el papel moneda por dinero de verdad, que iba a parar a Inglaterra y a Holanda. Cuando la gente se enteró de lo que sucedía, todos se apresuraron a vender las acciones, y como era muy natural, bajó la cotización con más rapidez que había subido.

Las prisas por cambiar las acciones, originaron tales apreturas que en ellas murió bastante gente.

Law tuvo que huir, y murió en Viena, pobre y abandonado.

El asunto del Mar del Sur

En el mismo año en que sucedían estas cosas en París, Sir John Blunt y otros caballeros, pusieron en práctica en Inglaterra otro plan semejante. El proyecto inglés, llamado del Mar del Sur, tenía por objeto exonerar la deuda nacional, reduciendo todos los fondos a uno solo. Lo que ello significaba no lo entendía nadie con exactitud, pero se creía generalmente que la compañía se constituía para sacar grandes productos del comercio en el Mar del Sur, y que por los privilegios concedidos por el gobierno no se conseguiría mejorar la situación financiera del país. Con toda la rapidez que permitían las prensas de aquel tiempo, se imprimieron acciones de quinientos pesos oro que fueron ofrecidas por 1.500 cada una, y a éste precio la gente entregó 10.000.000 de pesos oro, y en pocos meses se cotizaron las acciones a 55.000. Al igual que en Francia, la gente acudió a comprar, pero luego bajó rápidamente la cotización a la mitad, y algunos banqueros que habían dado dinero sobre las acciones cuando estaban caras, tuvieron que suspender los pagos y desaparecer.

Una investigación parlamentaria puso de manifiesto la colosal corrupción de la Casa de los Comunes, bajo cuyos auspicios se había constituído la compañía. Duques, condes y otros personajes habían sido sobornados. Un diputado propuso en su indignación que se metiese en un saco a los directores de la compañía y se les arrojara al Támesis. Por suerte para ellos, no se tomó tan radical medida.

PÓSTUMA

Para "Fray Mocho".

Trémula, sollozante, dolorida,
el alma de la tarde, en la ribera,
se abisma solitaria: la Quimera
universal inicia su partida...

Murmullos de doliente despedida
rima en la fronda el ave parlotera,
y en su múltiple y rápida carrera
va, sin rumbo, el torrente de la vida!...

Dibuja el horizonte sus linderos,
como la onda, a impulsos pasajeros,
un misterioso enervamiento cunde...

Y a rás del cielo y del peñón agreste,
salta el Sol de su símbolo celeste...
¡pupila de oro entre la noche se hunde!

Paraná. **Pedro MARAÑÓN ETCHEVEHERE.**

ARTURO VAZQUEZ CEY



El autor de "Aguas serenas" visto por Milord Artico.

UN REFRESCO

por Mario BUZZICHINI



Era el señor B. un señor muy experto en hacer economías... como las llamaba él con mucha dignidad. Pero un buen día oyó hablar de cierto señor C., el cual, al parecer, era más experto que él en realizar economías. Y seguimos diciendo economías, por no mencionar palabra más antipática. Entonces se dijo:

—¡Caramba! Quiero conocer a ese señor C. Siempre se gana algo conociendo a quien sabe más que nosotros. Vayamos a hacerle una visita.

Y fué a hacerle una visita.

El señor C. vivía en un departamentito compuesto por sólo una habitación muy pequeña, y en la boardilla de una casa muy alta. El visitante llegó jadeante y fué recibido con mucho honor. El señor C. se declaró encantado de conocerle, y cuando se dió cuenta de que el visitante habría aceptado de mil amores un refresco, pues se moría de sed, se mesó los cabellos.

—¡Cuánto siento, señor! Realmente no puede usted imaginarse cuanto lamento no tener ahora en casa ni una gota de licor para ofrecerle un refresco... Pero ¿sabe lo que podemos hacer? ¡Salir! Salir y tomarlo en un despacho de bebidas.

Dicho y hecho. Salió arrastrando consigo al señor B., que se moría de sed. Entraron en un negocio.

—¿Tiene algo para hacer un refresco?

¿Sí? Pero que sea algo bueno.

—Si es por eso,—dijo el mozo,—puede estar tranquilo. Tenemos un jarabe excelente; es fresco y quita la sed como si fuera cerveza.

—Pero...—dijo entonces el señor C., con actitud de recapacitar;—en ese caso me parece que lo mejor será ir a tomar cerveza.

Y fueron a otro negocio.

—¿Tiene cerveza? Buena cerveza, se entiende.

—¡Ah!, la que tenemos, le contestaron,—es sabrosa como el vino.

—Si es así,—dijo el señor C. dirigiéndose a su compañero,—quiere decir que el vino es mejor, y, en ese caso, prefiero ofrecerle vino.

Y fueron a otro negocio.

—¿Tiene buen vino?

—¿Buen vino? ¡Oh!: fíjese qué vino tenemos: ¡límpido como agua de fuente!

Entonces el señor C. llevó a su casa al desgraciado visitante y lo puso delante de la canilla.

—Mi estimado señor,—le dijo,—tome todo lo que quiera, sin ceremonia. Como acaba de ver, es ésto lo mejor que puedo ofrecerle.

La escuela primaria indígena en Marruecos

¿Cómo es una escuela primaria indígena en Marruecos? Bajo la dirección de un maestro cuyo saber no supera al simple conocimiento verbal de lo que enseña los niños aprenden a leer y escribir. En cuanto sabe manejar la pluma de ganso, el alumno empieza a escribir versículos del Corán, que ha aprendido de memoria, y mientras escribe, sentado en el suelo, balancea continuamente el cuerpo. Al cabo de seis o siete años de estudios un alumno aprende a recitar el Corán desde el principio hasta el fin, lo que le vale el título de Sidi y le permite aspirar al título de Sidi. A veces prosigue sus "estudios" pero éstos no varían: se limitan siempre a la simple recitación del libro; toda interpretación del texto le está prohibida. El maestro no es pagado por el Estado sino por los alumnos y en una forma mísera. No existe propiamente edificio escolar, sino una pobre choza, sin mobiliario y a veces las clases tienen lugar al aire libre.

Cómo se salva a las víctimas de la electricidad

A medida que se extiende el uso de la electricidad, son, naturalmente, más frecuentes los accidentes producidos por ella. Por esta causa es indispensable conocerlos bien, para evitar que por socorrer a una persona electrocutada muera también el que acude en su auxilio. En estos casos hay que tener presente que la persona alcanzada por un hilo eléctrico constituye un conductor de electricidad y que tocarla en estas condiciones es exponerse a una muerte segura.

Para socorrer a un sujeto que se halle en semejantes condiciones es preciso atenerse a las reglas siguientes:

Si no está cortada la corriente hay que echar sobre el hilo o los hilos un objeto metálico, una cadena, por ejemplo, pero cuidando de soltarla antes que toque al hilo. A ser posible no conviene tocar a la víctima sin haberse aislado del contacto con la tierra poniendo debajo de los pies una tabla muy seca, o subiéndose en una silla de madera. Para echar a un lado el cuerpo de la víctima es preferible empujarla con el pie y no con la mano, pero en caso de tener que emplear ésta hay que envolverla previamente en una tela cualquiera, con preferencia de seda. La corriente que entra por una mano y sale por otra pasa directamente por el corazón y detiene su funcionamiento, por cuya razón es un verdadero suicidio querer salvar a un electrocutado que está en contacto con el cable, sin aislarse las manos.

El peligro de la electrización es grande, pero una vez aislada la víctima no hay que perder la esperanza, a pesar de la apariencia completa de la muerte. Muchas veces el contacto sólo produce un síncope, que es definitivo si no se le atiende, pero que puede desaparecer mediante la respiración artificial. Se levanta rítmicamente en el aire por encima de la cabeza los brazos de la víctima, bajándolos sobre el pecho y comprimiendo éste, imitando los grandes movimientos de la repiración; las tracciones de la lengua, las fricciones del cuerpo y en general, todos los cuidados que se prestan a los ahogados, se aplican a los electrocutados, sin impacientarse si tardan en revivir, pues así se ha logrado salvar de la muerte a muchos.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Terapéutica infantil

Ahogamiento. — No hay que detenerse ni perder tiempo por ningún motivo, y procédase desde luego a suspender al niño con la cabeza hacia abajo, y estírese la lengua hacia afuera para facilitar la salida del agua por la boca. Acuéstese al paciente boca abajo, con la lengua afuera y practíquese la respiración artificial durante varias horas. Rodéese al niño de cobertores calientes y frótense los brazos y las piernas en dirección al corazón.

Dolor de oídos. — Los síntomas del dolor de oídos en los niños son los siguientes: llanto, movimiento de la cabeza de un lado a otro, esfuerzos para llevar la mano hacia al lado del oído que duele. Con mucha frecuencia el dolor de oídos está acompañado o seguido de fuertes resfríos, o de un ataque de tonsilitis o amigdalitis, y entonces sobreviene a causa de una extensión de la inflamación interna del oído. Puede esto terminar en sordera o en absceso en el mastoides. Aplíquese calor seco, una botella de agua caliente, o sal seca calentada y colocada en un saquito o en un calcetín viejo. Echese en el oído unas cuantas gotas de glicerina con un 5 por ciento de fenol. Jamás debe descuidarse un dolor de oídos.

Ojos enfermos e inflamados. — Lávese los ojos cada hora con una solución saturada de ácido bórico.

Herpes. — Límpiase con aceite de oliva las partes afectadas; evítese el agua, el jabón y otras substancias irritantes. Generalmente, en caso de herpes la dieta es defectuosa. Aplíquese los remedios, y cámbiese la dieta según las prescripciones del médico.

Desmayos. — En caso de desmayo, acuéstese al niño de manera que la cabeza quede más baja que el cuerpo. Proporciónesele aire fresco. Rocíesele la cara con agua fría. Hágansele friegas en las extremidades, hacia el corazón. Si los desmayos son frecuentes, consúltese al médico.

Temperaturas elevadas. — Una temperatura elevada no es una enfermedad, sino un síntoma. Desvístase al niño y póngasele en cama. Redúzcase el alimento y désele a beber mucha agua. Manténgase corriente al vientre. Aplíquense baños fríos en la cabeza y en el cuello, o désele baños de esponja con agua fría o templada. Cuando la temperatura es muy alta (39 centígrados) o más, o es continua o frecuente, llámese al médico.

Cuerpos extraños en los oídos. — No debe procurarse extraerlos urgando. Acuéstese al niño del lado afectado de la cabeza aguarde a que llegue el médico. Si se ha introducido algún insecto vivo en el oído, viértanse en él unas cuantas gotas de aceite de oliva o mineral.

Cuerpo extraño en los ojos. — Es posible que basten las lágrimas para sacarlo. No debe frotarse el ojo. Si el cuerpo extraño es visibe, extráigase con la punta de un pañuelo limpio. Lávese el ojo con una solución de ácido bórico. Consúltese con el médico.

Cuerpo extraño en la nariz. — No debe procurarse sacarlo urgando. Hágase que el niño sople por el orificio afectado, mientras se mantiene cerrado el orificio del otro lado. Llámese al médico.

Cuerpo extraño en la garganta. — No hay que alarmarse. Introdúzcanse los dedos en la garganta y extráigase el cuerpo extraño. Si no se puede alcanzar, levántese al niño por los tobillos con la cabeza hacia abajo y dénsele golpes en la espalda. Después de esto procúrese otra vez sacar con los dedos el cuerpo extraño, en caso de que sea necesario. Si dicho cuerpo ha sido tragado ya, dése al niño un pedazo de pan blando. No se le administra ningún laxante. Examínense sus excrementos varios días para ver si sale junto con ellos el cuerpo extraño, el cual en la mayor de las partes pasa sin causar molestias.

Congelamientos. — Aplíquese hielo o nieve a las partes congeladas. Téngase al niño lejos del fuego o del calor. La conducción a una pieza calentada debe efectuarse con el mayor cuidado. En caso de congelación grave, llámese al médico.

Dolor de cabeza. — Averígüese la causa y atiéndase. La acefalalgia o dolor de cabeza puede ser efecto de constipación, indigestión, forzamiento de la vista, excitación, fatiga o exceso en la comida. Aplíquese paños fríos en la frente y en la parte posterior del cuello. Inhálese alcanfor, mentol, amoníaco o sales aromáticas. No deben usarse remedios para los dolores de cabeza, pues son excesivamente peligrosos para los niños.

Suspensión del resuello. — Ocurre después de una gran excitación de llanto o de la exposición al aire frío. Rocíese la cara con agua fría.

EL POR QUÉ DE UNA MODA



El. — ¿Sabías que Schopenhauer dijo que la mujer es un animal de cabellos largos y...?
Ella. — Sí; por eso me los he cortado.

La cocina

SOPA DE TOMATES

Pélese con cuidado 1 galón de tomates maduros y échenseles 4 cuartillos de buen caldo. Hiérvanse por 1 hora, pásense por tamiz, vuélvase a poner en la olla y sazónese con pimienta, sal y clavo de ajo; luego que hierva la segunda vez, échese en la sopera y sírvase.

LOBINA U OTRO PESCADO COCIDO

Póngase en una olla agua suficiente para que pueda nadar el pescado. Añádasele media taza de vinagre, 1 cucharadita de sal, 1 cebolla, 1 docena de pimientas negras y 1 hoja de macias. Se cose el pescado en un pedazo de lienzo limpio. Caliéntese lentamente durante la primera media hora; luego hiérvase muy de prisa lo menos 8 minutos por cada libra. Desenvuélvase y échesele encima 1 taza de mantequilla derretida, revuelta con el agua en que se hirvió el pescado y con el jugo de medio limón.

CHULETAS DE CARNERO ASADAS

Córtense algunas de las mejores chuletas de carnero; prepárense, quitándoles la piel y la gordura y dejando de esto último solamente lo necesario para hacerlas sabrosas. Pónganse las chuletas en una parrilla sobre un fuego claro; voltéense con frecuencia, teniendo cuidado de no introducir el tenedor en las partes flacas de la chuleta. Sazónense con sal y pimienta. Cuando estén asadas, póngase un pedazo de mantequilla fresca sobre cada chuleta y mándense a la mesa en una fuente caliente. Las chuletas de puerco se disponen de la misma manera. Tiempo, 10 minutos.

SALSA PICANTE

Una taza de caldo de lengua o de cualquiera otra clase de carne, 2 cucharadas de mantequilla, 1 bien llena de harina morenada, 1 de vinagre de cebolla, 1 cucharadita de mostaza recién hecha, 1 de perejil mezclado con mejorana, un poco de sal y pimienta. Morénese la mantequilla en una cacerola puesta sobre un fuego claro. Hiérvase el caldo, espúmese y sazónese con sal y pimienta; espúmese otra vez y échesele la harina mojada con agua fría; así que espese, añádansele las yerbas, mostaza y vinagre. Hiérvase y vacíese la mitad sobre la lengua y la otra mitad en una salsera.

ESCALOPES DE SALMÓN

Se corta en lonchas finas el salmón, y de las grandes se hacen dos o más para igualarlas todas.

Se ponen en una cacerola con manteca de vaca en bastante cantidad y se sazona, pero sin cargar la mano.

Se saltean sobre fuego vivo hasta la cocción completa, y se colocan formando corona en una fuente redonda.

En el centro se echa una salsa, de preferencia la de tomate.

Al colocar los escalopes en corona, es de buen efecto intercalarlos con picatostes del mismo tamaño.

Si no hay tomate fresco o no gusta a los comensales dicha salsa, puede servirse cualquier otra; pero las indicadas son la salsa genovesa o la italiana.

TORTILLA RELLENA DE DULCE

Lo mismo que se hace una tortilla de patatas o de setas o de puré de guisantes a la francesa, y con manteca de vaca, se hace la tortilla rellena de dulce, pero cuidando de no echarla sal.

En el momento de doblarla en la sartén, se echa mermelada de melocotón, de albaricoque, rueda de melocotón en compota, jalea de grosella, etc.

Para que el dulce quepa bien dentro, hay que hacer la tortilla en sartén grande, ancha y plana, para que su superficie sea exagerada con relación a su grueso, que ha de ser escaso.

EL CÁNTICO ESPIRITUAL, por Manuel GALVEZ

(Transcribimos a continuación el primer capítulo de la interesante novela "El cántico espiritual", recientemente editada, con la que el prestigioso autor de "La maestra normal" agrega un nuevo triunfo literario a su vasta labor intelectual.)

I

Los tres amigos acababan de irse. Dos eran pintores y escultor el otro. Fueron a la casa de Ludovico Santangelo, el viejo maestro italiano, para ver los mármoles, los bronces y los yesos de Mauricio Sandoval: el marido de Genoveva Santangelo, el mejor discípulo del maestro. Al día siguiente, Mauricio inauguraría en un salón de la calle Florida la primera exposición de sus obras. Aquellos tres amigos conocían casi todas ellas, pero Mauricio habíales exigido, insistentemente, su opinión sobre el conjunto.

Santangelo, viudo desde hacía diez años, vivía con Genoveva y Mauricio en una modesta casa-quinta de Flores. Aquella noche de septiembre era estrellada y tibia, y los tres acompañaron a sus visitantes hasta la primera calle. El barrio dormía en el silencio de la medianoche.

Cuando regresaban a la casa, el viejo Santangelo atrajo hacia sí a su hija, y, estremeciendo la paz nocturna con su vozarrón de bajo profundo, le dijo, en su castellano que mezclaba con palabras italianas o voluntariamente deformadas:

—Genoveva, "mia cara, il tuo marito" triunfará. "¡Per Bacco!" Lo dice el "vieco" Santangelo, que no se equivoca nunca. ¡Cuarenta y cinco años de vida artística! ¿Cuántas estatuas con su firma hay en las plazas de la República? ¿Cuántos discípulos suyos andan por ahí, dando trabajo a los críticos? ¡Que lo averigüe el Eterno Padre!

Y dirigiéndose a Mauricio, que miraba las estrellas, continuó:

—Triunfo segurísimo, "mio caro". ¡El viejo Santangelo no se equivoca nunca!

Habían llegado a la puerta. Bajo los árboles que orillaban la vereda, el maestro siguió perorando. Tenía blancos los cabellos rostro de león, aire a la vez de profeta y de revolucionario. Mientras hablaba, erguía el busto, se agachaba, alzaba los brazos y los revolvía en lo alto, como un orador populachero.

A Mauricio fastidiábale tanta seguridad. Y parte por ello y parte por dar salida a su descontento, dijo que a Osuna, uno de aquellos tres amigos, sus obras le causaron mala impresión. Y Osuna era hombre de talento.

—¿Osuna, talento? — exclamó con indignación el viejo, que detestaba al pintor.—¡Un estúpido, un pretensioso lleno de ideas raras! Para él no hay sino el arte moderno. ¿Y qué es el arte moderno? No existe más que un gran arte: el clásico, el de todos los tiempos, que no es antiguo ni moderno. "¡Sacramento!" Estos tipos van a destruir el arte. Hacen música en la escultura, pintura en la música... ¡qué sé yo! El demonio que los entienda. Y no saben nada. Les falta la técnica, el buen gusto, el conocimiento de los grandes modelos. ¡Y por esto tienen unas opiniones! "Michelangelo", "questo" coloso del arte, "il" Donatello, "questo squisito"... son pobres diablos para estos imbéciles de Osuna y compañía. Me ponen furioso. Algún día agarro del pescuezo a cualquiera de ellos y...

Genoveva hizo callar a su padre, que estaba excitándose demasiado. Para ella, a Osuna le gustaron las esculturas de Mauricio; y si no dijo nada, fué precisamente por eso: porque le gustaron.

—No, Osuna no es un envidioso— exclamó Sandoval. — Es un artista verdadero; y de ahí su criterio exigente.

Y pensó que Osuna creía en él, y que si callaba su juicio no era porque le pareciese de inferior calidad aquella obra, sino porque seguramente la encontraba fría, académica y atrasada. Pero estas cosas Mauricio no quiso decírselas a los Santangelo, que podrían ofenderse.

—¿Artista verdadero? "¡Maledetto!"—rugió el viejo, levantando el puño cerrado.—Un haragán, un vividor, un brorachón...

Vociferó un rato contra Osuna, cuya vocación de artista, según él, consistía en la melena. Mucho pelo y poco trabajo. Tenía más de treinta y cinco años, ¿y qué había hecho? Nadie vió nunca un cuadro suyo. En cambio, todo lo encontraba malo. ¡Artista, ese hombre! Un vulgar "pechador" y nada más.

Y cuando terminó de juzgarle, exclamó, con el brazo extendido y la voz solemne, estos versos de la "Divina Comedia", libro que le era familiar y que citaba a menudo: "Che cotesta cortese opinione — ti sia chiavata in mezzo della testa!"

Genoveva ordenó a su padre que se marchara a acostar. El viejo era sano y fuerte, pero muy nervioso; y si ahora seguía exaltándose, no dormiría en toda la noche. Santangelo, que obedecía a su hija en las cuestiones domésticas, se despidió y se fué a su cuarto, refunfuñando contra Osuna.

Genoveva y Mauricio entraron en su dormitorio, un cuarto modestamente amueblado, adornado sólo con fotografías de cuadros y de estatuas, agrupadas en los ángulos y en los sitios estratégicos de las paredes, sobre cuyo encalado formaban grandes manchas. Mauricio se disponía a desvestirse, cuando Genoveva, que notara en su rostro una preocupación, le interrogó:

—¿Pero te importa tanto la opinión de Osuna?

Mauricio, suspendiendo el movimiento de quitarse el cuello de la camisa, levantó los hombros, al tiempo que sus facciones hacían un brusco gesto de contrariedad. Genoveva, mirándole con algún asombro, se le acercó.

—¿Qué te pasa? Es la primera vez que te veo así.

—Nada, no vale la pena.

De pie, junto a la cama, el escultor fijaba los ojos en el suelo, como para apartarlos de la mirada indagadora de su mujer. Negábase a hablar, pero permanecía allí, sin hacer un movimiento, como si deseara, para confesar su preocupación, que las exigencias de Genoveva llegaran al punto máximo. Ella púsole un brazo en el hombro, le acarició la cabeza, le besó. E insistió tanto en conocer lo que preocupaba a su marido, que él al fin, sin mirarla y en tono grave, con la certidumbre de hacer una revelación íntima y penosa, y como si hablara consigo mismo, dejó caer una a una estas palabras:

—Estoy descontento de mi obra.

Genoveva quedó perpleja un instante. Pero, en seguida, tomó la cabeza de Mauricio entre sus manos, la puso frente a su rostro y, mirando a los ojos del marido como si tratara de penetrar en el fondo de su alma, le preguntó emocionadamente:

—¿Es posible, Mauricio? No, no es verdad. No quiero que sea verdad. Esa obra es nuestra. Tuya y mía. ¡Es nuestro amor, Mauricio!

El artista callaba, reconcentrado y huraño. Genoveva le obligó a sentarse junto a ella, en el sofá. Y mientras le besaba y acariciaba, quiso saber si el descontento era por temor al fracaso; porque entonces no debía temer, pues su padre, cuya opinión era infalible, aseguraba un triunfo.

NO SE PUEDE JURAR

(Del libro de prosa y verso "Aridez", recientemente aparecido)

Una noche de luna he penetrado
en tu jardín discreto, perfumado,
a evocarte cual eres
y sentado en un banco de madera,
rodeado por doquier de primavera,
díjeme si me quieres.

II

De allí me alejé cuando la noche
pareció hablarme en místico reproche:
¡no, jamás!
y atravesando el jardín dormido,
puesta la mano sobre el pecho herido,
juré no volver más.

III

Hoy he vuelto en triste desconsuelo
a hollar del jardín su verde suelo,
no te puedo olvidar;
he desoído el juramento hecho.
Contra un amor que tortura el pecho
no se puede jurar.

J. BALACH.

No temo al fracaso. Al contrario, creo en un buen éxito. Lo que me tiene inquieto, fastidiado, es no haber realizado lo que debí.

—Pero... ¿no era esto lo que querías?

—No sé... Hasta hace un mes, sí. Pero ahora daría años de mi vida por haber concebido otra cosa. No sé qué... ¡pero otra cosa!

¿Y porqué nunca me has hablado de esto?

Mauricio notó que Genoveva, emocionada hasta llenársele de lágrimas los ojos, sufría, y pensó que había hecho mal en hablar. Quedó taciturno y disgustado de sí mismo.

Ella permanecía también en silencio. ¿Cómo Mauricio podía estar descontento de aquella obra tan estrechamente unida a sus almas y a sus vidas, y por la cual se amaron intensamente, durante cinco años, desde el día en que se conocieron? ¿No sería un signo de que él ya no la quería como antes? ¿Y por qué le ocultó su preocupación, faltando por primera vez a la franqueza que se prometieron y cumplieron siempre?

Pero Genoveva jamás dejábase dominar por la tristeza, y, reaccionando, trató de animar a su marido.

Genoveva tenía gran inteligencia y perspicacia, pero en su condición de mujer, colocaba sobre las cosas del arte las del amor. Y así, en vez de elogiar a Mauricio su obra para arrancarle su descontento, o de fingirse de acuerdo con él para que él entonces la defendiera y encontrara sus méritos, hablóle de los primeros tiempos de su amor, sin advertir que con tal procedimiento sólo conseguía fastidiarle más. Mauricio, en ese instante, odiaba a su obra y era lógico que considerase estúpido aquel empeño en recordarle un pasado tan unido a esa obra y al ambiente en que la realizó. Quería mucho a su mujer, pero en aquel momento la despreciaba.

Ella, abrazándole y besándole, casi olvidaba ya de su tristeza, y con la naturalidad y espontaneidad que tenía en todo, rememoró ante su marido los comienzos de aquella obra que ahora les separaba.

Genoveva era escultora, pero abandonó su ambición artística desde el día en que Mauricio, su novio ya, empezó a modelar. Mauricio fué su primer discípulo, y ella la primera modelo del escultor y su colaboradora. ¡Las horas que habían pasado juntos, discutiendo alguna idea de Mauricio, buscando su mejor realización! Genoveva solía agregar detalles a las concepciones del marido, hacíale ver nuevos aspectos de ellas y ayudábale en los dibujos preliminares. Mientras él trabajaba, Genoveva seguía el desarrollo de la obra. Si creía necesaria la corrección de algún rasgo, lo advertía. Mauricio, a veces, empeñábase en que ella misma retocara el barro; y en más de una ocasión Genoveva había concluído por poner sus manos en la obra, cosa que siempre hizo con unción casi sagrada.

Sus recuerdos surgían tumultuosamente, y a cada paso refería pormenores de aquella común colaboración.

—¿Te acuerdas cuando hicimos a Mauricito? El primero, el que regalamos a papá, en uno de sus cumpleaños. ¡Qué rico era! ¡Una lástima que se rompiese después! Dijimos que era el retrato del verdadero, del que debió venir y no vino. ¡Qué se va hacer! Tuvimos que conformarnos con hijitos de mármol...

Pero Mauricio no escuchaba. Su alma y sus sentidos absorbíanse en algo que le ocurriera hacía dos semanas.

Una tarde en que Genoveva había ido al centro, él, en un instante de inspiración, imaginó y trasladó al barro "El primer beso". Al ver aquello tan audaz, tan distinto de su obra anterior, tuvo una profunda sorpresa. Su alma se llenó de alegría, pero al mismo tiempo sintió miedo. ¿Por qué?

A Genoveva y a Santangelo "El primer beso" les disgustó. Mauricio ocultó a su mujer aquel contento y aquel temor. El primer secreto entre ellos. Ahora pensaba él que esta obra era la única suya verdaderamente sincera, y le preocupaba que fuese también la única por la que Osuna demostró interés. ¿Qué había en ella que faltaba en las otras? ¿Estaría allí su personalidad? ¿Debía rechazar las anteriores y buscarse a sí mismo en la última? Estas interrogaciones tenían para Mauricio un sentido transcendental, y equivalían a las dudas del que ignora si es amado, a los temores de quien puso en una empresa todo su capital. Para un artista, en aquellas preguntas está su destino, el misterio de su vocación, la trágica inquietud de su verdad.

Mientras tanto, los cariños de Genoveva molestaban a Mauricio. Con su charlar de cosas viejas y sus ternuras, ella no le dejaba entregarse por entero a sus cavilaciones. ¿Y por qué ese empeño en recordarle el pasado?

Al fin, Mauricio creyó entender a Genoveva. Llevada por su instinto, su mujer trataba de unirle a ella por la renovación del afecto, sin duda para que Mauricio, puesto en el ambiente moral y en el estado de ánimo en que concibió y realizó su obra, llegara a comprender la belleza que él había creado y volviera a amarla. Pero aquella noche, Mauricio sentíase muy lejos de Genoveva. Los pocos besos con que respondía a sus ternuras, dábaselos por compromiso y sonábanle a cosa afectada. Deseó estar ya acostado, para pensar libremente, sin temor de que ella viese sus pensamientos. Pero le pareció que insistir en acostarse, cuando Genoveva le hablaba tan emocionadamente, era una mala acción. Y allí se quedó, sin escuchar a su mujer, cavilando siempre sobre el momento misterioso en que creara "El primer beso" y en que creyó que algo nuevo surgía del fondo de su ser.

Fuera de esto, sólo le preocupó el modo cómo besaría a Genoveva, o las palabras que iba a decirle, para que no pensara que no la escuchaba o no la quería y para que no advirtiese que continuaba preocupado.

Más de una vez, ella, besándole, le preguntó:

—¿No es verdad que tu obra es nuestro amor, todo nuestro amor?

—Sí, nuestro amor—contestaba Mauricio distraídamente.

A CAMPEÓN, CAMPEÓN Y MEDIO



—Conozco un tipo que estuvo debajo del agua más de un cuarto de hora.
—¡Gran cosa! Yo sé de otro que se metió hace cuatro meses y todavía no ha salido.

Necrología



Señor José Pardo Aragnes, recientemente fallecido en esta capital.



Angelita Rodríguez, recientemente fallecida en esta capital.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Calendario hortícola

La primavera es una época de bastante actividad en la huerta, por la cual sumariamente recordaremos algunos cultivos que nos parece interesante señalar. En almácigos de cama caliente se sembrarán las siguientes hortalizas: tomate, ají, berenjena, etcétera, y las siguientes cucurbitáceas: zapallos, melón, sandía, pepino, etc., entre las más importantes.

El tomate es una planta anual, de tallo semileñoso, de hojas grandes y pinadas, partidas y desiguales, de un color verde en la cara superior, cuyo fruto es una baya colorada, rica en jugo, más ó menos acostillada y dividida en casillas.

Las variedades más conocidas son susceptibles de clasificarse en 3 categorías, a saber: 1.ª, variedades para consumo directo (genovesa, española, etcétera); 2.ª, variedades para conservas, a baya gruesa, lisa y de maduración tardía, y 3.ª, variedades conservables para el invierno, de frutos pequeños, consistentes y generalmente dispuestos en racimos.

La siembra se efectúa durante los últimos meses del invierno, en cajoneras de "cama caliente", las cuales deben tener una camada de estiércol de m. 0.60 de altura o profundidad, estiércol de cuadra preferiblemente y que debe estar constituído por los excrementos y deyecciones de los equinos, ovinos, caprinos o aves, especialmente la paloma. En contacto del suelo habrá arena gruesa y sobre la cama caliente irá mantillo en un espesor de m. 0.30 a m. 0.35, que se denomina "colchón". Luego habrá que esperar que se produzca el llamado "golpe de fuego", fenómeno que consiste sencillamente en la elevación de temperatura hasta más o menos los 70°, y en el cual tiempo no se podrá sembrar nada hasta que haya pasado el período crítico; cuando la temperatura es de 25° a 30°, recién se efectuará la siembra recubriendo luego la semilla con una pequeña camada de tierra bien tamizada.

El transplante se efectúa a fines de septiembre o principios de octubre, después que haya pasado el peligro de las heladas; la distancia será de m. 0.60 a m. 0.50 entre plantas y la cosecha se irá efectuando a medida que maduran los frutos, cosa que sucede por lo general de enero a marzo.

Es una hortaliza que requiere riegos suficientes y mantenerla por medio de los cuidados culturales (carpidas, etc.), porque de lo contrario, mermará el rendimiento, el cual debe ser no inferior a dos docenas de tomates por planta.

Las enfermedades que más atacan esta solanácea son: la peronospora y el bicho moro; la primera se previene y combate con caldo bordolés, substancia que se obtiene de la siguiente fórmula: 2 kg. de sulfato de cobre, 100 litros de agua y ½ kg. de cal viva recién apagada y previamente pulverizada. La otra plaga, o sea el bicho moro, es un coleóptero cantarídino y se combate por medio del verde de París o arseniato de plomo, el cual es un veneno estomacal para el insecto que lo ingiera, plaga que también suele atacar, además del tomate, al ají, a la berenjena, a la acelga y, sobre todo, a las papas.

El ají y la berenjena se siembran también en cajoneras de cama caliente, siendo necesario tener la precaución de humedecer la semilla y luego inmediatamente enterrarlas. Es también necesario tener ciertas precauciones mientras van a crecer las plantitas, como ser: mantener fresca la tierra, guardar y mantener el calor dentro la cajonera, sobre todo durante la noche, cuando hay bruscos cambios de temperatura; pero no hay que privarlas de luz ni de aire porque este último, acumulándose, puede dañarlas, siendo por eso necesario abrir y hacer penetrar aire durante las horas de mayor calor en el día.

Los almácigos abrigados, a los cuales se entregará la semilla, se pueden efectuar desde comienzos del invierno hasta mediados del verano; se transplantarán las plantitas cuando tienen de 4 a 6 hojas, en canteros preparados ya con anterioridad, con tierra profundamente trabajada y mejorada, con abonos si ello fuera posible, y fácilmente irrigable, y a una distancia de medio metro más o menos entre plantas y entre líneas se guardará de m. 0.60 a m. 0.70.

Los **ajíes o pimientos dulces** se cosecharán en estado más bien verdes, para entregarlos al consumidor frescos; pero puédese destinarlos a la fabricación del pimiento dulce; entonces se cosechan cuando tienen color amarillento o de un colorado sui géneris. Los ajíes picantes se conservan en vinagre cuando se destinan a la producción de pimentón picante.

El ají se cultiva de igual manera, como hemos visto, que el tomate, salvo pequeñas diferencias que es conveniente hacer resaltar y que son las siguientes: la distancia entre líneas para el ají es menor en m. 0.30 a m. 0.40, y además no hay necesidad de sostener a la planta por medio de cañas, como se practica en el tomate cuando tiene cierta tendencia la plantita a doblarse, mientras que el ají no necesita tutoraje, puesto que es de tallo más robusto. Además, hay diferencias botánicas entre las dos plantas, como ser: flor blanca en el ají, y amarilla en el tomate; aislada en la primera, y en racimo en la segunda; los frutos de las dos plantas son bayas, pero la del ají es vacía en su interior y las semillas se hallan concentradas en la parte interior, mientras que en el tomate el fruto es carnoso y las semillas están ubicadas en el mesocarpio

El **zapallo**, que pertenece a la familia de las cucurbitáceas, tiene tres variedades a distinguir, y que son: cucúrbita máxima, o sea el que vulgarmente se denomina zapallo de Angola; y el criollo, habiendo otras variedades que son más bien cultivos forrajeros; el zapallito de tronco pertenece a la variedad cucúrbita melanocorpa, y se usa generalmente en el arte culinario (para rellenos generalmente). El zapallo criollo se propaga por medio de semillas, no habiendo necesidad de efectuar el almácigo; se siembra durante la primavera, en surcos distanciados más o menos 2 m., en terrenos muy abonados, y preferiblemente limpios y frescos; se despuntarán las guías para ayudar la maduración del fruto, cuando la planta tenga 3 ó 4 de ellas. Una hectárea de zapalos grandes produce de 18 a 20.000 kilogramos, lo que representa alrededor de 5 a 8.000 zapallos, mientras que si se tratara de zapallitos, tendríamos una producción que oscilaría entre 18 y 24.000 docenas.

El **melón** y la **sandía** (cucumis melo y c. citrulus) son también cultivos semejantes a los anteriores; el primero se multiplica por semillas, que se depositan en hoyos distanciados 2 m. cada uno, depositándose 4 ó 5 semillas, que se tendrá especial cuidado en no enterrarlas demasiado. A la semana más o menos se efectúa el raleo dejando en cada hoyo dos plantitas o una sola, la cual nace mostrando dos hojas cotiledonales muy gruesas.

Los cuidados culturales que exige la planta son iguales que los ya referidos al tomate (carpidas, riegos moderados, poda de las guías, etc.), y aplicables a la sandía.

La época de la madurez se caracteriza porque por los campos donde está sembrada dicha hortaliza exhalan un perfume característico, época en la cual se efectúa la recolección de los melones durante la mañana, cuando ya se levantó el rocío.

Una hectárea contiene alrededor de 400 plantas y cada una de éstas produce dos frutos; los melones de Valencia, llamados también moscateles, tienen bastante aceptación en el mercado.

Se puede aprovechar convenientemente el terreno libre entre las matas de zapallos, melones o sandías, sembrando porotos de 40 días o rabanitos o cualquier otra hortaliza que nos dé antes sus frutos.

El poroto es una planta de clima templado y cálido; sufre en los terrenos excesivamente húmedos, como asimismo las variaciones bruscas de temperatura. Requiere, además, tierras frescas, fértiles y areno-arcillosas.

Se sembrará durante la primavera, a una distancia entre líneas de m. 0.20 y m. 0.40 entre cada planta para las variedades que se denominan enanas, y a razón de 15 a 18 kg. de semilla por hectárea.

Es éste un cultivo que conviene alternar con otros cuando se ejecuta en un mismo terreno, puesto que lo enriquece en elementos fertilizantes que habían substraído otras plantas, sobre todo en nitrógeno, por el fenómeno de la simbiosis radicular.

Francisco C. CITARELLA
Ingeniero Agrónomo.

Sobre el almacenaje y embalaje de la papa

Almacenaje.—A fin de prolongar la estación de consumo de papas lo más posible, es indispensable almacenarlas, de modo que se mantengan en letargo, sin perjudicar sus condiciones de alimento y de semilla.

Para este objeto se emplean en Estados Unidos sótanos donde se puede controlar la luz, la temperatura y la ventilación.

En primer lugar, debe evitarse que se hielen los tubérculos. Las temperaturas más apropiadas son de 0° o 5° C. Debe haber suficiente ventilación para expeler el aire viciado, y para evitar que pueda haber demasiada humedad en el aire, porque eso es tan perjudicial como si hubiera demasiado poco.

Los sótanos o subterráneos deben ser hechos de manera a poder excluir el sol, porque nada deteriora tan rápidamente la calidad de la papa como la luz solar.

Los tubérculos deben estar bien limpios y razonablemente secos, cuando son colocados en los sótanos. Un exceso de humedad o de tierra aumenta el calor generado por una pila de papas nuevas. Un exceso de tierra tiende a cerrar los espacios entre las papas, evitando una buena circulación de aire. Antes de poner en almacenaje es indispensable retirar toda la papa enferma o machucada. Los sótanos deben ser subdivididos en departamentos de 3 por 3 metros, donde se apila la papa suelta, teniendo cuidado de apilar más de un metro y medio, a menos que cada compartimiento tenga un ventilador propio. Es aconsejable subdividir los sótanos con tabiques completos, a fin de tener compartimientos independientes.

Embalaje.—Como ya se ha dicho, es indispensable clasificar la papa de acuerdo al tamaño, ya sea que se venda para semilla, ya para el consumo. En Estados Unidos se han adoptado dos tipos. La ley 37 Stat., 732, de marzo 3 de 1915, de Estados Unidos, determina también la clase de embalaje que debe emplearse, estableciendo que cada envase debe llevar estampada la cantidad neta de papa que contiene. Se han adoptado canastas de 1 a 3 "bushels" (el "bushel" de papas tiene 27,21 kilogramos); barricas de 2 a 4 "bushels" y esqueletos y cajones de 1 a 5 "bushels". Debe condenarse la práctica de embalaje en bolsas, porque conduce a grandes pérdidas.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

La compañía de Blanca Podestá estrena con gr n éxito en el Marconi el drama en cuatro actos "ANFISSA", de Leonidas Andreiew, traducido por Pérez Pacheco.

Hay que elogiar a la dirección artística del Marconi el amplio criterio y el buen gusto y acierto con que selecciona su repertorio, alternando la producción nacional con la extranjera y presentando al público obras de diverso género que educan y movilizan la sensibilidad del espectador y al mismo tiempo dan motivo y ocasión a los actores para desarrollar su temperamento artístico dentro de un amplio margén de evolución provechosa.

La obra del epígrafe es un intenso y emocionante drama de uno de los autores rusos de más renombre y difusión en la moderna literatura de ese país, de tan hondas sugestiones. "Anfissa" nos presenta una cantidad de personajes interesantísimos y cuya psicología un poco irregular y distinta, desde luego, de las que observamos en nuestro medio. La pasión amorosa es el eje de la obra pero en la forma en que el amor es más interesante, o acaso en la única forma en que ya lo es en el arte teatral, es decir, el amor prohibido, castigado por prejuicios o por situaciones de hecho y sometido a la deliciosa tortura de esconderse para estallar de repente en un momento propicio, como esos fuegos misteriosos que sólo se anuncian cuando ya está toda la casa ardiendo. Desde el primer momento la obra interesa e inquieta, porque está penetrada de misterio y se presiente a través de las primeras escenas que flota allí un ambiente de inquietud torturante. Ese interés lo mantiene la obra hasta el final, de una intensidad dramática escalofriante.

La interpretación dada por la compañía de Blanca Podestá a esta producción es encomiable. Desde luego merece especial elogio la actuación de la primera actriz en su difícil papel, al que supo dar un relieve y una fuerza verdaderamente eficaces. Encontramos en este personaje a la gran actriz que es Blanca siempre que quiere. Muy bien la Vidal en un papel de pocas palabras, pero de gran efecto escénico. Los demás, bien.

ACTORES Y OBRAS

La compañía de José Gómez viene empeñada en una labor artística que merece todo el aplauso y la simpatía de los que tengan algún interés por el teatro nacional noble y sano. Con las dificultades inherentes a un propósito de esta índole, viene luchando con tesón y manteniendo un entusiasmo meritísimo, puesto que no siempre responde el público a estos esfuerzos, ya porque no sabe de ellos o porque entiende que su misión de público consiste únicamente en divertirse o llorar (otro modo de diversión), sin preocuparse de otra cosas que de elegir espectáculos amenos y baratos. Tal vez la gente tenga razón y también la tengan los actores que luchan por defender el teatro nuestro, pero en definitiva resulta que alguien tiene que sacrificarse y puesto el problema en estos términos no ha de ser el público el que ceda. Por lo que se ve, no está la dificultad en los elencos, sino en las obras. Tenemos en plaza buenos conjuntos artísticos y uno de ellos es este de José Gómez, en el que hay figuras tan destacadas como Fregues y Scarzella entre el elemento masculino y Gloria Ferrandiz y Silvia Parodi entre las damas. Una compañía con componentes de esa categoría, no puede obtener sino éxitos, siempre que encuentre obras que valgan la pena, porque nada se hace con una interpretación correcta, ni aún brillante, si lo que se representa es mediocre y sin emoción. Pues bien, en el caso de los artistas del Liceo, el problema es problema de obras.

"Hombres de honor" de Armando Discépolo, estrenada últimamente, fué aplaudida por el público que concurrió al estreno.

"LOS SEÑORES DE PALERMO", de Ricardo Hicken, es un bostezo en tres cuadros.

Nadie que conozca "Maridos caseros" concibe que el mismo autor haya escrito la pieza del epígrafe, estrenada por la compañía de Carcavallo en el Nacional. "Los señores de Palermo" es el ensayo de un novel sin aptitudes para cultivar la literatura escénica, antes que la obra de un comediógrafo muchas veces aplaudido. No cabe más que dos soluciones después de ver "Los señores de Palermo": o no es del señor Hicken o éste ha entrado en su período de decadencia. Nada en ella trae a la memoria los diálogos ingeniosos y las bonitas situaciones cómicas que admiramos en "Maridos caseros" y otras comedias. Bien es verdad que aquí se trata de un sainete, pero ello no obsta para que el ingenio y la habilidad del hombre de teatro se pongan de manifiesto.

"Los señores de Palermo" es acaso el peor sainete de la temporada. No interesa en ningún momento y por ningún motivo. Es una sucesión de escenas aburridoras en medio de una acción lánguida y torpemente concebida.

Los intérpretes, especialmente el actor Cicarelli, hicieron lo posible para salvarlo, pero apenas lograron que el público no se durmiera.

LA COMPAÑIA PASTOR-FERRER OBTIENE BUENA ACOGIDA EN EL SAN MARTIN.

Había interés por el debut de la compañía de zarzuelas, operetas, revistas y sainetes que se presentó en el escenario del San Martín bajo el rubro Pastor-Ferrer, figuras conocidas y estimadas por nuestro público. Ese interés se vió evidenciado en la gran cantidad de gente que pobló la sala la noche del debut y que saludó la aparición de aquellos dos artistas con aplausos. El cartel lo constituyó las reprises de "La alegría del batallón" y "La chicharra" y el estreno de "Los buscadores de oro", pieza ésta clasificada de "escenas de la vida americana", por su autor, don Aurelio G. Rendón. Aquellas reprises, en verdad, fueron más celebradas que el estreno, pues "Los buscadores de oro" no interesó mayormente por su desarrollo pesado y el escaso ingenio derramado en sus escenas. Más gustó la música del maestro Millán, que aventaja al libro y que arrancó más de un aplauso.

El público premió particularmente la labor de Asunción Pastor y la de las actrices Pocoví y Ceperis, sin reservar por ello la buena impresión que tuvo del elemento masculino del conjunto, del que sobresalen Ferrer, Gallego y Vicente.

SE APLAUDIÓ EL ESTRENO DE "LAS CHICAS DE MADAME COLIBRÍ"

En el Maipo, donde Isaac Morales y Pablito Suero consiguieron un largo éxito con "Las machona", los jóvenes autores acaban de obtener el aplauso unánime del público con "Las chicas de madame Colibrí", destinada como aquella a repetirse muchas noches.

Esta vez, Morales y Suero han escrito una comedia reidera de no mucha originalidad, pero que suscita interés en el auditorio que sigue sin esfuerzo la suerte sentimental de las hijas de una modista, engañadas por dos pillastres, que no son tanto, pues acaban por regenerarse cuando une de ellos siente las solicitaciones de un sentimiento noble y puro: la paternidad.

Bien interpretada, destacando Morganti especialmente, estas chicas han de envejecer en el cartel del Maipo.

EL CRONISTA VOTA

La temporada del Victoria ha sufrido un pequeño intervalo por indisposición de Roberto Casaux. El popular actor es hombre de mucha cancha y sociable en extremo, de modo que no vaya a creerse que se ha indispuesto con el público o con sus cómicos. No. Se ha indispuesto consigo mismo, es decir, se ha enfermado ligeramente y como él siempre en escena está bien, no quiere salir ahora que está mal. Cuando reaparezca, que es de desear y esperar que sea pronto, estrenará "Hoy canta Bustenarreta" pieza en tres actos de Parra e Insausti. Nuestro votos por la mejoría.

CUANDO EL AMOR QUIERE

Siguen haciendo de las suyas "Las ladradoras del amor", pieza de gran espectáculo de la compañía León que viene actuando con gran éxito en la Comedia. Gente y aplausos todas las noches o sea el sueño dorado de la gente de teatro. El señor Rey, empresario, puede volver del revés la clásica frasecilla y exclamar: "¡Ay amor, cómo me has puesto!" Pero también puede callarse y no decir esta boca es mía. Son las dos actitudes que puede adoptar en este y cualquier otro asunto un empresario teatral y aún toda persona que no sea ni teatral ni empresario.

o

Siempre el misterio la embarra
y nos consigue embromar
tomándonos por la farra.
De improviso nos agarra
y nos hace preguntar
como quien larga una amarra
a un náufrago en alta mar:
¿Qué es lo que irá a estrenar Parra
si es que Parra va en estrenar?
Que no nos grite la barra
si cree que esto es macanear,
pero se puede cantar
y otra cosa es con guitarra.

CARTEL CAMBIADO

Después del resonante y merecido éxito de "La divisa punzó", la compañía Quiroga, que viene actuando en la Opera, ha estrenado o está por estrenar "La estirpe futura" de Enrique Loncán. Por correo, detalles.

REMATE PÚBLICO

Todas las noches en el Avenida "Remate del Batacián". Es un remate rebajado, porque las pujas se suceden sin interrupción, subiendo hasta las nubes. ¡Qué subidas, cielo santo! ¡Y qué subidas de color! Aquello es el desmigajen en escabeche, como diría López Silva.

OPERETA

Ha debutado en el Mayo una buena compañía de operetas que cuenta con excelentes elementos y al frente de ella la simpática y popular Aída Arce. El público le ha dispensado una calurosa acogida que nosotros por nuestra parte registramos y celebramos al mismo tiempo. Ya hablaremos de ellos con más detenimiento.

POLITEAMA

Con salas bien concurridas, prosigue actuando la compañía italiana de dramas y comedias cuya primera figura es la actriz María Melato. El público sale siempre satisfecho de los espectáculos y confirma en cada obra las excelentes dotes artísticas de la nombrada actriz y de sus compañeros de escena.

¡Chau, PARIS!

La revista del Buenos Aires es la pieza que más gusta en lo que va de la temporada, entre las del género. Ha de eternizarse en el cartel, que lo viene ocupando tres veces por día. Muiño y Alippi obtienen en sus diversos papeles los mayores aplausos.

Reprisó este conjunto "El debut de la piba", bonito sainete de Cayol.

POR EL PORTEÑO

Sigue en el cartel la aparatosa pieza "¡Pasen a ver el fenómeno!", que gusta mucho. Para renovar la segunda sección nocturna, se venía anunciando cuando escribíamos estas líneas el estreno de "La bailarina del Moulin Rouge", de Romero, como cosa inminente. A la fecha, pues, de cumplirse esa amenaza, el público habrá admirado el arte de un nuevo par de extremidades inferiores, vulgo piernas. Informaremos en otro número.

SIMARI-FRANCO

Agotado el éxito de "El casamiento de Chichilo" que excedió las 200 representaciones, el conjunto nacional que capitanean estos dos populares artistas se prepara a dar a conocer otras piezas. De las primeras serán "Cría cuervos" y "La bomba".

EN EL APOLO

"Pego, pero escucha", de don Antonio Botta, es digna hermana de "Consérvate en el rincón donde empezó tu existencia". Lo cual significa que el señor Botta, con una consecuencia muy ponderable, mantiene su línea de autor bodrista.

La nueva pieza estrenada por la compañía de César Ratti no merece mayor comentario. Puesta en escena por intérpretes de menos voluntad, creemos que habría sido objeto de un meneo. Pero los Ratti, José sobre todo, que en esta pieza tiene más papel, la salvaron.

GRAND SPLENDID

Muy buena aceptación tuvieron las películas estrenadas durante la semana anterior en esta hermosa sala, que administra inteligentemente el señor Carmelo Carbone, persona de sólidos prestigios en las esferas cinematográficas y que disfruta de excelente reputación personal.

Hoy lunes se estrenará la última producción de Chaplin, titulada "Reverendo Karaduro", de la que se anticipa el mejor informe, pues se la considera la más regocijada de todas las del célebre Carlitos.

FLORIDA

Wilkin y el dúo Zari-Zar además de las cintas cinematográficas, mantienen el interés del público que acude en gran número a la bonita sala del Florida.

CAPITOL

Muy concurrido hemos visto en la semana pasada este hermoso cine de la calle Santa Fe, donde se exhiben películas de las más interesantes por su argumento y el trabajo que en ellas tienen destacados artistas del teatro silencioso.

Un cartel muy atractivo se ha formulado para esta semana. El jueves, como de costumbre, la velada será de moda.

CASINO

El espectáculo de la lucha continúa atrayendo mucho público. Es este año más interesante que los pasados y proporciona grandes emociones a los aficionados a ese deporte. El programa se integra con artistas de varietés que son aplaudidas.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

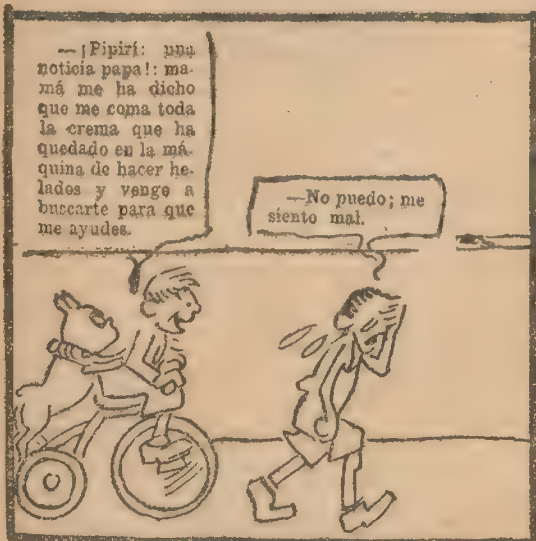










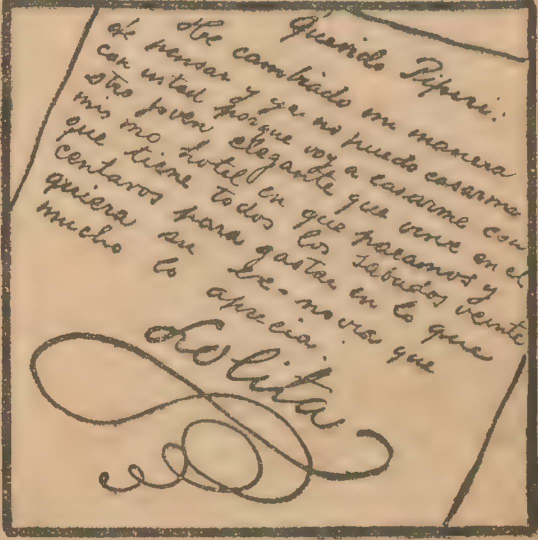












EL MAESTRO Y EL NIÑO

por María Eugenia de ELIAS

Aquella noche el tío Claudio notaba en sus sobrinitos cierto [illegible] io en retirarse, lo que le extrañó muchísimo, recordando las interminables y acostumbradas tiradas de bigote de Amalia y Ernestito.

—¿Por qué quieren irse, nenes?,—preguntóles.

—Mamita nos ha prometido contar una linda historia...

—¿Y sobre qué les hablas a tus hijos?,—interrogó el excelente hombre a su hermana.

—Yo quiero aquello de los soldaditos,—replicó Ernesto sin esperar la respuesta de la señora.

—No, mamita; contános cómo se ahogó la muñeca,—intervino la nena largándose a llorar.

—¡Pero, mis queridos sobrinos! Yo os voy a relatar algo mejor que eso. ¿Te acuerdas de lo del colegio, Luisa? ¿Sí? Pues me parece que tus hijos están en edad de dejar esas boberías, que no les produce otro efecto que el de perder el reposo.

—¡Bah! Como tú quieras, Claudio. Yo lo hago para que se duerman.

—Pero ahí está tu error. Las nenes, como todos, llevan a sus sueños las impresiones del día, que en ellos son más nítidas cuanto más cercanas a la hora del silencio. Es así como...

—Bueno, tío, cuente, interrumpieron Ernesto y Amalia. Pero acuérdese que si no nos gusta... Y hacían al propio tiempo un graciosísimo mohín.

—Bueno, ahí va el cuento. Una vez había...

—¡Oh!, tío, comienza como mamita,—dijeron en son de mofa las criaturas.

—¡Silencio!—dijo la señora.—Y tú, Claudio, cállate un rato que mejor es contarles en la cama.

—Tienes razón, hermana querida,—replicó el tío.

—

—¿Estamos? Bueno. Como les decía, queridos sobrinos, es un cuento de colegio. A propósito; ¿a ustedes les agrada la escuela?

—Sí, yo quiero mucho a mi maestra, que es buena y linda, — contestó Amalia.

—Pues a mí el maestro me tiene fastidiado. Siempre me persigue con penitencias,—replicó Ernesto.

—Está bien; yo creo que al final de este cuento, tú lo has de querer con toda el alma, como tu hermanita.

La escuela donde asistían Juan y Alberto, dos niñitos buenos, era pequeñísima. Estaba situada lejos de aquí y era la única del pueblo. Un viejo maestro tomaba todos los días la cartilla y comenzaba pacientemente el deletreo. Algunos alumnos llegaban después de mucho caminar, tanto como ustedes aquí en la ciudad, no serían capaces de realizar, sin nacerles la mala idea de la "rabona". Pero allí los niños asistían con puntualidad, porque las buenas costumbres se conservan en los campos, como las flores. En todo momento, en los recreos y lecciones, los compañeros notaban que las atenciones del maestro se duplicaba cuando se dirigía a Juan. La verdad era que el maestro se singularizaba con el alumno, por tener Juan grandes prendas de carácter. Era bueno, inteligente y aplicado ese niño, no como tú, Ernesto, que ya hablas mal de tu maestro sin comprender sus sacrificios.

Una mañana, Juan y Alberto encontraron al profesor, que tantas cosas lindas decía en clase. Lo hallaron triste, caminando apoyado en el inseparable bastón y murmurando frases, como si tuviera dentro de sí alguien a quien respondiera...

—Buenos días, señor maestro,—dijéronle los respetuosos niñitos, quitándose la gorra y...

—Lo mismo que hacemos nosotros, —interrumpió Ernesto.

—Bueno.—Que sigas así siempre. Como les contaba, Juan y Alberto saludaron al viejo maestro que, sorprendido en sus meditaciones, no tuvo más tiempo que el necesario para "cambiar de cara".

—Buenos días, hijitos, — contestóle, acariciándolos con marcada tristeza.

Juan, como se sabía mimado y era inteligente, se atrevió a preguntarle: ¿Se siente enfermo, señor maestro?

Los viejos son como las criaturas. En los momentos de angustia y cuando se sienten rodeados de afectos, vuelcan el corazón, se hacen confidentes. Es decir, queridos sobrinos, que cuentan todo lo que les pasa. Es así como el maestro dijo a Juan:

—Voy a manifestarte por qué me ves triste. Hace mucho que llego como hoy, a esta casita, para dar a los niños todo lo que sé; para experimentar el inmenso placer de verlos inclinados sobre el alfabeto, queriendo así como deshacer los libros, para encontrar dentro el secreto de todo lo que les enseño y les digo. Hacen como con los juguetes, que abren y despanzurran para dar con el misterio de su mecanismo. Yo ya considero esto, cosa mía; me pertenece y sería una herencia abandonada, si llega pronto el día de mi muerte...

—Pero señor maestro, no llore. Mire que le queremos mucho,—díjole Juan, que no hallaba mejores frases para calmarlo.

—Sí, sé que me quieren. Pero, continuó, cuando yo muera, esta escuela querida, que veo hace treinta años; donde están todos ustedes, que son los únicos hijos que he tenido...

—Yo... no pienso en que usted muera...—dijo titubeando el niño.—Pero si es una desgracia que ello suceda, como usted nos ha enseñado, ¿acaso no vendrá otro para seguir siendo bueno con los niños, como lo es usted?

—Calla, hijo. Venir, vendrá, sí, pero esta es mi obra y, ¿acaso no te afectaría que lo perteneciente a tus padres, lo tomaran otros que sus hijos? Yo venía pensando, continuó el anciano, animándose de súbito, en que tú eras el mejor de mis alumnos. Si estuvieras en la ciudad, allá lejos tal vez seguirías estudiando y después, grandecito, ocuparías mi puesto.

—¿Y es linda la ciudad, maestro? —interrogó Juan, que no por inteligente y bueno había perdido la curiosidad infantil.

—¡Oh! Allí hay lindas escuelas, grandes calles, jardines, mucha gente... Pero, no hablemos más de esto, que es una locura, dijo el maestro, que se sintió alegre en cuanto llegaron a la escuela.

—

Juan se quedó ese día triste y pensativo, sin jugar con sus compañeros. Llegado a su casa, a las interrogaciones de su mamita, respondió contando lo sucedido y exclamando con una seguridad que la dejó estupefacta:

—¡Mamita; quiero ir a la ciudad y ser maestro!

Rieron los presentes de esa decisión, pero ante la insistencia de Juan, un tío que había allí, bueno como yo, le dijo:

—¿Quieres ir a la ciudad? Yo te llevo; aprenderás, serás un hombrecito y después, vendrás a reemplazar a tu querido maestro.

La mamá intervino, resolviendo poner a prueba el corazón de su hijo, preguntándole:

—Juan; ¿prefieres dejar a la mamita por hacer lo que ha dicho el maestro?

Y el niño tuvo una contestación, amados sobrinos, digna de ejemplo. Dijo a su mamita:

—Si yo te quiero aquí, ¿acaso no te querré más lejos? Y si estudio por ese maestro, ¿no es más lindo que sean dos y no uno, los que esperen ansiosos mi vuelta?...

Lloró mucho la madre, al notar que todos admiraban la respuesta, pero nada pudo vencer las insistencias de Juan. El tío bueno como yo, se lo llevó.

—

Pasaron los años y Juancito adelantaba estudiando con entusiasmo. Sufría mucho al no ver la mamita besarlo de mañana, pero una fuerza extraña lo sostenía.

Allá, en la vieja escuela, el anciano maestro se doblegaba, triste, por la ausencia del alumno. Un día, las fuerzas lo abandonaron. Ya no se acordaba de los años. ¡Habían pasado tantos... Se enfermó poco a poco, como un árbol que se inclinara lentamente. Un curandero dijo que pronto moriría... Todo el pueblo se aglomeró cerca del sitio donde vivía aquel bienhechor. Era un verdadero dios, porque había enseñado a tantos hombres!

Alguien vió llegar de repente, por el camino de la aldea, un carretón que avanzaba de prisa. Cuando hizo alto, cerca de la escuela, un mozo bien puesto, se arrojó al suelo. Acercóse...

—¡Es Juan!...—gritaron varios de los viejos pobladores. Y entre los estrujones de todos, antes de llegar a la casa materna, Juan, en efecto, pisaba los umbrales de la escuela. Se precipitó en las aulas, recorrió todas y al verlas vacaís, fuése al dormitorio del maestro. Y allí lo vió tendido, casi en agonía...

—¡Maestro mío! —gritó desesperado.—Vengo a reemplazarlo, a que descanse!

El maestro tuvo un momento de extrema lucidez, al reconocer ese chico querido que un día aconsejara. Abrazado a él, lloró largo rato y luego, entre la emoción suya y el silencio impresionante de todos,—díjole:

—Esta escuela es mi herencia; te la ofrendo. En ella siempre se enseñó algo bueno y se hizo olvidar algo malo. Durante treinta años, el que llegó aquí se fué más grande y el que entró, dejó su ignorancia y sus malas costumbres. Que siga siendo este sitio, sitio de purificación, de bondad y saber. En tus manos dejo tranquilo mi obra, porque sé que eres honrado, inteligente y bueno. Y dándole un beso, se murió...

Y es así, sobrinitos queridos, como un niño bueno se fué lejos de su mamita, doliéndole el corazón, para poder dar su saber a todos y dejar morir feliz a un anciano maestro.

No contestaron Amalia ni Ernesto. Se dormían en esos momentos, pero una sonrisa angelical, indicaba que iban a penetrar en el reino del sueño con el alma y corazón llenos de júbilo...

....

A la mañana siguiente, como una manifestación infantil que no pudiera ser más profunda, Ernesto, al besar la querida mamita, díjole interrogando:

—¿Verdad, mamita, que anoche tío Claudio estaba lindo?...

¿SABES DE PASIÓN IGUAL?

Una luna que se esconde
cuando el sol la va a besar,
y unas estrellas que acechan
a la luna, sin cesar...

El sol corre tras la luna,
la luna se lanza al mar,
y las estrellas los siguen
por saber a dónde van.

Frente a frente se encontraron
una tarde, junto al mar;
la luna lloró un instante
y el sol se puso a temblar...

Eternamente la luna
se esconde bajo del mar,
y el sol ansiando sus besos
la persigue sin cesar.

Y las estrellas conversan
en su ardiente titilar;
unas dicen que se adoran,
otras dicen: ¡Se han de odiar!

Amor u odio tan grandes
nunca en el mundo has de hallar:
todo pasa, y, como un soplo,
dura un instante, y se va...

Erlinda R. VADELA.

Los animales, modelos de inventores

Na ha habido jamás inventor más fecundo que la naturaleza, la primera entre todos los inventores. Apenas hay creación del género humano que no haya sido antes creada por la naturaleza.

El primer globo no fué, como viene diciéndose, el construído por los Montgolfier; fué el botete, ese curiosísimo pez tan abundante en la parte meridional del Atlántico y en el mar de las Indias, que cuando se le saca del agua se infla de aire hasta tomar una forma casi esférica. En virtud de esta propiedad, el botete es un verdadero globo que, en vez de flotar en los aires, flota sobre las olas, siendo empujado por el viento y por las corrientes.

Probablemente, hace muchos millones de años que la naturaleza resolvió el problema de la navegación aérea. Lo mismo que el hombre, ensayó los dos procedimientos: el globo, más ligero que el aire, y el aeroplano, más pesado que el aire. El primero, representado por los botetes, resultó un fracaso; tal vez el pez en cuestión podía en otros tiempos engendrar gases que, llenando su piel, le permitían elevarse un poco en los aires. El segundo procedimiento, en cambio, fué un éxito que el hombre todavía no ha podido alcanzar. El aeroplano de la naturaleza es el ave, o aquellos reptiles antediluvianos que volaban como los pájaros.

La invención de la armadura, que hizo a los antiguos pueblos civilizados superiores a los salvajes y formó la base de la grandeza de muchas naciones, es igualmente una pobre copia de la naturaleza. La tortuga lleva un peto y un espaldar que no ceden a los de la mejor armadura milanesa, y los cangrejos y langostas están revestidos de un arnés completo, que los haría invulnerables al hacha de armas del guerrero si estos crustáceos fuesen tan grandes como un hombre.

Cuando Franklin estaba haciendo sus primeros experimentos de electricidad, hubiese quedado sumamente sorprendido si se le hubiera dicho que todos sus descubrimientos los había resuelto la naturaleza en un pez. Es éste la trimielga o raya torpedo, que lleva en su cuerpo, a uno y otro lado de la cabeza, dos baterías eléctricas compuestas de células exagonales que son verdaderas botellas de Leiden en miniatura.

Todavía más perfeccionada parece la batería eléctrica en el gimnoto, especie de anguila que lleva en su cola dos masas alargadas de células prismáticas, cada una de las cuales está llena de una substancia gelatinosa de gran potencia eléctrica. Dichas masas de célula son dos baterías eléctricas que pueden producir una descarga lo bastante formidable para paralizar a un hombre.

Mucho se ha discutido sobre quién fué el inventor del gatillo de las armas de fuego. Este privilegio corresponde de derecho a la naturaleza. El pez denominado ballesta, posee una espina en el dorso que muchas veces lleva en posición vertical, sin que haya fuerza humana capaz de obligarle a bajarla. Si se oprime violentamente esta espina, se rompe, pero no baja mientras el pez no quiera. Existe, sin embargo, un medio mecánico para que la ballesta baje su gatillo, y consiste en oprimir cierto punto del lomo del pez. Hay allí un huesecillo que hace el oficio de disparador, y precisamente esto es lo que hizo que los naturalistas diesen al pez el nombre de ballesta.

Una de las primeras cosas que inventó la naturaleza, fué la caja, tan herméticamente cerrada como no la ha hecho ningún hombre. Las nueces, las semillas de todas clases y los huevos de las aves, son verdaderos modelos de cajas. La mejor prueba de la habilidad que para embalar tiene la naturaleza, son las nueces americanas, que todo el mundo ha visto en los escaparates, pero que pocas personas de nuestro país saben cómo crecen. Estas nueces son los frutos de un árbol, y se crían cierto número de ellas juntas dentro de una máscara común, de la mitad del tamaño de un coco. Tan admirablemente se hallan empaquetadas las nueces dentro de este receptáculo, que se dice que una vez sacadas fuera, no hay hombre capaz de volverlas a colocar como estaban.

La naturaleza ha ideado hasta cajas que no pueden caerse nunca del sitio donde se ponen. Ejemplo de ello es el huevo del ave marina llamada guillemote, que suele poner en el borde de algún acantilado. Un soplo de aire podría hacer rodar el huevo, que si tuviera la forma ordinaria caería desde lo alto y se convertiría en una tortilla; pero la naturaleza ha hecho una de sus puntas muy afilada, de modo que cuando el huevo rueda, describe un círculo de un palmo de diámetro, poco más o menos, como un trompo cuando acaba de bailar, de modo que girando alrededor de un punto dado no llega nunca al borde de la roca.

La naturaleza inventó las primeras hilanderas, las de la araña; fué la primera en coser, por conducto del pájaro sastre que hace su nido cosiendo dos hojas por sus bordes, y también la primera fabricante de papel. ¿Quién no ha visto alguna vez el nido de un avispa y no se ha admirado de la excelente calidad del cartón que lo constituye?

Las bisagras, antes que por los cerrajeros, fueron ideadas por la naturaleza que proveyó de ellas a las conchas bivalvas; el engranaje universal formado por una esfera que se mueve dentro de una cavidad, copiáronlo los mecánicos de la articulación de la cadera de nuestro esqueleto. Hasta las jeringuillas de inyección hipodérmica, tan empleadas hoy por médicos y cirujanos, existían hace millones de años en un insecto muy conocido, en el mosquito, que fué el primero que practicó la inoculación.

LA NAVE DE MI VIDA

La nave de mi vida, Señor, yo no la entiendo;
navega rumbo a un puerto lejísimo de hallar,
los vientos y las olas la mecen desoyendo
mi voz y en su destino tal vez vaya perdiendo
la ruta en que saliera, cuando lanzóse al mar.

Y así como en el lago las hojas de los sauces
se alejan o se juntan o vuélvense a alejar,
yo siento que mi nave, con otras no halla cauces
en donde estar tranquila, Señor, cual si las fauces
de mil monstruos marinos quisiéranla tragar.

Más dentro, sí, muy dentro, se aloja un solitario;
su cámara es de sombras, de hielo su mirar,
los vientos y las olas no mecen su santuario,
tal vez, cual otros muchos, es sólo un visionario,
o acaso en su congoja, su anhelo es naufragar.

¿Adónde va mi nave, Señor, si tú la guías,
adónde va mi nave, Señor, adónde va,
si en cada golpe de ola profundas averías
la sangran y la alejan, Señor, de aquellas vías
hacia las cuales nunca mi nave volverá?

J. M. CORDEYRO ECHAGÜE.

De Ramón Vinyes

Gárgola

Cuando llueva se atropellará el agua por las sinuosidades de tu boca de piedra. Sentirás la frescura, pero no apagarás la sed.

El agua correrá eternamente, sin saciarte, por tu retorcido cuello, por tu boca deforme...

¡Oh! ¡Si te fuera posible cuando llueve cerrar la boca un instante para retener el agua que pasa furiosa! Gárgola, nunca beberás.

Y has de vivir abocada a las callejas sin poder volverte para otear si en el cielo avanza la nube de agua que ha de darte la dicha de un instante y la amargura prolongada.

Gárgola, ha llovido. Después de la lluvia, el alto cielo puro canta su alegría sobre tu piedra estéril, sobre el atroz tormento de tu aridez.

Castelar

Desde una plaza de Cádiz, la ciudad limitada, recuerdas que tu oratoria no tuvo límites.

Te llamaron ruiseñor.

Se te hubiera levantado un monumento ideal con llenar una plaza de arbustos y grabar en ella tu nombre. Tu figura se hubiera borrado y quedaría lugar propicio para recordar tu canto.

Quisieron perpetuarte en bronce. Y el bronce de tu estatua es vencido por los árboles que colocaron a su lado.

Ruiseñor, ya no anidas en las ramas. ¡Te muestras a la sombra de las ramas!

¿Es que, tal vez, los gaditanos ceñidos por el mar, no tuvieron fe en que tu canto desbordado fuera perdurable?

Hombre de mar

Se destaca sobre un fondo de mástiles húmedos y de mañana crispada. Es alto, fornido, anguloso... Fuma apasionadamente y se envuelve la cara en humo. Su mano nerviosa acaricia la pipa con una caricia larga...

El muelle está desierto...

¿De dónde vino esa mujer que sale al encuentro del marinero y que se le ofrece?

El marinero escucha las palabras fríamente cálidas y parece no comprender. Cosas de tierra firme olvidadas dentro de tanto mar... Indiferente sigue su camino.

Se perdió ya.

Mástiles húmedos y mañana crispada.

Sobre una ola que revienta en el muelle, furiosa, flota aún un poco del abundante humo de la pipa del marinero.

Colaboración espontánea

Voz consejera

Me he dormido esta noche en los jardines,
entre el perfume de las bellas flores
y el impetuoso afán de mis ardores
me hizo soñar, con mágicos festines.

Resonaron lejanos, los clarines,
esparcieron las luces, sus fulgores,
y en el medio de tantos esplendores,
me hablaron dos ocultos parlanchines.

—"No busques en la vida el lucimiento,
que sólo a vanidades está atento.
Templa tu voluntad y sé valiente,
lucha y desecha toda tentación.
Y verás el placer que así se siente
Protegerte, como una bendición.

S. P. SCHERINI.

El romance de los ojos

¡Qué raros ensueños no tejen los ojos!
¡Qué besos tan dulces no dan sus miradas!
¡No engendran, acaso, divinos sonrojos,
la luz de las santas pupilas amadas?

Los ojos azules, que tienen del cielo
la dulce pureza del éter en calma,
revelan pasiones de místico anhelo;
son como dos lirios azules del alma.

Los ojos castaños, que tienen tristezas,
nostalgia infinita de tardes dolientes,
revelan profundas y graves ternezas,
en su vago fondo de brumas murientes...

Los ojos oscuros revelan martirios
de una vida triste, silenciosa y mustia;
son como dos noches de aciagos delirios,
de eternas borrascas, de duelo y angustia!

Los ojos celestes engendran la aurora,
los grises la tarde, los negros la noche;
mas todos expresan, cuando el alma adora,
el mudo: "¡te quiero!", romántico broche.

Arnoldo BOCCALANDRO.

Elogio

Al verte, diosa pagana,
en tu exponente belleza,
en la viviente realeza
de la perfección humana,
te proclamé soberana
de las gracias y el amor
donde con tanto primor
como una reina descuellas
formándote las más bellas
regio cortejo de honor.

Y cual luminosa flor
de un exótico jardín,
como el prólogo y el fin
de una heroína de amor,
así te ve el soñador
que no hace más que admirarte
que rendirte, que ofrendarte
con trémula sumisión,
la más egregia canción
como un heraldo del arte.

¡Oh! pasmosa encarnación
de un milagroso idealismo,
de un estupendo realismo
de una super creación;
¡oh! genial fulguración
de la artística grandeza,
yo aseguro, con certeza,
que no hay obra todavía
capaz de la apología
de tu suprema belleza.

Pues ni Hebe ni Afrodita
pues ni Palas Atenea
ni la Venus Citerea
poseen tu forma exquisita.
Tu perfección inaudita
nunca jamás concebida,
ensoñada o presentida,
fué por los magos del arte
que vienen a celebrarte
como a su gloria elegida.

A. REINAFÉ.

Tipos provincianos

Don Silvestre

—Buen día, don Silvestre.
—Buen día, amigo.
El vecino que le ha saludado se aleja con su cartera de notario por la callejuela llena de sol.
—Adiós, maestro.
—Adiós, hombre, adiós.
El otro vecino que acaba de salir de su portón chupando su mate, escupe en la acera y entra.
—Cómo le va viejo...
—Ya lo ve... ya lo ve... aquí estoy esperando a ese muchacho del diario.
—¿"El Siglo"?
—Sí. Anoche no lo trajo: se habrá enfermado.
—Tengo "La Nación", si quiere—dice el vecino de enfrente que en mangas de camisa enciende su cigarro matinal.
—Gracias, amigo. Ya estoy acostumbrado a leer un solo diario. Hace veinte años...
El viejo don Silvestre, bajo, rechoncho, de cuello fortísimo, lleva sus ochenta años con la misma soltura que sus pantalones anchos, sujetos por un cordón. Apenas, unas canas brillan en sus bigotes hirsutos y caídos. Su media calva tiene reflejos de cobre bruñido.
—¿Trabaja hoy, don Silvestre?
—¿Cómo no? Si no, ¿qué como mañana?
—¿Hay obra?
—No falta. Ahora más, que los muchachos andan locos con esa pelota...
—¿El football?
—...vienen más seguido por las composturas.



—¡Bañista! ¡Las olas se llevan mi peluca! ¡Por favor, tráigala!
—¡Ah, señora! Yo salvo vidas humanas, pero no soy un restaurador del cabello.

—¿No está cansado, a su edad, con este trabajo tan rudo?
—Todavía no. Después puede ser que me canse. Yo le hice botines para su abuelo, para su padre...
—Y para mí...
—Ya ve... tres generaciones y estoy listo para la cuarta.
—Es usted un hombre fuerte.
—Algo. Lo que tengo es una gran conformidad con todo. La vida es un viaje, amigo, y hay que hacerlo lo mejor que se pueda. Unos van en primera clase, otros en segunda. Yo estoy entre estos últimos. Nunca ambicioné cambiar de coche. Me he acostumbrado al mío. Hace ochenta años...
—Por sus palabras, es usted un hombre de buen sentido y...
—¿De talento?... No. Yo no tengo talento. Eso está de más en mi coche. Buen estómago, buenas muñecas para el martillo, nada más.
Don Silvestre restrega un poco de tabaco en la palma de la mano y lo lleva a la nariz.
—He visto muchas cosas en mi vida,—dice entre fuertes estornudos—y tengo experiencia.
—¿Cuál es su moral, su filosofía, su ley?
—Yo no sé qué son esas cosas. Ya le dije: estoy tranquilo por el pasado y no me aflije lo que vendrá. Para vivir mucho tiempo y ser feliz a mi modo no hay que tener ambiciones, y sí mucha tolerancia, buen estómago y buen humor.
La acera está doradita de sol.
Por la calle pasan los vendedores de verdura, de leche, y cada uno tiene una palabra de saludo para don Silvestre. Es conocido de todos y él sabe quiénes son los que pasan, de donde vienen y a donde van, cuáles son sus padres, sus abuelos... Lo sabe porque lo ha visto, nada más. Don Silvestre tiene ochenta años.
El vecino ha entrado a su casa. Don Silvestre sabe que lee mucho y le place conversar con él, así, de acera a acera, fumando el cigarro matinal. Le cuenta casos del tiempo viejo, le dice sentencias aprendidas o inventadas y a veces tiene una expresión compasiva en los ojos.
Muchos, como ese vecino, vió pasar por su lado y casi todos se hundieron en el mar de sus esperanzas. Tenían ambición de no sabe qué cosas, estaban inquietos por no sabe qué luchas interiores. Ninguno le escuchó su palabra calmada y seca como sus martillazos en la suela. Le decían que no les era posible echar raíces, que sus brazos eran alas... y otras cosas más que le hacían reír. Ninguna le escuchó.
Pasa una anciana arrastrando sus zapatones en el polvo dorado de la acera.
—Buen día, Silvestre.
—Buen día, Dolo.
Los dos habían jugado a las "achalitas" setenta años atrás.
—¿Qué estás haciendo?
—Estoy esperando a ese muchacho del diario.
Pasa doña Dolo.
Don Silvestre se alisa el hirsuto bigote y escupe en los ladrillos de la acera.
—Buen día, don Silvestre.
—Adiós, viejo.
Y todos pasan, como en la vida. Sólo don Silvestre va quedando.

Gregorio GUZMÁN SAAVEDRA.

Un sueño fausto

Para "Fray Mocho".

La noche desplegaba su túnica de gasa negra sobre la gran ciudad. Allá donde el silencio profundo invadía los suburbios, aquí donde la vida bullanguera y jovial invitaba a los placeres.
Oscar se encuentra en la calle; deseoso de divertirse, consulta unos carteles fijados en la pared y lee: "Se verificará hoy en Palermo el corso de las flores". Y hacia allá emprendió viaje.
El corso se iniciaba y Oscar caminó un rato esperando encontrar alguno de sus tantos amigos, pero fué vano; no aparecían por ningún lado. Muy ufano detúvose en una esquina y pronto entabló conversación con algunos muchachos alegres que allí encontró.
Frente a ellos cruzó una carroza espléndidamente adornada y representando una gran canasta cuyo contenido lo constituían siete hermosas jóvenes luciendo regios y originales vestidos, que dejaban extasiado al contemplador. Oscar quedó fascinado por la belleza rubia de una de las ocupantes y, delicadamente, le arrojó una flor a la que tanto lo miraba, diciéndole:
—Hermosa, tome la flor del corazón,—y ella con una sonrisa le contestó:
—Aún es temprano, recién florece la de los ojos...
Iniciaron un rato de entusiasta charla, pero pronto el coche continuó su marcha y Oscar dió su despedida con este ansioso pedido:
—Espero la del... corazón.
—Luego, en la última vuelta,—respondió la interpelada.
Mientras la carroza se alejaba vió que ella seguía saludándolo con su abanico.
El corso, pleno de una alegría juvenil, estaba en todo su apogeo y las flores, como juego de serpentinas, volaban de mano a mano, de coche a coche, de palco a palco... Oscar se divertía ampliamente con el incesante jugueteo, mientras brotaban de sus labios frases galantes y chistosas.
De pronto una alegría indescriptible brilló en sus ojos; era la última vuelta del corso y veía llegar la carroza de su amable amiguita que, gallarda, vendría a cumplir su promesa. La vió cerca, sonriendo, y con la flor en la mano, se la venía a ofrecer... Era una rosa roja como la sangre de su corazón y él, extendiendo su mano, quiso decirle algo, una palabra que encerrase toda su pasión, pero se le formó como un nudo en la garganta y no pudo hablar. Tomó el delicado obsequio y lo llevó a sus labios para depositar en él un beso y aspirar su perfume...
"¡Aaatchist... aatchist!... Oscar estornudó. Pasóse la mano por los ojos y se encontró sentado en un banco. Cuando despertó su razón pudo darse cuenta de que había soñado y alcanzó a ver alejarse el coche en que iba la patota de muchachos que le habían arrojado aquella maligna flor, espolvoreada con rapé, cuando él, casualmente extendía su mano. Y recordó el hada de su sueño, de ese sueño feliz que en sus veinte años jamás había soñado. ¡Aatchist... aatchist!... siguió estornudando y maldiciendo a los bromistas al notar que se iba inflamando su nariz.
Entre tanto, decía para sí: ¡Y yo que creí haber hallado a la rubia de mi sueño, de ojos pardos y seductores, de rostro níveo, cuyas mejillas amapoladas realzaban su belleza singular!...

Arturo VILLARBOITO.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires

DE TIERRAS VASCO-ESPAÑOLAS



Vizcaya. — Una calle de Murelaga. En la montaña que se ve al fondo, juraban los reyes los fueros vascongados.



Tres vasquitas luciendo la indumentaria regional.



El edificio que aparece a la derecha es el ocupado por el ayuntamiento de Murelaga.



Una casa de Murelaga habitada por argentinos.

Fots. Federico Perea.

